



Vida oculta

Margaret Way

e|lit

e^{lit}

VIDA OCULTA
MARGARET WAY

 HARLEQUIN™

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Margaret Way Pty Ltd.
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Vida oculta, n.º 94 - agosto 2018
Título original: Hidden Legacy
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-875-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L

Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Los rayos del último sol de la tarde atravesaban las altas ventanas en forma de arco del estudio de Alyssa Sutherland, convirtiendo los inmensos ventanales en sábanas de cobre líquido. Dentro del estudio, parecía como si alguien hubiera encendido una docena de luces. Atrapada en medio de la dorada iluminación se encontraba una zona extensa con paredes pintadas de blanco, toscas vigas y columnas oscuras de madera que sujetaban el techo. La gente que visitaba el estudio solía decir que parecía más una tienda de antigüedades que un lugar de trabajo, porque estaba repleto de todo tipo de bellos objetos de valor que Alyssa solía utilizar como accesorios para sus cuadros. En el centro de la estancia había un caballete con un lienzo a medio terminar encima. La artista estaba trabajando, su cabello rubio iluminado por la luz del sol.

Alyssa dejó escapar un suspiro y dejó el pincel en el bote con disolvente antes de limpiarse los dedos en la bata llena de pintura. Había perdido completamente la noción del tiempo, pero un rápido vistazo al reloj de pared le hizo ver que llevaba toda la tarde trabajando sin parar. Así que se detuvo para contemplar el cuadro, una naturaleza muerta con pan, vino y fruta sobre un cuenco de la dinastía Ming.

Pero aquel día no había magia. Dudaba mucho de que una buena noche de sueño sirviera tampoco de ayuda, si es que conseguía relajarse lo suficiente para dormir. En su cabeza se agolpaban palabras furiosas. Una relación formal había terminado de golpe. Brett había guardado sus cosas y se había marchado de la casa en la que se instalaron hacía apenas un año. Sólo un año. Eso era lo que había durado su relación tras el placer inicial de estar juntos antes de descender por la pendiente del estrés y la tirantez de dos personas muy distintas tratando de vivir en armonía.

Alyssa lo veía como el implacable afán de Brett de acorralarla en una esquina.

Desde el día que se mudó a vivir con ella, había desarrollado la necesidad de dominarla. Aquello disminuía el sentimiento de culpa de Alyssa por la ruptura. Ella creía en la igualdad, pero Brett estaba más interesado en ejercer el control.

Finalmente, ella reunió el valor para decírselo.

Atribulada, Alyssa se dio la vuelta para servirse una taza de café. Sabía que tomaba demasiado, pero de noche, cuando trabajaba, la cafeína la ayudaba a mantenerse despierta y con los sentidos alerta. Con el café en la mano, tomó asiento en la butaca, apoyó la cabeza en el respaldo y rememoró la escena final.

Todo había comenzado de manera inofensiva, como sucedía con la mayoría de los enfados. Brett y ella estaban en el porche terminando la ensalada que ella había preparado, y al minuto siguiente Brett hizo un comentario malévolo que provocó una reacción inmediata en ella. Aquella había sido la gota que colmó el vaso. En los meses precedentes, ella había guardado silencio ante sus provocaciones para preservar la paz. Pero en esta ocasión, se levantó de la silla con lágrimas en los ojos.

La intensidad de su respuesta poco tenía que ver con el tema del que estaban hablando y mucho con su creciente sensación de represión.

—¡No puedo seguir contigo, Brett! Tú... Me dañás la autoestima.

Así habían terminado las cosas. ¿Cómo era posible que Brett Harris hubiera pasado de ser el hombre que aseguraba amarla y admirarla sin reserva para convertirse en alguien decidido a controlarla? Aquella noche, él también había saltado como un resorte, rompiendo la copa de vino.

Brett maldijo entre dientes y se llevó a la boca el pequeño corte que se hizo en la mano con el cristal roto.

—¿Qué te daño la autoestima? ¿Qué tontería es ésa? —la siguió al interior de la casa y agarró con las manos el respaldo del sofá. Sus ojos oscuros brillaban de ira contenida—. No puedes estar hablando en serio, Ally...

—¡Sí puedo! —su voz sonaba irritada—. Estos seis últimos meses han sido horribles. Hemos terminado.

Su respuesta fue agarrarla con fuerza por los hombros. Para Alyssa, cualquier tipo de violencia resultaba reprobable, y más la que se ejercía

contra mujeres y niños.

—Cada vez que regresas de visitar a esa maldita mujer vienes alterada — la acusó con expresión tirante—. Zizi te pone en este estado. Siempre se está sobrepasando de sus funciones, con ese nombre tan ridículo... Tal vez la llamaras así cuando eras niña, pero ahora suena estúpido. Yo nunca le he caído bien, ¿verdad?

Podría matarla —la expresión de su rostro mostraba que la amenaza era real.

—¡Eso es espantoso! —le espetó ella furiosa—. ¡Y tú eres un hombre de leyes!

—Pero antes que nada, soy un hombre —le recordó con los ojos echando chispas.

—¿Y crees que eso te da derecho a arremeter contra la gente? —le espetó a gritos, aunque gritar no era su estilo—. Zizi no tiene nada que ver con esto. No ha influido en mi decisión, así que mantenla al margen. Esto es algo entre nosotros dos.

Lo nuestro no funciona, Brett. Vivir contigo se ha vuelto insoportable.

Él dejó escapar un resoplido por la nariz.

—¿Qué es insoportable vivir conmigo? ¡Eres tú la que se queda despierta hasta altas horas de la noche, cuando lo que yo quiero es que te metas en la cama conmigo!

¡Al infierno con esa maldita mujer! —exclamó lleno de odio—. Tiene demasiada influencia sobre ti.

—¡Zizi siempre ha sido una buena influencia! —protestó Alyssa.

—Oh, por favor —se lamentó Brett—. Los hechos te contradicen. Tú tía abuela nunca ha tenido el valor de vivir en el mundo real, siempre está deambulando por esa vieja hacienda como una maldita bruja. Qué diablos, está medio loca. Tu abuela, su propia hermana, lo dice.

Lamentablemente, eso era cierto.

—La abuela y Zizi son muy distintas —aseguró Alyssa con calma—. Zizi vive la vida que quiere. Sin ella, yo no sería lo que soy hoy. No sólo me enseñó a pintar y a descubrir la belleza de las cosas, sino que me enseñó de la vida en general. No sé qué voy a hacer cuando me deje.

—Esa vieja bruja vivirá hasta los noventa —soltó Brett con odio—. ¡Me

tienes a mí! Se supone que me quieres. Y tienes a tus padres y muchos amigos. Se supone que eres una gran pintora.

Alyssa le dijo por fin las palabras que llevaba largo tiempo conteniendo.

—Estás celoso de mí, ¿verdad?

Él ni siquiera se molestó en disimularlo.

—Estoy celoso de cualquier cosa que te aleje de mí. Cuando estás trabajando ni siquiera te acuerdas de que existo. ¿No podrías haber continuado siendo abogado?

Ya sabes lo tristes que se pusieron tus padres cuando dejaste el bufete.

—Eso ocurrió hace dos años, Brett. Papá y mamá terminaron aceptándolo.

Siempre fui una hija dócil. Hacía todo lo que ellos querían. Pero nunca experimenté ninguna satisfacción ejerciendo la abogacía. Ése es tu mundo, su mundo. No el mío.

Yo soy una artista, pero tú no quieres que lo sea. Mi pintura sólo crea resentimiento en ti. Si ahora te dijera que voy a dejar de pintar para siempre, estarías encantado.

—¡No lo dudes! —aseguró Brett con firmeza aterradora—. Fue Zizi quien te convenció de que tenías «un don» —no pudo resistir la tentación de burlarse—.

Incluso se las arregló para mover algunas cuerdas y que pudieras exponer. Ella tiró a la basura su propia carrera, pero te empujó a ti a la tuya.

—Estoy ganando dinero, Brett —Alyssa había recuperado algo la compostura.

—Querrás decir que estás ganando dinero al fin —le recordó con dureza, olvidando por completo el hecho de que estaba viviendo en casa de ella, la que le habían regalado sus padres—. Has conseguido algo de reconocimiento, eso es todo.

Eres joven. Eres guapa. Procedes de una distinguida familia de abogados. Incluso la vieja loca de Zizi tuvo su momento en su día. ¡Elizabeth Jane Calvert! ¿Qué le ocurrió? ¿Por qué lo tiró todo por la borda de la noche a la mañana?

Alyssa aspiró con fuerza el aire.

—Nadie conoce la respuesta a eso.

Alyssa clavó la mirada en un punto inexistente. Ni familia, ni amigos, ni agentes ni marchantes. Cuanto tenía veinte años, el brillante talento de Zizi había alcanzado un renombre considerable. Aquéllos fueron sus días de gloria, los diez años comprendidos entre 1960 y 1970. Pero Zizi se retiró a la temprana edad de treinta años a vivir recluida en una antigua plantación tropical del norte de Queensland. Aquello causó sensación en el medio artístico.

Enfurecido por la falta de atención de Alyssa, Brett la agarró de los brazos.

—¡Entérate Ally, no pienso permitir que me dejes así, después de lo que hemos sido el uno para el otro! Te amo. No puedo dejarte marchar. Responsabilizo a tu querida Zizi del cambio que has dado.

Ella se quedó mirando sus ojos oscuros.

—Lo único que Zizi quiere es que yo sea feliz. Lo he intentado, Brett.

—¡No tendrías que intentarlo! —la zarandeó como si fuera una niña y una buena sacudida fuera a hacerla entrar en razón.

—Quítame las manos de encima —Alyssa se apartó de él de un respingo y se frotó el hombro.

Brett fue tras ella.

—Eres todo lo que quiero, Alyssa. Mataría a cualquiera que intentara apartarte de mí.

Ella distinguió la violencia en su mirada, pero estaba dispuesta a todo.

Estaban separados por unos metros, mirándose el uno al otro como la pareja mal avenida en la que se habían convertido.

—Eres muy dependiente, Brett. Requieres toda mi atención, y si no la consigues, tengo que abrirme camino por un campo de minas de malos gestos que dura días. Esto tiene que terminar. Soy una artista, y voy a seguir siéndolo toda mi vida.

—¿Cómo Zizi? —preguntó con sarcasmo.

—Ojalá llegue a ser como ella algún día. Todavía no he alcanzado su nivel de excelencia.

Brett alzó las manos en gesto de impotencia y rabia.

—¿Quién diablos se acuerda del nombre del genio actualmente?

Ella suspiró con cansancio.

—Todo el mundillo artístico conoce a Elizabeth Calvert. Los coleccionistas particulares que tienen sus primeras obras las guardan como tesoros.

—Ella no te ha hablado nunca del ataque de nervios que sufrió, ¿verdad? —le espetó Brett—. Tu abuela dice que tuvo uno. ¡Tu problema es que te han lavado el cerebro!

—Y tú eres un cobarde que ataca a una mujer que no está presente.

Él se la quedó mirando como si le hubiera dado una puñalada.

—Estás intentando provocarme. Pero te amo, Alyssa. Desde la primera vez que te vi.

Ella negó con la cabeza.

—Te enamoraste de mi aspecto, Brett. Y de quien era. La hija de los dos socios más antiguos del bufete.

—Me enamoré de ti. Me enamoré antes de saber siquiera quién eras. Y sin embargo, hay algo que se me escapa. Me dejas que te haga el amor, pero no puedo acercarme a ti. Ni a tu mente ni a tu corazón. ¡Un día de éstos descubrirás que la pintura no lo es todo!

—Eso no va a ocurrir, Brett —aseguró ella con firmeza.

Brett se acercó a ella, pero Alyssa dio un rápido respingo hacia atrás.

—Podemos arreglarlo —insistió él—. Si rompemos cometeremos un terrible error.

—Lo siento, Brett —se lamentó Alyssa—. Lo siento de veras. Pero ésta es mi vida. Y no te amo.

Brett se liberó de sus formas civilizadas como una serpiente muda de piel. Se acercó a ella y la golpeó con la mano abierta, con tanta fuerza que la tiró al suelo, donde se golpeó la cabeza contra el pie de un armario de madera de teca.

Brett se la quedó mirando durante un largo instante. El largo cabello de Alyssa le cubría el rostro en una tormenta rubia ceniza. Al caer, se le habían desabrochado dos botones de la camisa de seda, de modo que podía ver las curvas superiores de sus senos.

El deseo lo invadió. Se preguntó cómo sería tomarla allí mismo, encima del suelo pulido. Brett se inclinó. Lo único que deseaba era tenerla tanto si ella quería como si no.

—Oh, Dios, Ally, lo siento. Perdóname —la decencia se abrió paso durante un breve instante.

Trató de rodearla con un brazo, pero se le notaba la excitación sexual en la piel ardiente y en el brillo de los ojos. Alyssa se defendió salvajemente. Tenía un lado del rostro enrojecido con la marca de su mano.

—¡Lárgate! —le gritó tratando de recuperarse del impacto.

Brett se quedó allí de rodillas, mirándola fijamente.

—Eres tan hermosa... —el deseo acudía a él en oleadas.

Aquello suponía una clara amenaza.

—¡Lárgate! —repitió Alyssa aterrorizada—. ¡Eres una bestia y un cobarde! La violencia es una enfermedad, y tú estás enfermo.

El odio frío de su voz, la condena de sus ojos, echaron el freno. Brett comenzó a recordar quién era, y más importante todavía, quién era ella. Le pasó una mano temblorosa por el cabello.

—¿Cómo ha llegado a ocurrir esto? —preguntó con voz rota.

Alyssa se puso a duras penas de pie. Se sentía enferma y algo mareada.

—Hay algo que sí puedo decirte: No volverá a ocurrir nunca más. ¡Fuera!
Brett se marchó.

Por supuesto, hubo innumerables llamadas de teléfono, mensajes que ella no contestó. Llegaron ramos de sus flores favoritas, rosas rojas. Alyssa se negó a aceptar los envíos. Todo había terminado. Los sueños se habían convertido en cenizas. Había visto al verdadero Brett, la cara oscura que permanecía oculta en su interior.

Mirando hacia atrás su vida durante las semanas que siguieron, Alyssa se sintió conmovida por lo virulenta que se había vuelto la actitud de Brett hacia Zizi. De hecho, había pasado muy poco tiempo en su compañía, sólo le había hecho dos o tres visitas. Alyssa deseaba con todas sus fuerzas que se cayeran bien, pero, tal como Brett había señalado sin pudor, había percibido enseguida a Zizi como una amenaza.

¿Cómo podía haberse equivocado tanto con él? La última vez que fue a visitar a su tía tuvo el buen juicio de ir sola. Pasaron juntas una semana llena de armonía, compartiendo una empatía más profunda todavía que la tenía con su muy querida madre Stephanie, y mucho más que con su abuela Mariel, la hermana mayor de Zizi.

Y luego estaba la maravillosa hacienda de Zizi, Flying Clouds. Adoró aquel lugar en cuanto lo vio. Cuando era niña pensaba que no había una casa como aquélla en todo el mundo. Se trataba de una mansión construida a finales del siglo XIX que contaba con un impresionante mirador cubierto para contemplar el mar. Le encantaba caminar por el estrecho paseo mirando las aguas turquesas del Mar de Coral. Alyssa se sentaba en la plataforma de observación con la esperanza de ver aparecer algún navío antiguo.

La casa, por supuesto, tenía su historia. Un capitán llamado Richard Langford, un aventurero inglés, la había construido a finales de 1800. En aquel entonces, Australia le estaba anunciando al viejo mundo que era realmente la tierra de las oportunidades. El capitán Langford respondió a aquella llamada. Su hermosa goleta, *Medora*, que alquilaba para transportar mercancía o también personas, fue la que le hizo ganar una fortuna antes de que a la larga dedicara sus esfuerzos a fundar una pequeña línea mercante que operaba en la Costa Este. Sus descendientes eran los que en la actualidad poseían la gigantesca naviera Langford Container, que transportaba cualquier objeto posible a lo largo y ancho del mundo: antigüedades, obras de arte, barcos, maquinaria industrial, casas enteras o efectos personales. Cualquier cosa que a alguien se le pudiera ocurrir. Los Langford habían realmente prosperado.

A Alyssa le encantaba jugar también a los piratas o a Peter Pan, cualquier cosa que tuviera que ver con el mar. A veces era una hermosa damisela en apuros por la que habían pedido un rescate, otras era el malvado pirata. Zizi siempre le proporcionaba la ropa adecuada para hacer su disfraz. Aquéllos fueron unos días inolvidables. Zizi comprendía su naturaleza imaginativa mejor que nadie. Alyssa era una soñadora, una lectora compulsiva que devoraba libros muchas veces adelantados a su edad. Fue Zizi quien comprendió y alimentó sus deseos de dibujar, y finalmente de pintar.

Alyssa fue completamente feliz en Flying Clouds. El lazo que la unía a su tía abuela se fue estrechando a lo largo de los años. Ambas amaban la casa, aunque Zizi dejó claro desde el principio que estaba poseída por el espíritu benigno del capitán Richard Langford, el marino que la mandó construir. Ambas se encontraban de hecho muy cómodas en su compañía. El capitán Langford había muerto en su cama en aquella casa, pero uno de sus

descendientes, que también se llamaba Richard, se había ahogado al naufragar con su yate durante una regata. Eso tuvo lugar a finales de los años sesenta. Poco tiempo después fue cuando Zizi se instaló en el norte tropical del país y pintó algunos de sus cuadros más asombrosos. Cuando la colonia de artistas que había allí asentada se desbandó, ella permaneció, y tuvo la buena fortuna de poder comprar Flying Clouds a buen precio, porque la mayoría de la gente del lugar creía que estaba embrujada.

El lugar despertaba la imaginación.

La entrada estaba al frente de un camino privado flanqueado por las perennes y fragantes plantas de frangipanes que con aquel exuberante clima tropical se habían convertido en árboles gigantescos. La parte de atrás daba al glorioso Mar de Coral, y tenía un largo paseo en zigzag que desembocaba en la playa a través de unos escalones.

La casa tenía grandes proporciones, y resultaba sorprendentemente enorme para la zona. Según se decía en la zona, la madre del capitán Langford era la heredera americana de una naviera, y había vivido en una casa parecida cuando era niña.

Nadie sabía si era verdad o mentira, pero todos estaban de acuerdo en que se trataba de una buena historia.

La construcción en dos plantas, que eran tres si se contaba el mirador, estaba hecha en ladrillo blanco y estucado. Contaba con porches decorados y embellecidos con barandillas de hierro forjado, igual que las que había en el paseo superior. Los porches protegían la casa del sol tropical, pero permitían al mismo tiempo que entrara la brisa marina. Las persianas de las puertas que daban al porche, tres a cada lado de la sólida puerta de cedro de la entrada, y la propia puerta, estaban pintadas de un verde tan oscuro que según la luz del día parecía de un negro casi brillante. El tejado era de terracota rojo.

En algún momento antes de la entrada en el siglo XX, Flying Clouds se convirtió en una plantación de azúcar en activo que utilizaba mano de obra nativa traída de la Polinesia y la Melanesia. Esta idea, que en principio parecía una importación de mano de obra barata bastante inocente, degeneró rápidamente en una cruel práctica conocida como *blackbirding*.

Los isleños del Pacífico eran raptados de sus islas de origen en lugar de recibir una oferta para un trabajo pagado. El gobierno de Queensland

prohibió finalmente aquella práctica en los primeros años del siglo XX.

En la actualidad, la casa estaba prácticamente engullida por una frondosa selva verde que siempre estaba dando extravagantes frutas y flores. Resultaría imposible morir de hambre en los trópicos. Había fruta tropical en abundancia, y la mayoría caía al suelo sin necesidad de tener que arrancarla. Papayas, mangos, plátanos, manzanas, fruta de la pasión, melones, y muchas más variedades cuyos nombres Alyssa desconocía. En cada patio había un árbol de macadamia, que eran oriundos de Queensland y le debían su nombre al médico australiano John Macadam. Los aborígenes habían disfrutado de aquella fuente de proteínas durante miles de años.

Y si uno se saciaba de frutas y nueces, lo único que necesitaba hacer era lanzar una caña de pescar para conseguir el mejor pescado del mundo.

El centelleante Mar de Coral no podía verse desde la planta baja, pero había una vista que quitaba el hipo desde los balcones del piso superior, pero la mejor era sin duda la del mirador. Zizi siempre escuchaba a Alyssa cuando inventaba historias sobre «el capitán». Aquello era un secreto entre las dos. Su madre consideraba a Zizi un ser fascinante y excéntrico que encajaba perfectamente en el mundo artístico. Por otro lado, Mariel era de la opinión de que su hermana había perdido el sentido de la realidad.

Ninguna de las dos mujeres visitaba ya con frecuencia a Zizi. Mariel, que era fuerte como un caballo, siempre citaba un creciente número de síntomas psicosomáticos: tensión arterial alta, taquicardia, dolores de cabeza...; aseguraba que no podía soportar el calor tropical, algo probablemente cierto aunque vivía en la zona subtropical de Brisbane. Stephanie, aunque quería mucho a Zizi, era una abogada de renombre sin tiempo para visitar un lugar al que se tardaba casi un día en llegar.

Alyssa era hija única y creció siendo consciente de que sus padres esperaban que siguiera sus pasos en la abogacía. Se había inclinado ante sus expectativas.

Terminó la carrera de Derecho y trabajó tres años como socia en el bufete. Allí fue donde conoció a Brett Harris, un joven guapo, inteligente y ambicioso.

Alyssa no era feliz en el bufete. Prefería su trabajo como voluntaria en el refugio para mujeres, donde hizo buenos amigos y se veía realmente útil. Al

darse cuenta de que iba a la deriva en su carrera como abogado, Zizi salió de su cueva para que un viejo amigo suyo, el respetado crítico Leonard Vaughn, le echara un vistazo a la obra que Alyssa había pintado mientras estaba en la hacienda.

Las dos trabajaban maravillosamente bien juntas en estudio amplio y lleno de luz de Zizi, que olía a pintura, disolvente, cola y siempre al salado aroma del mar y a un millón de flores tropicales. Alyssa siempre se esforzaba por alcanzar la brillantez de Zizi. La ironía fue que, en cuestión de pocos años, recibió la alabanza unánime de la crítica, los premios más importantes y el reconocimiento de la prensa que había eludido a Zizi durante la mayor parte de su vida artística.

Centró su lucha en persuadir a Zizi para que hiciera al menos una exposición.

Había trabajos maravillosos que el público debería ver. Pero no lo había conseguido.

Zizi estaba empeñada en que su trabajo permaneciera oculto a ojos del mundo.

«Tal vez cuando me haya ido, cariño...».

Alyssa no podía soportar la idea de pensar en el momento en que su tía abuela ya no estuviera en su vida. Se consolaba con la idea de que Zizi estaba en forma y tenía buena salud. Tenía setenta años, pero podía pasar por una mujer de cincuenta y muchos. Y muy guapa. Alyssa quería que su adorada tía abuela viviera para siempre.

Sencillamente, nadie podría reemplazarla.

Tres semanas más tarde, tuvo lugar una brillante mañana de sol. Alyssa agradeció profundamente el respiro, aunque temía que se tratara únicamente del ojo de la tormenta. De hecho, llevaba varios días atormentada por una vaga sensación de incomodidad que no podía sacudirse. Estaba sentada en el porche leyendo cuando sonó el teléfono. El de la cocina era el que tenía más cerca. Se levantó del sillón reclinable, dejó el libro en la mesa de cristal y entró a contestar.

Esperaba que fuera Zizi. La había llamado la noche anterior y aquella mañana a primera hora, pero sólo había escuchado la refinada voz de la anciana en el contestador. Le había dejado un mensaje.

Era su madre, que tenía la voz tan parecida a Zizi que Alyssa las confundía con frecuencia. Resultaba curioso que su madre, una mujer guapa, se pareciera más a Zizi que a su propia madre, Mariel. Mariel carecía de la belleza de Zizi.

Mucho más tarde, Alyssa contaría que en cierto sentido sabía lo que su madre iba a decirle en el instante en que descolgó el teléfono.

¿Acaso no había estado experimentando aquellas pequeñas premoniciones?

Su madre, aquella mujer sumamente profesional y tranquila, sonaba destrozada.

—Se trata de Zizi —dijo con un sollozo—. No hay manera de decirte esto de forma suave, cariño, pero se ha ido. La hemos perdido. Su vecino, un tal Adam Hunt, no consiguió dar con ella por teléfono, así que fue a su casa para ver cómo estaba. La encontró muerta en el baño. Al parecer, se cayó al ir a meterse en la bañera, se golpeó en la cabeza y...

Stephanie se ahogó en lágrimas.

Alyssa se dejó caer medio desmayada en una silla.

—Mamá, ¿qué estás diciendo? ¡Zizi siempre se duchaba! No puede haber sido así. Zizi nunca utilizaba la bañera. Una vez lo hizo y estuvo a punto de romperse el cuello. Después de eso, siempre se duchaba.

—Intenta mantener la calma, cariño —la urgió su madre, aunque ella misma no era capaz de hacerlo—. Lo siento mucho. Sé cuánto la querías. Todos la queríamos, pero ustedes dos estaban especialmente unidas. Tu padre está muy triste. Fue él quien contestó la llamada. Y por supuesto, mi madre también está destrozada. He tenido que llamar al médico para que fuera a verla a su casa. Pero gracias a Dios no le encontró nada malo. Tu padre no puede ir, así que tendremos que ir tú y yo. Esto es una auténtica tragedia. Zizi era tan joven para su edad... Dios, ¿por qué esperé tanto para verla? —se lamentó Stephanie.

Alyssa trató de consolarla.

—Tienes mucho trabajo, mamá —dijo luchando contra su propia pena.

—¿Por qué decidiría vivir tan lejos de nosotros? —se afligió Stephanie—. A nadie le gustaba la idea. Ese maldito lugar, es muy hermoso pero está tan lejos...

Siempre me lamentaré de que haya muerto sola —la voz rota de Stephanie daba cuenta del tamaño de su dolor—. No puedo creer que Zizi nos haya dejado.

—¡Yo tampoco! —Alyssa se vio a sí misma estremeciéndose compulsivamente.

Se hizo una autopsia. Todo el mundo aceptó el veredicto del forense. El golpe de la cabeza no fue lo que le provocó la muerte, aunque fue un factor importante.

Zizi se había ahogado. Debió de marearse, perder la conciencia y deslizarse bajo el agua. Todo resultaba muy trágico. Cuando el forense devolvió el cuerpo, se celebró rápidamente el funeral. Zizi había expresado su deseo de que esparcieran sus cenizas por el Mar de Coral, pero Mariel, que era su pariente más cercana, no quiso. Hizo caso omiso de aquel deseo, insistiendo en llevarse el ataúd a Brisbane para enterrarla en el panteón familiar.

Fue un funeral privado, pero Mariel fue incapaz de asistir. La noticia no apareció en los periódicos. Pero cuando Alyssa acompañó a sus padres al coche tras el servicio, vio a Brett vestido de negro a cierta distancia. Su visión le puso la piel de gallina.

—¿Cómo sabe Brett lo de Zizi? —preguntó Alyssa mirando a su padre—. ¿Se lo has dicho tú?

—Brett ha dejado el bufete, cariño —contestó Ian Sutherland.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó con incredulidad.

—Pensamos que ya tenías bastantes cosas con las que lidiar. Brett me entregó su renuncia y yo la acepté. Me dio la impresión de que estaba muy afectado por su ruptura. Creo que no hay ninguna duda de que estaba... Está locamente enamorado de ti. Lamento haberlo perdido, pero es mejor así, teniendo en cuenta la situación.

Encontrará trabajo sin problema, pero ahora que la relación ha terminado, tengo que decirte que tu madre y yo nos sentimos aliviados. No nos gustaba esa relación.

Alyssa miró primero a uno y luego a otro. Le costaba trabajo asimilar lo que había oído.

—Nunca dijeron nada.

Ian Sutherland sonrió con tristeza.

—Tienes veintiséis años, Alyssa. Tu madre y yo dejamos este asunto a tu buen juicio, ¿verdad, querida? —miró a su esposa con amor—. Te mereces alguien de naturaleza más abierta. Con más corazón —dijo escogiendo cuidadosamente las palabras—. No sé qué tiene Brett, pero sin duda tú sí. Hay algo... oscuro en él.

Alyssa trató de apaciguar sus pensamientos.

—¿Había cosas que los molestaban y no me lo dijeron?

—Lo cierto, cariño, es que estábamos a un paso de expresarte nuestra preocupación —Stephanie la rodeó con el brazo y le dio un pequeño abrazo—. Pero tal y como acaba de decir tu padre, tú sola has manejado la situación. Intentar vivir con alguien que requiere atención constante es muy difícil. Brett va a tener problemas con eso. En cierto sentido, él es su peor enemigo.

Alyssa guardó silencio. Estaba demasiado disgustada como para ahondar en el tema.

—Bueno, ahí lo tienes —exclamó su padre como dando por zanjado el tema—.

Es un detalle por su parte haber venido, aunque siempre he tenido la impresión de que veía a Zizi como una rival más que como una amiga. Sin embargo, no hay razón para no ser amables con él. Tu madre y yo te esperamos en el coche.

Alyssa no tenía ninguna gana de saludar a Brett. Si sus padres supieran que la había abofeteado, las cosas serían muy distintas. Estaba claro que Brett pensaba que no se los había dicho; en caso contrario no estaría allí. Tenía confianza de sobra en sí mismo, la absoluta certeza de que siempre tenía razón, y Alyssa había llegado a sospechar que le divertía el peligro. ¿Por qué estaba realmente allí? No era para presentarle sus respetos a Zizi. Podría tratarse de una curiosidad morbosa. O tal vez estaba intentando demostrarle lo civilizado que era.

Alyssa se dirigió hacia él, pero se detuvo a medio camino, obligándolo a acercarse. No quería salir del campo de visión de sus padres.

—¿Qué estás haciendo aquí, Brett?

Estaba más delgado que normalmente con aquel elegante traje italiano.

Bajo sus ojos había sombras oscuras, como si no hubiera dormido. Parecía abatido, aunque por supuesto, eso podía tratarse de una actuación. La pregunta de Alyssa pareció sorprenderle.

—He venido a presentar mis respetos, por supuesto —aseguró en voz baja.

—Qué curioso, teniendo en cuenta tu actitud hacia Zizi.

Brett sonrió sin ganas.

—Quería aprovechar esta oportunidad para decirte que nunca podré perdonarme las cosas que dije de ella. No las pensaba de veras, Ally. Eran mis celos quienes hablaban. Nunca he amado a una mujer como te amo a ti. Lamento mi comportamiento más profundamente de lo que nunca sabrás. Te suplico que me perdones. Te amo con todas mis fuerzas, y nunca dejaré de amarte.

Alyssa asintió brevemente.

—Eso suelen decirlo constantemente los maltratadores —aseguró—. «Te amo, no puedo vivir sin ti». Y lo siguiente es: «Te mataré a ti y a los niños si no vuelves conmigo». Algunos de ellos lo hacen. ¿Creías que yo iba a seguir contigo como si no hubiera pasado nada?

—¡Me volví loco! —aseguró Brett—. Nunca en mi vida había pegado a ninguna mujer.

—Tengo la sensación de que sí —respondió Alyssa—. Apuesto a que si pongo a los detectives del bufete a investigar, averiguarán algo. Estoy segura de que no soy la primera.

Una oleada de pánico cruzó el rostro de Brett.

—No lo harás.

—No, no lo haré —ella negó con la cabeza—. Pero tienes un punto violento, Brett. No has podido ocultarlo mucho tiempo. Mi consejo es que busques ayuda. Lo digo en serio.

—Pero no me has traicionado, ¿verdad? —un brillo de triunfo asomó a sus ojos oscuros.

Alyssa lo observó estupefacta.

—He guardado silencio por lo que creí que habíamos tenido, Brett. Y también te estoy dando la oportunidad de buscar ayuda profesional. No deseo hundir tu carrera profesional, pero si me entero de que has agredido a otra

mujer, saldré a la palestra a apoyarla. Así que ten cuidado.

Brett dio un paso adelante y a pesar suyo, Alyssa sintió cómo se le congelaba la sangre.

—Ally, eso no volverá a ocurrir jamás.

Ella recuperó el control al instante.

—No me toques, Brett.

Él dio un paso atrás y sonrió con extrema ternura.

—Amor, ¿no habrá penitencia alguna que logre lavar mi pecado?

—¿A qué estás jugando ahora, Brett? —le preguntó indignada—. Que yo sepa, no tienes vínculos con ninguna religión.

Él pareció desconcertado.

—Creo en el bien y el mal, Ally —aseguró con absoluta convicción—. Tal vez en Dios no tanto, pero creo en el diablo.

—¡Tal vez porque lo has visto con tus propios ojos! —saltó ella—. Pero no puedes tener al uno sin el otro. Si hay un diablo, tiene que haber un Dios. Escoge el equipo en el que quieres estar.

Alyssa estaba punto de largarse de allí.

—No te daré las gracias por haber venido hoy. Ha sido sólo una excusa para verme.

—Lo admito —sus ojos desprendían hipnotismo—. Tal vez pueda volver a verte, ¿no? —preguntó esperanzado.

Alyssa no respondió.

—Te doy mi palabra de que buscaré ayuda. Te amo, Ally —repitió apasionadamente—. Quiero estar contigo. Aquella maldita noche no corriste peligro en ningún momento.

—Al contrario, te divirtió castigarme —respondió ella con intuitiva certeza—. Y querías mucho más. Querías obligarme a practicar el sexo.

Brett se pasó la mano por la boca como si se quitara un mal sabor.

—Sólo te di una bofetada, Ally. Me estabas abandonando por culpa de tu tía.

Ella se sintió furiosa y humillada.

—Eso estaba sólo en tu cabeza, Brett. No vuelvas a repetirlo. Hoy hemos enterrado a Zizi.

—Y mi corazón está contigo, Ally —Brett adquirió una expresión de

profunda simpatía que ella sabía fingida.

—Eso no me consuela ni lo más mínimo, Brett.

Alyssa se marchó sin volver la vista atrás.

Capítulo 2

Las puertas interiores nunca se cerraban. A menos que hubiera un ciclón. Pero había varias cerradas. ¿Habría sido cosa de la policía? O de Adam Hunt, el amable vecino. Alyssa tenía la intención de llamarlo. Su madre y ella habían hecho aquel largo viaje hacia el norte siguiendo las instrucciones de Mariel de llevar los restos mortales de Zizi a Brisbane. Ningún miembro de la familia había entrado en la casa hasta aquel momento. Flying Clouds era de Alyssa. Era la única heredera de su tía abuela, excluyendo algunas cosas que Zizi le había dejado a su sobrina y ahijada, Stephanie. Eso incluía un bello retrato de Stephanie, pintado poco antes de su boda, que ahora ocupaba un puesto de honor en el elegante salón de sus padres. Alyssa se había preguntado muchas veces por qué Zizi, que era la más generosa de las mujeres, no se lo había regalado a su madre muchos años atrás. Pero por alguna razón, Zizi había decidido quedárselo. Lo más extraño era que a Mariel no la mencionaba en el testamento. Sin duda, Zizi había considerado que no debía beneficiarla, ya que contaba con los millones de su fallecido esposo.

«Tiene su lógica», había reflexionado Stephanie. «Y sin embargo, eran hermanas...».

Alyssa estaba demasiado deprimida como para echarse una cabezadita en el largo vuelo. Nada conseguía levantarle el ánimo. En las semanas que siguieron al funeral de Zizi, fue incapaz de dormir. A veces le parecía ver a Zizi sentada a su lado en la cama, observándola, como si quisiera decirle algo. Era una sensación tan fuerte que una noche el corazón estuvo a punto de parársele, no por miedo sino por la certeza de que Zizi se le había aparecido.

—¿Zizi? —gritó, incapaz de contener el llanto. Pero Zizi había desaparecido de su vista. Así era el dolor. Los vivos veían con frecuencia a los muertos que amaban.

Tal vez la persona que acababa de fallecer se quedaba un rato por allí,

observando sin que ninguna de las dos partes fuera capaz de cortar por completo la comunicación.

Alyssa había alquilado un coche que esperaba por ella en el aeropuerto. Ahora lo tenía aparcado en el garaje. Con lágrimas en los ojos, entró en la casa. Siempre escondían la llave entre las espectaculares y psicodélicas hojas de colores de la caladium que había plantada en una gran maceta en el porche de entrada. Era un lugar absurdo para esconderla. Zizi y ella solían reírse al respecto. Aquél era probablemente el primer lugar en el que miraría cualquier persona que intentara entrar, pero durante todos los años que vivió allí, Zizi nunca tuvo ni la más mínima preocupación. A veces bajaban juntas en coche al pueblo y dejaban las puertas de delante y de detrás sin cerrar con pestillo.

Durante muchos años, Zizi disfrutó de la compañía de los perros, normalmente de dos labradores, para que tuvieran un amigo con quien jugar. Pero tras la muerte de su querida y anciana labrador *Molly*, Zizi confesó que no tenía fuerzas para comprarse otra mascota. Aunque por supuesto estaba *Cleo*, la esbelta gata abisinia de Zizi, que, como era de esperar, había recibido encantada a Alyssa y ahora la acompañaba en su recorrido por la casa, enredándose con frecuencia entre las piernas de la joven.

Tenía que encontrar la manera de darle las gracias a Adam Hunt. Su padre había hablado varias veces con él por teléfono y se había llevado una magnífica impresión. Qué impacto debió de haber recibido Adam al encontrarse a Zizi como lo había hecho. Alyssa imaginaba al vecino como de la edad de Zizi, pero su padre dijo que sonaba mucho más joven. Fuera cual fuera su edad, a su padre le había caído muy bien, y al parecer a Zizi también. Lo que resultaba más extraño, y también más doloroso para ella, era que Zizi nunca le hubiera hablado de él. Aquello era muy extraño, teniendo en cuenta que Zizi y ella hablaban de todas las personas nuevas que conocían cualquiera de las dos. Alyssa trató de dejar a un lado aquel dolor.

Seguro que Zizi tenía una buena razón para no haberlo mencionado. Tal vez acabara de llegar a la zona. ¿Se trataría tal vez de un compañero artista? No, Zizi le hubiera dicho algo. Tenía más pinta de que fuera un promotor inmobiliario o algo así.

Y sin embargo, aquel desconocido o casi desconocido había conseguido

un alto grado de intimidad con Zizi.

A Zizi, la recluida por su propio gusto, tenía que haberle caído más que bien.

Alyssa no veía a tu tía abuela confiando en cualquiera. Tal vez Hunt fuera un estudioso del arte que tuviera pensado escribir un libro sobre Elizabeth Calven. Pero entonces, ¿por qué no se lo habría comentado Zizi? Definitivamente, tenía que conocer a aquel misterioso desconocido. ¿Qué lo habría llevado exactamente a ir en busca de Zizi? ¿Habría sido pura coincidencia? Tal vez se hubieran conocido comprando en el pueblo. Alyssa se dijo a sí misma que sería mejor dejar a un lado aquellos pensamientos.

Qué diferente era todo sin Zizi. Alyssa suponía que el dolor se tamizaría con el tiempo, pero en aquel instante la pena resultaba insoportable. Inspeccionó el laberinto de habitaciones que había en la planta de abajo. Era una casa muy grande, pero Alyssa la conocía tan bien que podría haberse abierto camino a través de ella con los ojos cerrados. Luego subió la escalera de caracol que llevaba a las habitaciones del piso de arriba y a los salones. Echó un vistazo al dormitorio de Zizi, decorado en marfil y verde claro. Tenía una deliciosa cama con dosel y un escritorio antiguo repleto de fotografías informales de la familia en marcos de plata. El retrato que Zizi había pintado de ella poco antes de que cumpliera veintiún años colgaba encima de la chimenea.

¿Quién había hecho la cama? Zizi tenía por costumbre retirar las colchas antes de meterse en el baño. Había muchas preguntas sin respuesta, pensó Alyssa estremeciéndose por un sollozo. Evitó el baño adyacente. Pensar en cómo había sido el final de Zizi suponía para ella un jarro de agua fría sobre el corazón. Sabía que tendría que pensar en ello en algún momento, pero desde luego no en éste.

Salió de allí y se dirigió a su propia habitación, la que ella misma había escogido tantos años atrás y que había ido redecorando al pasar de la infancia a la adolescencia y luego a la edad adulta. Abrió las puertas que daban al balcón y se dirigió al porche. Sintió cómo se le subía el ánimo al aspirar aquella deliciosa brisa aderezada de sal.

Otro día glorioso en el trópico. El cielo, por el que no cruzaba ni una nube, era de un azul eléctrico, y el mar parecía de seda turquesa. Alyssa se

quedó allí de pie, sujetando a *Cleo* como si fuera un talismán. La gata estaba nerviosa. Resultaba obvio que agradecía su compañía. Aunque los gatos abisinios eran por lo general muy independientes.

Los jardines, aquellos treinta acres de terreno que quedaban, no tenían aspecto descuidado. Zizi debía de contar con alguien que se encargara del mantenimiento, aunque seguía tratándose de una jungla en plena efervescencia: adelfas, hibiscos, gardenias, plumerías, árboles de la lluvia, allamandas... Todo eso se daba tras las zonas más cercanas a la casa, por las que parecía que sí se había pasado la segadora.

Por la zona siempre había serpientes, algunas de ellas peligrosas, pero ni a Zizi ni a ella las había mordido nunca ninguna.

—La echamos de menos, ¿verdad, *Cleo*? —murmuró Alyssa acariciando el pelaje ámbar del lomo del animal.

Cleo maulló en alto como señal de asentimiento.

Todo el mundo sabía que los gatos tenían poderes especiales, y, en opinión de Alyssa, *Cleo* estaba más dotada que la mayoría de ellos.

Alyssa se había parado en el pueblo, donde la conocían bien, para comprar provisiones básicas: leche, pan fresco, mantequilla, huevos y unas cuantas lonchas de succulento jamón. Su intención era regresar al día siguiente para hacer una compra más potente. La gente se había acercado a ella para expresarle sus condolencias antes de apartarse rápidamente. Sin duda, a todos les resultaba evidente que estaba muy triste. Tal vez Zizi fuera una excéntrica, pero aquella gente la había apreciado y había respetado sus deseos de intimidad. A Alyssa le dio la sensación de que colocaban ahora su lealtad en ella.

Se sentó en una de las viejas mecedoras del porche y se meció suavemente. *Cleo* se subió a su regazo y se acomodó allí. Como le ocurría siempre, el cálido y perfumado aire de los trópicos le provocó un efecto sedante, y a pesar de su infelicidad, se quedó dormida...

Un tiempo después, no supo exactamente cuánto, se despertó sobresaltada por el sonido de un vehículo pesado que estaba entrando en la propiedad. Se incorporó, confusa, sobresaltando a *Cleo*, que demostró su desaprobación clavándole las garras.

—¡Ay, *Cleo*, eso ha dolido!

Dejó a la gata en el suelo de madera del porche y entró en casa para mirarse un momento en el espejo. Tenía un aspecto suficientemente aceptable. Bajó entonces corriendo la escalera hasta llegar el recibidor. Por allí no había un alma en varios kilómetros a la redonda. Poca gente se aventuraba por los caminos privados a menos que estuvieran invitados. Durante un instante, aquella jungla exuberante que envolvía la casa le provocó la sensación de estar entre los muros de una prisión. Su padre le había dicho que no quería que estuviera allí sola. Pero entonces, ¿en qué momento iba a venir, teniendo en cuenta que sus padres siempre tenían mucho trabajo y su abuela siempre estaba «enferma»?

El primer pensamiento de Alyssa fue que debía de tratarse del jefe de la policía local, Jack McLean, que venía a comprobar cómo estaba. Lo conocía bien, y también a su ayudante, Bill Pickett. ¿O podía tratarse de un vecino? Tal vez incluso fuera el vecino. Se acercó al porche delantero y vio un Range Rover gris oscuro que no había visto nunca y que se paraba bajo el palio de los árboles. El suelo estaba cubierto de capullos rojos que había arrancado el viento.

Unos instantes más tarde, bajó un hombre, se giró y dirigió la mirada hacia la casa.

Era muy alto, mediría más de dos metros. E incluso a aquella distancia, Alyssa reconoció en él algo dinámico. Iba vestido con sencillez, con una camisa azul marino y pantalones vaqueros, pero su imponente físico convertía aquel atuendo deportivo en elegante. Bajo los intensos rayos del sol, su cabello un tanto largo y ondulado brillaba como la caoba. Caminaba como un atleta, a grandes zancadas. Parecía un héroe caído de los cielos, pensó Alyssa con cinismo. Tras su experiencia con Brett, estaba en guardia contra los hombres.

Tenía que tratarse de Adam Hunt, el misterioso amigo de Zizi. Un misterio que había que resolver, se recordó. No tenía miedo del visitante, y sin embargo, le temblaba la mano que tenía apoyada en la balaustrada.

El visitante recorrió la distancia que los separaba en cuestión de segundos.

Ahora estaba apenas a unos metros, sobre la grava de la entrada, y la miraba con intensidad curiosa. Tenía unos ojos color aguamarina que

llamaban poderosamente la atención en su rostro bronceado. Alyssa sintió un vértigo súbito.

—Señorita Sutherland —dijo él con una sonrisa leve.

No era una pregunta, sino una afirmación. Y tenía una voz bonita. Para ella era muy importante la voz.

—Adam Hunt —dijo él—. He hablado varias veces con su padre. Confío en no molestarla.

Alyssa no fue capaz de esbozar una sonrisa. Todavía había muchos cabos sueltos que atar.

—Adam Hunt, por supuesto. Pase, por favor.

Era consciente de que sonaba muy formal, pero no estaba dispuesta a mostrarse excesivamente familiar. Y eso que había experimentado una extraña sensación de familiaridad... Como si ya lo conociera.

—Gracias. No me quedaré mucho —giró la cabeza hacia el coche—. Le he traído algunas provisiones. Tengo que sacarlas enseguida porque hay que meterlas en la nevera.

—¿Cómo sabía que iba a estar aquí?

—Su padre me llamó —respondió él con un brillo divertido en la mirada—. Los padres suelen preocuparse por sus hijas. Esto está muy aislado —aseguró señalando a su alrededor.

—¿Le pidió que me vigilara? —preguntó Alyssa sin dar crédito.

Ahora Adam sonrió de oreja a oreja. Tenía una sonrisa muy atractiva, sensual y al mismo tiempo cálida. Sin duda sacaría partido de ella cuando trataba con mujeres.

—Créame, la quiere mucho.

—Eso ya lo sé, señor Hunt —Alyssa sintió la necesidad de ponerlo en su sitio.

—Llámame Adam, por favor.

Ella inclinó la cabeza.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, Adam —le aseguró con más confianza de la que sentía—. De todas formas, te debo una. Sé que mi padre te habrá dado las gracias, pero yo también quiero hacerlo por haber estado a mano en aquellos momentos. Debió de ser una experiencia terrible para ti.

Adam no hizo amago de negarlo.

—No me lo podía creer. Elizabeth siempre estaba tan despierta, llena de juventud a pesar de su edad. Me sorprendió mucho lo que ocurrió, y me dio mucha lástima. Estábamos empezando a conocernos.

—¿Puedo preguntarte por qué querías conocerla? —aquella pregunta le salió con más brusquedad de la que hubiera deseado.

—Por supuesto. ¿Elizabeth no te lo contó? —seguía con los ojos clavados en ella. Su expresión tenía un toque escéptico—. Pensé que lo sabrías. Creía que estaban muy unidas.

—Todo lo unidas que se puede estar —respondió Alyssa sin vacilar—. ¿Qué decías?

—Un pariente muy cercano mío quería que estuviera pendiente de ella. La conocía de los viejos tiempos. Se llama Julián Wainwright.

—¿Julián Wainwright! ¡Por supuesto! Hay muchos cuadros suyos en la casa.

Pertenecían a la misma colonia de artistas a principios de los años sesenta. Su pintura es maravillosa, sobre todo las marinas.

Adam asintió.

—Julián tuvo que abandonar su carrera artística por los negocios. Siempre se arrepintió de ello. Supongo que sabrás que siguió enamorado de Elizabeth durante toda su vida.

¿Se trataba de una broma, o la tierra se estaba abriendo bajo sus pies?

—Lo siento, no sabía nada de eso —aseguró a la defensiva.

—¿No sabías que hubo una época en la que estuvieron a punto de casarse? —preguntó él mirándola con escepticismo.

—Disculpa, pero sólo tengo tu palabra. ¿Sigue vivo Julián Wainwright?

—Apenas —se encogió de hombros con gesto de dolor—. Los médicos no le dan más de seis o siete meses.

—Lo siento.

El amor que sentía por su tía y la aprensión que estaba experimentando se entrelazaron. Si aquello era verdad, ¿cuántas cosas más le habría ocultado Zizi?

—Julián es cuatro años mayor que Elizabeth —estaba explicando Adam—. Y lleva enfermo los últimos diez. Cuando se enteró de su muerte, se

quedó destrozado.

—¿Se lo contaste?

—Por supuesto —dijo con tono distante antes de mirar hacia el Range Rover—.

Debería meter las cosas en la nevera.

—¿Te ayudo? ¡Soy más fuerte de lo que parece! —esta vez, Alyssa sonrió con timidez.

La mirada de Adam, brillante como una joya, la rozó. Todavía tenía puesta la ropa del viaje, una camiseta blanca y pantalones azul marino.

—Tienes buen aspecto.

—¡Las chicas hacemos lo que podemos! —Alyssa habló con animación para combatir el calor que se había apoderado de ella. Le molestaba comportarse como una adolescente y no como una mujer experimentada—. ¿Te apetece una taza de café?

—No te diré que no —respondió él girando la cabeza al oírla—. Elizabeth siempre me invitaba una taza.

Por primera vez en su vida, Alyssa se dio cuenta de que su tía abuela debía de tener una vida de la que ella apenas conocía nada. Estaba empezando a sentirse realmente dolida.

Capítulo 3

Era un hombre tan grande que ocupaba toda la cocina. Hacía que Alyssa, que estaba por encima de la media en altura, pareciera menuda. Y no era sólo la altura ni la anchura de hombros lo que lo hacía parecer tan poderoso, sino la energía que desprendía. Los dos trabajaron en silencio mientras colocaban las provisiones. Ella se encargó de las cosas que iban a la nevera. Adam había traído más pan fresco, mantequilla y leche; además de un cartón de nata, helado de vainilla y unos cuantos yogures caseros con fruta. En el pueblo había una tienda excelente de delicatessen, y seguramente de allí había sacado aquel queso camembert de la Isla del Rey, el *havarti*, que era un queso típico danés, el café de Nueva Guinea y la media docena de pasteles. Había provisiones más que suficientes para ir tirando.

Alyssa percibió que Adam colocaba una bolsa pequeña de patatas cultivadas en la zona y unos cuantos nabos rojos y blancos. Aquéllos debían de ser los únicos productos de huerta que Zizi no cultivaba por sí misma. Alyssa no le había echado todavía un vistazo a la huerta, pero tenía la sensación de que estaría regado. Por eso, pensó entonces, *Cleo* estaba alimentada y no había muerto de sed. Sin duda, todo aquello era obra de mismo hombre: Adam Hunt. No podía ser de otra manera.

—Parece que conoces el espacio en que te mueves —Alyssa no pudo evitar la sequedad en el tono de voz.

—Elizabeth me enseñó toda la casa la primera vez que vine —respondió Adam saliendo de la gigantesca despensa—. Es un lugar maravilloso. Había oído hablar del mirador.

—¿Te habló Julián de él? Por cierto, ¿cuál es la relación que tienes con él?

—Vaya, eres una mujer que quiere respuestas —bromeó él—. Julián es mi tío abuelo. Seguro que ella te mencionó en algún momento su amistad. Tal vez lo hayas olvidado.

En su tono de voz había un claro tono de reto.

—Te seguro que no lo habría olvidado —aseguró Alyssa mirándolo fijamente— Hablaba de él, pero como un amigo, un colega de su juventud. Nunca mencionó nada de un romance. Zizi nunca habló de un romance con nadie. Si lo que dices es cierto, ¿no te parece muy raro?

Adam adquirió una expresión pensativa.

—Sí, me parece extraño, pero parece que Elizabeth era una mujer de secretos.

Era hermosa a los setenta, imagina cómo sería a los veinte. Se parecería mucho a ti, supongo, a excepción de los ojos.

Alyssa se mordió el labio inferior.

—Es cierto. Zizi tenía los ojos verdes. Nadie más en la familia los tiene como yo, con motas doradas. Mi madre se parece más a Zizi que yo, pero entiendo lo que quieres decir. Zizi tendría que tener muchos admiradores. Y dime, ¿llegó muy lejos su relación con Julián? ¿Pensaron en comprometerse? —no pudo evitar un tono de antipatía.

—No llegó a ocurrir. Elizabeth se enamoró perdidamente de otro hombre.

—¿Otro pretendiente? —preguntó ella con una carcajada—. ¿Tu tío abuelo te dio toda esta información?

—También te la puede dar a ti si quieres.

Adam observó cada una de sus expresiones. Había visto sus retratos por la casa y suficientes fotografías suyas en los álbumes de Elizabeth como para saber de antemano que era hermosa. Pero ninguna de aquellas imágenes le hacía justicia.

Había que verla en carne y hueso para apreciar plenamente su exquisita complexión, los huesos delicadamente esculpidos de su rostro, la cascada de su cabello, la deliciosa boca y aquellos ojos tan peculiares. El cuerpo iba a juego con la cara, era esbelto y grácil. Era la clase de mujer con la que soñaban los hombres.

—Eso sí, si estás dispuesta a escuchar lo que tiene que decir —añadió sacando una silla de la cocina para ella—. ¿Por qué no te sientas? Te has quedado pálida.

Alyssa obedeció.

—Deja que te prepare algo de comer —sugirió Adam—. Luego podremos

hablar. ¿Qué te parece un sándwich y un café?

Ella asintió con gesto distraído. Había una firmeza en él, una masculinidad que hacía que las mujeres se dejaran llevar. Alyssa sentía demasiadas emociones. Dolor, sorpresa y confusión. Adam se movió con naturalidad por la cocina para preparar el café. En cuestión de minutos le puso delante un plato caliente con dos sándwiches de pechuga de pavo y se sentó frente a ella.

—Elizabeth y Julián se escribieron durante años —aseguró él—. Además, la visitaba con frecuencia mucho después de que Langford se perdiera en el mar.

Alyssa se vio obligada a aspirar con fuerza el aire antes de responder.

—¿Vas a decirme que era amiga de Richard Langford, el marino?

Los ojos de Adam reflejaron cierta impaciencia.

—Tienes que saber lo de Langford.

Alyssa hizo un esfuerzo por controlar los nervios. En su voz había desconfianza.

—Mira, te lo puedes creer o no, pero sólo sé lo que Zizi me contó. Compró esta casa cuando se puso en venta. Eso ocurrió después de que Richard Langford se perdiera en el mar. Por lo que yo sé, sacó el barco en condiciones meteorológicas pésimas. La gente de aquí pensaba que la casa estaba encantada, así que Zizi la consiguió a buen precio. Y por cierto, sí está encantada.

—No me sorprendería —aseguró Adam sin atisbo de humor.

—Me cuesta creerme lo que dices —le recordó Alyssa—. Zizi y yo hablábamos de todo.

—Excepto de Richard Langford y Julián Wainwright —respondió él—. Los dos fueron sus amantes.

Alyssa se tuvo que llevar la mano al pecho del susto.

—¡Vaya! No me irás a decir que eso tampoco lo sabías... —murmuró con seriedad—. Pero eso es fácil de demostrar. Elizabeth y Julián tenían una relación muy seria. Y entonces Langford irrumpió en su vida.

Ella estaba sin palabras, casi en trance.

—Esto va mucho más allá de lo que esperaba de este encuentro contigo —se frotó las sienes, que habían empezado a dolerle.

—Lo sé, y lo siento. El hecho es que Langford escrituró esta casa a nombre de Elizabeth un año antes de morir. También le regaló su velero, el *Cherub*.

Alyssa sintió una oleada de rabia. Se levantó, no podía seguir escuchando una palabra más.

—¡Ya basta, por el amor de Dios! Zizi compró esta casa. Y también compró el barco. O tienes mala información o te lo estás inventando todo. Zizi nunca me hubiera mentido.

Adam parecía poco impresionado. Mantuvo el tono de voz pausado.

—Por favor, vuelve a sentarte. Lamento haberte disgustado. Tal vez tú pensaras otra cosa, pero Richard Langford le cedió esta casa a Elizabeth, al igual que el barco.

El aire estaba cargado de electricidad.

—Eso es perfectamente comprobable —Alyssa habló con crudeza, pero volvió a tomar asiento—. ¿Por qué no le has contado a mi padre nada de esto?

—De quien más hablaba Elizabeth era de ti. Me dijo que te iba a dejar la casa en herencia.

—¿Tienes algo más que contarme? —preguntó con frialdad, luchando contra aquellos celos que le surgían al pensar que Zizi podría haber confiado en aquel hombre más que en ella.

Adam pareció darse cuenta.

—Hablaba mucho de ti. Del talento que tienes, de lo mucho que te quería, de cuánto amaban las dos Flying Clouds. Hablaba de ti con facilidad, pero le costaba mucho hacerlo de sí misma.

—¿Y por qué? —preguntó furiosa. El corazón le latía con fuerza.

—Por Julián —respondió Adam poniéndose de pie bruscamente—. Julián merece cierta consideración. Para mí es la clave de esto. El café ya está preparado.

Deja que te lo sirva.

El aroma del café recién hecho inundó la cocina. Una repentina sospecha acudió a la cabeza de Alyssa.

—No serás escritor, ¿verdad? ¿No estarás pensando en escribir una biografía no autorizada de Elizabeth Jane Calvert llena de mentiras?

Adam no contestó hasta que le hubo colocado el café delante.

—Podría serlo —aseguró encogiéndose de hombros—. Pero no, soy arquitecto.

—¿Hunt Hebron?

Alyssa se refería a un estudio de Sydney que había ganado multitud de premios a lo largo de los años. Él asintió y colocó su propia taza de café en la mesa.

—Mi padre, Philip Hunt, dirige el estudio desde que el tío Julián se retiró.

—Apuesto a que tú has ganado algunos premios a título personal.

Alyssa permitió que sus ojos descansaran en él e hizo un esfuerzo por disimular la hostilidad de su tono de voz, pero debía de ser algo obvio.

—Unos cuantos —contestó Adam—. Pero espero recibir más. Yo conozco tu trabajo. Nunca he conseguido llegar hasta Brisbane para asistir a una exposición, pero me da la impresión de que estás cerca de llegar a la altura de Elizabeth, y tal vez algún día la sobrepases.

—Lo dudo. Zizi era increíble.

—¿Y tú no? —una sonrisa le curvó los labios.

—Todavía no —respondió agarrando un trocito de sándwich—. ¿Tu padre sabe algo de esta historia?

—Toda la familia sabe que Julián estaba locamente enamorado de Elizabeth Jane Calvert cuando eran jóvenes. También saben que era algo serio. Todo el mundo esperaba una boda, pero al final nunca llegó. Julián no se casó jamás.

—Y Zizi tampoco. ¿Y? Tal vez fueran auténticos solitarios. Hay gente así. Zizi era una excéntrica, eso no puedo negarlo, pero también la mujer más adorable de la tierra.

—Y una de las más misteriosas —aseguró Adam con ironía.

—Sólo tenemos la palabra de tu tío abuelo. Los artistas son gente muy imaginativa. Tal vez soñó esa historia de amor tan épica. Tal vez él era el único que estuviera enamorado.

Adam le dio un sorbo a su taza de café.

—Y hay algo más.

—Por supuesto, ahora me dirás que hay un hijo, como ocurre en los dramones —la risa de Alyssa resultó ligeramente histérica.

—A veces también sucede en la vida real —Adam hablaba con gran seriedad.

Le rellenó la taza de café, y luego volvió a sentarse—. No hay una forma sencilla de encarar esto, Alyssa. Ni para ti, ni para mí, ni por supuesto para Elizabeth o el tío Julián. Y menos para los Langford.

Alyssa dejó la taza sobre la mesa con tanta fuerza que se derramó un poco.

—¿Qué diablos tienen ellos que ver con esto? —preguntó.

—Richard Langford tenía muchas acciones en la empresa familiar, que como sabes es de las más importantes del país.

—¿Y? Las habrán heredado sus descendientes. ¿Para qué has venido realmente, Adam? ¿Para provocar problemas?

—Ya te lo he dicho —Adam apretó los músculos de la mandíbula—. He venido como emisario de mi tío abuelo. Necesita saber desesperadamente antes de morir si el hijo de Elizabeth es suyo o de Langford.

El asombro más absoluto se apoderó de Alyssa. Abrió la boca para protestar, pero no le salió ningún sonido. Durante un instante creyó que iba a desmayarse. Su cerebro parecía disociado por completo de su corazón.

¿El hijo de Elizabeth?

—¡Alyssa! —Adam se puso de pie al instante—. Vamos, baja la cabeza.

Le puso la mano en la nuca con gesto elegante pero firme. Ella obedeció durante un largo minuto, y cuando se sintió mejor le apartó la mano. Estaba enfadada y asustada por el efecto que provocaba en ella. Había sentido el contacto de su mano no sólo en el cuello, sino también en los senos, en la boca del estómago y entre las piernas.

—Estoy bien —aseguró cuando logró recuperar la compostura.

—Quédate sentada y callada un momento —le aconsejó.

Él mismo también estaba afectado por aquel momento tan íntimo. Ahora deseaba no haberla tocado. ¿De verdad era posible que no supiera lo del hijo de Elizabeth?

—Ésta es una conversación muy extraña —se lamentó Alyssa—. Zizi nunca tuvo hijos. Lamento decirlo, pero Julián Wainwright debe de estar loco. El pobre hombre está desvariando.

Adam la miró con gesto compasivo.

—Si Elizabeth no te contó nada... después de todo, eras una niña y ella una mujer de mediana edad, entonces seguro que algún miembro de tu familia lo sabe.

¿Tal vez su hermana Mariel?

—¡De ninguna manera! Zizi nunca se casó. Nunca tuvo un hijo. ¿De verdad crees que no lo sabríamos si así fuera?

Adam se la quedó mirando fijamente. Estaba realmente conmocionada.

—Ha ocurrido más veces —musitó—. Todas las familias tienen secretos. Lo que ocurre es que esos secretos no permanecen siempre enterrados. No es mi intención asustarte, Alyssa. Tienes que confiar en mí. Elizabeth tuvo un hijo. Lo que Julián desea saber desesperadamente es quién es el padre biológico. Julián es un hombre muy rico. Ha hecho testamento, pero todos sabemos que siente que no ha dejado sus asuntos en orden. A lo largo de los años le ha suplicado a Elizabeth que le dijera la verdad. Ella siempre dijo que el niño murió a las veinticuatro horas de nacer. Ahora sabemos que eso no fue así.

—¿Sabemos? —gritó Alyssa—. ¿Quién, tu tío moribundo y tú? ¡Nada de esto es verdad! ¡Odio que la gente mienta! ¡Te odio a ti! Y Zizi debería haberte odiado también.

Adam sonrió.

—Creo que Elizabeth se quedó sin aliento en el momento en que me conoció.

Dicen que me parezco mucho a Julián cuando era joven. Elizabeth ha llevado una vida de engaño, quién sabe por qué. Al hacerlo, le dio la espalda a la fama y a la fortuna, a una vida completa y una carrera de éxito. Las cosas que a la gente le gustaría tener. Creo que una parte de ella se sintió profundamente aliviada al saber que aquello iba a terminar.

Alyssa tenía los nervios de punta.

—¿Tú no lo ves como un alivio? Elizabeth no me prohibió la entrada a la casa.

Lo cierto es que se sentía a gusto conmigo. Por desgracia, acababa de iniciar mis descubrimientos cuando ella sufrió aquella caída fatal.

—¿Seguro que tú no estabas aquí en ese momento? —aquello salió de su boca sin que pudiera controlarlo.

—Olvidaré lo que acabas de decir —Adam compuso una expresión iracunda.

—Lo siento —ella apoyó la cabeza en la mano—. No sé ni lo que digo. ¿Pero por qué debería quedarme aquí sentada escuchando cómo destrozas mis ilusiones respecto a la Zizi que yo quería? ¡Amantes secretos! —Alyssa soltó una carcajada amarga—. Puede que Julián Wainwright sea un mitómano. Y además, una cosa es tener amantes y otra decir que Zizi era una madre soltera que no estaba siquiera segura de la identidad del padre de su hijo. Zizi era una mujer muy querida. Su familia la habría protegido. Tenía a su hermana, mi abuela Mariel. ¿De verdad crees que Mariel hubiera permitido que Zizi pasara sola su embarazo?

—Es muy posible que Mariel no estuviera al tanto —sugirió Adam.

Alyssa apretó los dientes. Si todo aquello era cierto, nada podría devolverle la fe en Zizi.

—Nunca se dijo ni una palabra de un embarazo no deseado.

—¿Quién ha dicho que fue no deseado? —respondió Adam—. Elizabeth estaba empezando a abrirse al mundo, y sospecho que lo que le ocurrió la traumatizó tanto que se retiró. Lo más terrible ha sido su muerte accidental.

Alyssa levantó la mano en gesto de indefensión.

—Eso es algo que no entiendo. Zizi no utilizaba la bañera desde que estuvo a punto de sufrir un accidente tiempo atrás.

—No sabía nada de eso —Adam sacudió la cabeza—. Pero fue un trágico accidente, algo normal en gente de esa edad.

—Debió de ser terrible para ti —los hermosos ojos de Alyssa se llenaron de lágrimas. Ella parpadeó para evitarlas.

—Devastador —reconoció Adam, todavía tocado por el recuerdo—. Cuando entré en el baño, lo primero que se me pasó por la cabeza fue que había sido un suicidio.

Alyssa se echó hacia atrás, obviamente asombrada.

—¿Suicidio? No puedo ni imaginármelo. Zizi no era de ese tipo.

—Tal vez pensó en ello como una salida para escapar.

—¿Para escapar de qué, maldita sea? —explotó Alyssa—. Creo que te voy a pedir que te vayas.

—No te culpo —en su tono de voz había comprensión—. En mi defensa,

te diré que yo también cargo mi parte de shock y de amargura. Julián también guardaba sus secretos. Su inminente muerte es lo que le ha hecho abrir las puertas del pasado.

Contrató a un detective privado y se enteró de que el hijo de Elizabeth vivía. Y conoce su paradero.

Alyssa cerró los ojos, horrorizada.

—¿Vas a compartir ese gran secreto conmigo?

—Sin duda, pero no hoy —se levantó de la silla—. Veo la angustia en tu cara.

Hablaremos en otro momento.

—No lo creo —respondió ella con frialdad levantándose a su vez.

—Yo sí —concluyó Adam—. No puedo irme de aquí sin la verdad. Se lo dije a Elizabeth y te lo digo a ti ahora. Tiene que haber cartas, papeles, documentos.

—Me extraña que no los hayas buscado ya —le espetó Alyssa—. Tal vez hayas registrado la casa antes de mi llegada.

La furia de Adam se adivinaba bajo su aparente calma.

—Creo que eres la única persona a la que le permito hablarme así. Pensé que podríamos trabajar juntos en esto, Alyssa. A Julián se le acaba el tiempo.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Si conoces la identidad del hijo de Zizi, ¿por qué no vas a hablar con él?

—Con ella —la corrigió Adam—. Elizabeth tuvo una hija, no un hijo. Una prueba de ADN confirmaría la identidad del padre biológico. Como ya te he dicho, Julián siempre creyó que la niña era suya. Pero al parecer hubo algo que le hizo cambiar de opinión.

—¡No puedo creer que Zizi nos ocultara algo así! Mi madre y mi abuela no saben nada, sin duda.

—¿Estás segura? Julián me contó que cuando era joven, Elizabeth tenía a los hombres a sus pies. Era hermosa y tenía mucho talento.

—Voy a pagarte lo que te debo por las provisiones —dijo entonces Alyssa repentinamente dirigiéndose a la puerta de la cocina—. ¿Cuánto te debo?

—Nada. Ha sido un gesto amistoso.

—Pero no somos amigos, y no creo que lo seamos nunca. Prefiero pagarte.

—Como quieras. Tengo el ticket en la cartera.

—¿Dónde estás viviendo? —Alyssa se giró para mirarlo. Lo odiaba por las cosas que le había contado, pero no podía fingir que no se sentía atraída hacia él.

—He alquilado la antigua granja Gámbaro por un mínimo de tres meses.

—Yo no voy a servirte de nada —aseguró Alyssa dirigiéndose al pasillo—.

Deberías volver a Sydney.

—Me quedo de todas formas —insistió él—. Me he tomado un tiempo libre.

Elizabeth me contó que estás trabajando como voluntaria en un refugio para mujeres.

Eso te convierte en un ser compasivo. Probablemente, Elizabeth guardó cartas y documentos que confirmarán la verdad. No tuvo tiempo para hacer una hoguera con ellos. No sabía que iba a morir.

Habían llegado al recibidor de la entrada.

—¿Y si todos esos documentos abren la caja de Pandora? —a Alyssa le temblaban los labios—. ¿Has pensado en ello? Varias familias sufrirán. No creo que los Langford te den las gracias por esto.

Adam dejó escapar un suspiro. Tenía los brazos rígidos.

—Hay cosas que necesitan aclararse —dijo—. Si esa persona resulta ser hija de Julián, heredará una gran cantidad de dinero.

Ella lo miró con mofa.

—¿Y crees que se lo va a tomar como un regalo caído del cielo? ¿Y si esa hija misteriosa prefiere no saber la verdad? Después de todo, Zizi la entregó en adopción.

A Alyssa se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento, Alyssa —Adam se dirigió rápidamente a la puerta de entrada para evitar hacer alguna locura, como estrecharla entre sus brazos. Nunca había sentido un deseo semejante por ninguna mujer—. ¿Por qué no intentas encontrar esos documentos? Además, entre los cuadros que tiene puede que haya algún retrato.

¿Quién sabe? ¿Si encuentras algo me lo harás saber?

Ella negó con la cabeza.

—No quiero volver a verte nunca.

—¿Por qué no me miras al decir eso?

No era un desafío, sino más bien un reconocimiento abierto de su mutua atracción.

Un color traicionero le cubrió las mejillas.

—No puedo prometerte nada.

—Confío en tu honradez, Alyssa.

Ella asintió brevemente con la cabeza.

—Espera aquí. Iré por el dinero que te debo —aseguró dirigiéndose a la escalera. Necesitaba urgentemente que Adam se marchara.

—¿Te sientes segura aquí? —le preguntó él.

Alyssa se detuvo a mitad de la escalera y se giró para mirarlo.

—He venido aquí toda mi vida —afirmó con cierta insolencia—. Tengo mis raíces en este lugar. Además, no me asustan las cosas que suceden de noche. Todas las casas antiguas tienen su fantasma.

—En este caso, sin ninguna duda, se trata de Richard Langford —asintió Adam.

A Alyssa se le secó la boca. Ella siempre había aceptado aquel hecho, pero ahora se preguntó si el capitán Richard Langford, el original, el que había construido la casa, sería el único fantasma que la habitaba. Tal vez el otro Richard Langford, el famoso marino, se había unido a su antepasado.

—¿Tu tío lo odiaba? —preguntó.

Adam seguía mirándola fijamente.

—En lo más profundo de su corazón, sí. Estaba locamente enamorado de Elizabeth. Olvídate de los años que han transcurrido, él habla ahora como si hubiera sucedido ayer. Era el amor de su vida —sacudió la cabeza—. A mí me resulta difícil creerlo, pero tal vez exista eso que llaman «amor eterno». Julián culpaba a Langford de haber arruinado tres vidas. Lo culpaba incluso de su propia muerte.

—Pero... Eso no tiene ningún sentido —musitó Alyssa.

—Langford estaba casado y tenía dos niños pequeños —respondió Adam en tono neutro.

Algo parecido a la vergüenza le quemó a Alyssa las mejillas.

—Zizi nunca hubiera tenido una aventura con un hombre casado —
protestó escandalizada.

—Échale la culpa a la pasión.

Ella se estremeció y siguió subiendo las escaleras. ¿Richard Langford había sido el amante de Zizi, y probablemente el padre de su hija? ¿Un hombre casado, un adúltero? ¿Y cómo sería esa supuesta hija? ¿Habría heredado el talento de Zizi? Eran preguntas sin respuesta. Pero alguien debió de darse cuenta del embarazo de Zizi en algún momento. No era algo que una mujer pudiera ocultar durante mucho tiempo.

Fuera cual fuera la verdad, Alyssa sabía que la percepción que tenía de su adorada tía había cambiado para siempre.

Tal vez hubiera que reescribir la historia.

Capítulo 4

Alyssa pasó toda la semana en estado de shock, repitiendo mentalmente una y otra vez su larga conversación con Adam Hunt, repasando cada palabra, cada alegación.

La última noche de aquellos siete días, estaba tumbada en la cama completamente despierta, escuchando el normalmente tranquilizador sonido del mar y observando las estrellas que brillaban con fuerza sobre el agua.

Nunca se había sentido tan sola. Se subió el embozo de las sábanas hasta la barbilla. La casa no parecía la misma de siempre. Había un aire de inquietud donde antes sólo hubo refugio y confort. Ahora flotaba una atmósfera siniestra. Alyssa tenía a la mano un palo de golf por si necesitaba defenderse de cualquier intruso. Nunca se le ocurrió preguntar de quién eran aquellos palos. Que ella supiera, Zizi nunca había jugado al golf.

¡Que ella supiera!

Se alegraba de contar con la compañía de *Cleo*. Ahora estaba tendida a los pies de la cama, ronroneando. Alyssa culpaba de su insomnio a las revelaciones de Adam Hunt, que habían convertido a Zizi, la soltera recalcitrante, en una mujer con una vida sexual apasionante.

Alyssa se incorporó de golpe con la sábana apretada entre las manos. ¿Eran pasos aquello que acababa de escuchar sobre el mirador?

—¿Qué es eso? —le preguntó a *Cleo* en voz baja. En respuesta, la gata emitió un sonido agudo y luego se acurrucó a su lado. Estaba claro que también había oído los pasos. Las dos dirigieron la mirada hacia el techo.

Tras quedarse escuchando unos instantes, Alyssa volvió a tumbarse. Lo que escuchó podría haberse tratado del crujir de la madera, o tal vez fuera el capitán Langford dando un paseo. Pero el capitán nunca había intentado hacerle daño. En cualquier caso, la casa estaba cerrada a cal y canto. Ningún intruso podría entrar en ella. Alyssa recolocó las almohadas y se puso a pensar en Adam Hunt. Había provocado un cambio tremendo en su vida. No

resultaba una idea tranquilizadora; la tenía dando vueltas en la cama y todo su cuerpo poseído por unas sensaciones difíciles de explicar fuera de un contexto sexual. Pensó en él hasta que el reloj digital marcó las tres menos cuarto de la madrugada. Adam quería que buscara cartas y documentos. Zizi nunca tiraba nada, lo guardaba todo en los cajones de los escritorios y en los armarios. Nunca había compartido con nadie aquellos papeles, ni siquiera con ella. Pero por la mañana, pensó Alyssa, se dedicaría a husmear. Y también le echaría un vistazo a la gran cantidad de cuadros que había guardados en el ático.

Los brillantes rayos del sol se filtraron por la ventana de la ducha, a pesar de los bananos altos que había fuera. Alyssa pensó que tendría que cortarlos antes de que aquello se convirtiera en una jungla y terminara comiéndose la casa. Para combatir el calor, se puso una camiseta amarilla, unos pantalones blancos cortos, zapatillas de deporte y el cabello recogido en una cola de caballo.

Pensó entonces en Zizi. Le gustaba la buena comida y el vino, y las cosas hermosas. Solía recorrer los objetos con las yemas de los dedos, reconociendo su textura y su forma. Era una persona muy táctil. Alyssa pensó que había sido una ingenuidad por su parte creer que nunca había conocido el amor de un hombre.

Había visto a su tía abuela a través de los ojos de una niña.

Después de desayunar, Alyssa se subió la taza de café para saborearla en el porche. *Cleo* se sentó en su regazo. El mar estaba a aquellas horas de la mañana de un azul eléctrico.

En el interior de su habitación se escuchó cómo se cerraba de golpe la puerta del magnífico armario francés. El sonido se escuchó por toda la casa, como si se hubiera caído. Alyssa dio un respingo y *Cleole* clavó las uñas, pero la dejó quedarse en su regazo.

No recordaba haber abierto el armario. A pesar de su fortaleza, encontró la situación aterradora. Cuando era niña, creía que ese armario comunicaba con un túnel que atravesaba la finca y llegaba hasta la playa. Servía para que el capitán entrara y saliera.

En los raros momentos en los que hablaba de sí misma, Zizi le contó que una vez estuvo a punto de perder la vida en uno de aquellos cayos de coral

que no estaban tan lejos. Le había picado uno de aquellos peces que parecían rocas cuando estaba disfrutando de los jardines de coral en un momento de marea baja.

—¿Y qué pasó? —le había preguntado Alyssa emocionada—. ¿Cómo saliste del cayo? Esas picaduras producen un dolor terrible.

—Espantoso —contestó entonces Zizi estremeciéndose—. Un barco que pasaba me vio en la playa. Hubo algo, tal vez la intervención divina, que alertó al capitán de que estaba en peligro.

—¿Te salvó la vida? —preguntó la niña Alyssa.

—Fue como un sueño —contestó Zizi—. Me recuperé y él zarpó.

—¿No regresó nunca? —preguntó la niña, lamentándose.

Zizi se limitó a encogerse de hombros con filosofía.

—Tenía que regresar a su casa con su esposa.

Richard Langford, el marino, tenía una esposa. Y dos hijos. Resultaría muy inquietante que Richard Langford hubiera sido el rescatador de Zizi. Ella atesoraba aquel incidente como un hermoso sueño. ¿Había sido Richard Langford el objeto de su pasión? ¿Se habría enamorado perdidamente de él cuando ya se había comprometido a casarse con Julián Wainwright?

Alyssa suspiró profundamente. Incluso los ídolos tenían pies de barro.

Alyssa trabajó fervientemente durante todo el fin de semana, sacando cosas de los armarios y los escritorios y volviéndolas a colocar. Entre otras cosas, Zizi había guardado sus notas del colegio, observó con una sonrisa triste. Alyssa sacó un viejo álbum de fotos de cuero y se sentó a verlo en el sofá en compañía de *Cleo*. Había innumerables fotos de ella misma en distintos momentos de su vida, sobre todo de sus años escolares, colocadas sin ningún orden. Zizi nunca había sido una persona metódica. Cuando estaba a punto de volver a colocarlo en su sitio, se deslizaron dos fotografías sueltas.

En una de ellas estaba Zizi con un bebé de cabello rubísimo en brazos. Podría haber sido ella, pero Alyssa sabía perfectamente que se trataba de su madre, Stephanie. Mariel, con el rostro serio, estaba a su lado con el brazo por encima de su hombro. Zizi estaba guapísima. Sin duda, llena de felicidad por su hermana. Mariel siempre decía que cuando Stephanie nació fue la mujer más feliz del mundo. Le costó trabajo quedarse embarazada. Stephanie

era su única hija.

La mente de Alyssa comenzó a trabajar muy deprisa. La mano se le quedó congelada en la fotografía mientras *Cleo* la miraba con curiosidad.

—No puede ser... No es posible.

Alyssa cerró los ojos. El corazón se le subió a la garganta. Las palabras de Adam Hunt resonaron en su cabeza: «Julián sabe quién es la niña».

A última hora de la tarde, cuando el cielo sin nubes se estaba tiñendo de índigo, púrpura y rosa, abandonaron la búsqueda por la casa y entraron en el estudio de Zizi, que estaba cruzando el patio que daba a la cocina. El acceso al ático en el que Zizi trabajaba se hacía a través de una escalera externa.

Alyssa abrió la puerta de abajo, y el interior se llenó de luz. *Cleo* y ella vacilaron, como si tuvieran miedo de entrar. La gata fue la primera en lanzarse. Ella la siguió.

La atmósfera de la estancia resultaba densa, pero todo parecía estar igual que siempre. Los rayos de luz tamizaban los muebles tailandeses, que en la actualidad debían de costar una fortuna. Tras la muerte de Richard Langford, ¿por qué su familia no reclamó todas las riquezas que se quedaron en Flying Clouds?

«Porque Richard Langford se lo dejó todo a Zizi, por eso», le respondió una voz interior.

¿Sabría la familia que aquella casa fue el refugio privado de Richard? ¿Y sabría su esposa de la existencia de una amante?

Alyssa se dirigió hacia las escaleras que llevaban al ático seguida de *Cleo*. Sentía la boca seca. Se escuchó un ruido sordo en el tejado que le provocó un escalofrío.

—Pájaros —le susurró Alyssa a *Cleo* para explicarlo.

¿Por qué estaba tan nerviosa? Quería tanto a Zizi que se sentía tremendamente inquieta, como si su tía abuela fuera a materializarse en cualquier momento. Los muertos no desaparecían sin más; sus sombras no podían ignorarse. Ni tampoco la sensación que tenía Alyssa de que la estaban siguiendo. El aire vibró y tuvo la sensación de que algo se movía con rapidez a su lado. El estudio era el lugar ideal para ese tipo de sensaciones. Había lienzos apilados por todas partes, y también colocados arriba. Necesitaría una escalera, o mejor todavía, un hombre que los bajara.

Podrían ser pesados.

¿Adam Hunt? Consideró la posibilidad. Tenía su número de teléfono. Sabía dónde vivía. ¿Por qué no pillarlo tan de sorpresa como Adam la había pillado a ella?

En cuanto tuviera oportunidad, haría que uno de los detectives privados del bufete lo investigara. Podría sentirse poderosamente atraída por aquel hombre, pero eso no era razón para no estar alerta.

Con Zizi muerta y tantas acusaciones contra ella, no vaciló en mirar a fondo los lienzos a los que sí tenía alcance. Si ella pudiera pintar así... Tenía que exponer la obra de Zizi, pensó llena de admiración. Había sido una gran retratista, pero durante algunos años se dedicó a la obra abstracta. Alyssa la urgía para que volviera a los retratos, pero no hubo manera.

—¿A quién voy a pintar? —preguntaba siempre con una carcajada.

—Los famosos harían cola para que los retrataras, Zizi. Tendrías que ir a la ciudad, pero sólo unos días.

—Sólo saldré de Flying Clouds en una caja.

Y así había sido. Pero se habían llevado su cuerpo, no su alma.

Unos instantes más tarde, *Cleo* soltó un maullido tan melancólico que Alyssa estuvo a punto de dar un grito. Se sintió una estúpida. El espíritu del capitán Langford nunca la había molestado, de hecho, durante años creyó que nada malo podría ocurrir en Flying Clouds. Entonces, ¿a qué venía aquella inquietud?

¿Formaría parte del trauma de haber perdido a un ser querido?

—¿Qué estás mirando, *Cleo*?

Alyssa siguió la mirada fija del felino, y se sorprendió al ver un caballete arrimado a una esquina con un gran lienzo encima. El lienzo estaba cubierto por una tela oscura.

Caminó hacia él con decisión y levantó la tela. Una ráfaga de aire polar sopló sobre ella. Se quedó paralizada. Un sudor frío le cubrió el cuerpo.

¿Quién la estaba observando desde el cuadro?

Un dolor insoportable la atravesó. La persona del cuadro le resultaba demasiado familiar.

A lo que tenía que enfrentarse ahora no era a la aniquilación de la muerte, sino a la de la confianza. Todas las conexiones se unieron, encajando con

mecánica precisión. Había creído que conocía a Zizi, pero no conocía a la Zizi de verdad. Sólo el rostro que ella le presentaba al mundo.

Alyssa se quedó en silencio. Tenía la boca tan seca que no podía ni tragar. Su rostro reflejaba un gran dolor. Hoy había aprendido más de lo que le hubiera gustado.

Era un retrato. El primero que Zizi había hecho en años, según ella sabía. No era el retrato de alguien que ella conociera, pero lo conocía aunque no lo hubiera visto nunca. Era el busto de un hombre en su mejor momento, cabeza y torso. Tenía la mirada clavada en ella, como si hubiera esperado aquel momento durante mucho tiempo. Era algo más que un rostro hermoso. Era una cara cautivadora, con aura.

Llevaba puesta una camisa blanca medio abierta. Sus ojos claros destacaban sobre su piel bronceada y el cabello y las cejas oscuras creaban un gran impacto. La artista había captado no sólo la intensidad de la expresión y los detalles de la tela, sino que además había recogido la esencia del sujeto.

Se veía que tenía una relación profunda y emocional con él.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde su muerte?

Aquel hombre tenía que ser Richard Langford.

Estaba sumida en una profunda tristeza y el corazón le latía dentro del pecho como un pez recién pescado. Los ojos de la pintura, que parecían tan vivos y miraban directamente a los suyos, tenían reflejos dorados y el color de la lluvia. La gente siempre le preguntaba de dónde había sacado aquellos ojos. Ella no había sido capaz de decirlo. Hasta ahora.

¿Tenía pensado contárselo Zizi? Alyssa sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas que luego resbalaron por sus mejillas. Se dejó caer en la silla, destrozada.

Cleo saltó a su regazo.

Y pensar que Mariel, que conocía el secreto, nunca había considerado la posibilidad de contárselo a nadie...

¿Y por qué iba a hacerlo? Para la estirada Mariel, que además no tenía hijos, aquello sería un regalo del cielo y una oportunidad de que el escándalo no saliera nunca a la luz.

Alyssa sentía en la boca el amargo sabor de la desilusión. La mujer a la que amaba y admiraba había sido incapaz de confiar en ella, y lo que era

peor, en su madre, Stephanie, que merecía saber la verdad. Tenían derecho. ¿Acaso Zizi no imaginó el dolor y la conmoción que provocaría si se averiguaba su secreto?

Stephanie era la hija de Richard Langford. Y ella, Alyssa, era su nieta. Aquel hombre tenía que ser Richard Langford. No era Julián Wainwright, porque se suponía que Adam Hunt se parecía a él. Eran dos hombres completamente distintos.

Hubo una conspiración entre Zizi y Mariel para mantener la verdad oculta.

Alyssa agonizaba en silencio, con el rostro mojado por un sinfín de lágrimas.

Una puerta daba a la otra. Su madre no tenía capacidad de conspiración, a Stephanie también le habían ocultado la verdad.

Y ahora Adam Hunt. Aquello la golpeó con fuerza. Adam Hunt había acudido a Flying Clouds para enfrentarse a Zizi a favor de Julián. Había llegado sabiendo cuál era la identidad de la hija de Zizi. Alyssa sintió una oleada de ira en el pecho. Tenía que hacerle una visita al señor Hunt.

¿Cuáles eran sus intenciones? ¿Demostrar que Julián Wainwright no era el padre de la hija de Zizi? A él le convenía; sin duda, sería uno de los beneficiarios de la inmensa fortuna de su tío abuelo. Las revelaciones de su tío abuelo habrían supuesto una gran decepción. Alyssa no había encontrado nunca a ninguna persona que rechazara una ganancia inesperada, aunque no necesitara el dinero.

Excepto que Julián Wainwright no era su abuelo. Adam Hunt no era su primo.

Y no quería que lo fuera.

¿Y por qué?

En su cabeza comenzó a surgir una voz pero Alyssa la ignoró. Richard Langford había sido el amor de la vida de Zizi. Una pieza crucial de la que Zizi no se había atrevido a hablar. Cualquier rastro de él había permanecido oculto hasta ahora, y sólo porque la muerte de Zizi había sido un trágico e inesperado accidente. Zizi había pasado sus últimos días en la tierra pintando el retrato de su amante secreto.

No estaba todavía terminado del todo. Enseguida surgieron en su cabeza

ideas de cómo rematarlo. Zizi había comenzado el retrato de un hombre que llevaba mucho tiempo muerto, aunque no para ella. Y ahora ella, la nieta de Zizi, estaba pensando en terminarlo.

Alyssa acunó a *Cleo* en los brazos. Se movía de atrás adelante. Era una mujer rota. La sensación de pertenecer, tan importante para el bienestar de una persona, le había sido arrebatada. Todo su mundo se había venido abajo.

Capítulo 5

Aparcó el coche bajo la sombra de una magnífica poinciana de más de diez metros de alto y el doble de ancho.

La antigua granja Gámbaro, que en su tiempo lucía una fachada blanca inmaculada, estaba ahora gris y con algunos desconchados. Alyssa subió los escalones de la entrada con la esperanza de encontrar a Adam Hunt en casa. La puerta de entrada estaba abierta de par en par, al igual que las puertas que daban al porche. El brillante sol que se filtraba en el porche brillaba sobre el mármol negro del vestíbulo de la entrada.

Alyssa no se atrevió a entrar, sino que gritó: —¿Hay alguien en casa?

No obtuvo respuesta.

Llamó entonces con fuerza a la puerta, y tampoco. ¿Dónde estaba Adam? No había anunciado su visita porque la intención era pillarlo desprevenido. Tenía que estar en casa.

Alyssa rodeó la casa para ver si lo encontraba en el jardín en el momento exacto en el que él salía del cobertizo secándose la espalda desnuda y el pecho con una toalla de lavabo. Al verlo desnudo de cintura para arriba, con un par de pantalones cortos viejos, estuvo a punto de sufrir un ataque de pánico.

No sabía lo que estaba sintiendo, pero le resultaba sofocante. Durante unos instantes fue incapaz de respirar con normalidad. Entonces se recordó a sí misma que Adam tenía perfecto derecho a caminar por ahí casi sin ropa.

—Vaya, hola —la vio allí parada, clavada al suelo como un árbol. Alyssa se sintió extremadamente estúpida—. ¿Por qué no me dijiste que ibas a venir?

—Lo decidí sobre la marcha —respondió ella con frialdad.

—¿De veras? —Adam se estaba acercando a ella. Tenía un aspecto físico tan espléndido que le hirvió la sangre. Dejó escapar el aire, sintiendo la urgente necesidad de protegerse de aquella atracción.

—¿Hay algo interesante en el cobertizo? —preguntó por decir algo.

Pensó que debía de haber estado cargando sacos de yeso. Su cuerpo musculoso estaba perlado por un fino sudor blanco. El cabello caoba estaba alborotado. Si hubiera llevado un pendiente de aro en la oreja, se habría parecido a uno de esos piratas con los que ella soñaba cuando era niña.

Adam también la observaba. Era hermosa, incluso bajo la implacable luz del día. No llevaba maquillaje visible, apenas un poco de brillo de labios.

—Estoy utilizando el estudio mientras estoy aquí —explicó.

—¿Estudio? —ella alzó las cejas con curiosidad—. Me lo imaginaba. ¿Eres un futuro pintor?

—No, no pinto —dijo mirándola fijamente—. Ven a ver de qué se trata.

Un coro de pájaros los acompañó hasta el cobertizo, impidiendo cualquier intento de conversación.

—¿De dónde viene el nombre de Flying Clouds? —preguntó Adam—. No era el nombre original de la casa.

Ella esperó a llegar a la puerta abierta del cobertizo para responder.

—Tata me contó que pertenecía a un poema tailandés. Algo sobre el cielo todopoderoso que no entorpece el paso de las blancas nubes en su vuelo.

—Entonces, ¿Elizabeth le puso el nombre a la casa?

Ella suspiró y apartó la mirada, consciente de su cuerpo medio desnudo.

—La verdad es que me dijo que no, pero a las dos nos encantaba el nombre.

Solíamos sentarnos a ver las nubes blancas desde el mirador. Cuando era pequeña, venir a pasar un tiempo con Zizi era como entrar en un cuento de hadas. Había magia, encantamiento y, para colmo, el espíritu del capitán Langford paseando por la hacienda.

—Eres muy imaginativa, ¿verdad?

Su voz sonaba extrañamente tierna, desatando dentro de ella algo que llevaba mucho tiempo bien atado.

—Zizi y yo teníamos mucha facilidad para conectar con el Espíritu del Mundo en Flying Clouds. Una vez, cuando tenía doce años, le sugerí que celebráramos una sesión de espiritismo en el gabinete con la esperanza de contactar con el capitán Langford. Zizi me sorprendió mucho cuando se negó en redondo. Cualquiera hubiera pensado que esperaba que acudiera a nuestra llamada.

—Él o uno de sus descendientes —respondió Adam con ironía—. Has averiguado algo, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices? —¿qué era ella, un libro abierto?

—Entra y cuéntame. Hace mucho calor al sol.

El cobertizo era amplio y estaba vacío, a excepción de los bancos de trabajo que había en la pared y de...

Alyssa contuvo al aliento, maravillada. Sus ojos se dirigieron un instante hacia Adam y luego volvió a apartarlos.

—¡Vaya, eres escultor! ¿Ésta es tu obra?

Él sonrió con evidente deleite.

—No soy más que un aficionado. Pero he tenido la oportunidad de trabajar con un escultor de verdad, Mario La Spina.

—¡Mario La Spina! Es famoso en todo el mundo. ¿Cómo lo conseguiste?

Alyssa se apartó el cabello de la cara y se dirigió hacia una poderosa escultura abstracta construida en mármol blanco de primera calidad y colocada sobre una base de ónice negro.

—Mario ha regresado de Italia, donde, como seguramente sabrás, ha estudiado y trabajado durante años. Ha abierto un estudio en Sydney con mucho espacio. Me gusta trabajar la escultura a escala monumental y con métodos tradicionales.

—Esto es muy diferente a ser arquitecto —comentó ella observando la obra con fascinación.

—Comencé a hacerlo para relajarme —Adam se rio suavemente—. Pero me estoy dando cuenta de que esta terapia puede llegar a ser muy absorbente.

—No me extraña que La Spina te haya aceptado como alumno —aseguró Alyssa recorriendo con la mirada el sólido bloque en el que Adam debía de estar trabajando desde su llegada—. Estoy impresionada. ¿Y con este otro bloque qué vas a hacer?

—Estaba esperando a que la piedra me lo dijera —respondió él muy serio—.

Pero ahora ya lo sé.

—¿Y vas a decírmelo? —Alyssa se arriesgó a mirarse en sus ojos aguamarina.

—No. Te lo enseñaré cuando esté terminado.

La expresión de sus ojos la obligó a contener el aliento. No entendía qué le estaba sucediendo. Siempre había pensado que aquel nivel de atracción, prácticamente a primera vista, era una exageración.

—Me encantaría verlo —dijo dando unos cuantos pasos atrás—. ¿Por qué no me habías dicho que eres escultor?

—Quería sorprenderte.

El tono de voz de Adam despertó en ella una nueva avalancha de sensaciones.

La conversación transcurría normal, pero resultaba increíblemente erótica.

—Entonces, ¿sabías que iba a venir? —Alyssa acarició inconscientemente la textura del mármol.

—Estaba casi seguro —admitió él con una media sonrisa—. Has descubierto algo, ¿verdad?

«Ten cuidado con él», le dijo su voz interior. Era un buen consejo.

—Resulta que hay algo en la casa que me gustaría enseñarte si tienes tiempo.

Por eso había venido, pero me has dejado completamente impactada con esto.

Adam se apartó el cabello algo sudado.

—Elizabeth fue quien hizo que nos conociéramos.

La presencia de Adam resultaba tan magnética que Alyssa se obligó a sí misma a dar un paso atrás. Tenía miedo de cometer alguna locura, por ejemplo, tocarlo.

Igual que Zizi, ella era una persona táctil. Sería maravilloso tocar el cuerpo de Adam, que resultaba tan bello a los ojos.

—¿Zizi sabía que eres escultor? ¿Ha visto tu trabajo?

Él desechó la idea con un gesto de la mano.

—Me hubiera gustado, pero Elizabeth y yo no llegamos tan lejos. Nunca le dije que era escultor a tiempo parcial ni nunca vino aquí. Creo que estaremos de acuerdo en que Elizabeth era una mujer difícil de conocer.

—Sólo mostraba lo que quería que se viera —Alyssa frunció el ceño—. Todo lo que sé de ella es insignificante. Me hace pensar que no me quería de verdad.

—Entonces vuelve a pensarlo. Te adoraba.

Alyssa se abrazó a sí misma siguiendo un impulso, incapaz de controlar su dolor.

—Pero como niña, no como una mujer a la que podía confiarle sus secretos. Y sin embargo, nunca vi en ella atisbo de dolor. Estar con Zizi era divertidísimo. No había ninguna melancolía. Al menos conmigo. Supongo que esconder su dolor era una de sus cualidades.

Alyssa dirigió la mirada hacia la escultura que estaba terminada.

—Tiene mucha fuerza —comentó cambiando de tema adrede.

—Gracias. La tuya es una opinión importante.

Adam colocó también la mano sobre la escultura y sus dedos se rozaron un instante. Aquel contacto la atravesó por completo.

«Mantén la calma», le advirtió la voz interior. «No sabes si puedes confiar en este hombre».

Se hizo un silencio entre ellos que se prolongó demasiado tiempo. Alyssa podía sentir cómo todo su cuerpo se sensibilizaba. Aquello le asombró. ¿Sería el modo en que aquellos ojos azul verdoso se clavaban en los suyos? Había una llave de acceso a su corazón que nadie había girado nunca, y aquel hombre estaba dando todas las señales de alcanzarla.

Sería sencillo abandonarse a una breve aventura. Tal vez resultara incluso terapéutico. Quizá descubriera unas reservas de sensualidad en su interior que no supiera que tenía.

Pero hizo lo más inteligente. Retiró la mano y rompió el hechizo.

Adam rompió a su vez el silencio mientras se pasaba una mano por el pelo ondulado.

—Voy a darme una ducha —murmuró con brusquedad—. Estoy cubierto de polvo de mármol, como habrás visto. ¿Por qué no entras en casa y te sirves una taza de café mientras me esperas?

Cuando regresó, limpio y fresco, se quedó unos instantes observándola desde donde ella no lo veía. Estaba relajada, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, sentada en la silla antigua que Adam había pintado de blanco. Un único rayo de sol iluminaba su cabello rubio ceniza, que brillaba como el sol líquido. Una sensación de felicidad casi insoportable se apoderó de él, una alegría semejante a la que experimentaba con la escultura. Alyssa

llevaba puesto un vestido muy bonito, muy femenino. No tenía mangas, y el óvalo del escote revelaba la curvatura de sus senos. La delicada tela tenía el color del cielo.

Semejante belleza inspiraba ternura. Alyssa abrió de pronto los ojos de par en par, como si se hubiera dado cuenta de que la observaban.

Se incorporó bruscamente y giró la cabeza. Sus ojos se encontraron y ella fue plenamente consciente de los fuertes sentimientos que la atravesaron. Se sentía incapacitada para controlarlos. La intimidad que se había creado entre ellos le asustaba, le alarmaba incluso. La atracción era mucho más complicada que la amistad. Su manera de reaccionar ante él le hacía sentir que había sido abducida.

—¿Preparada para irnos?

—Lo estoy —Alyssa se puso de pie y se inclinó para recoger su taza de café.

—Déjala ahí —le pidió Adam—. Ya la recogeré más tarde. Estoy deseando ver lo que has descubierto.

—¿Y por qué iba a ser de otra manera? ¿Acaso no era esto lo que querías?

¿Cómo podía sentirse tan atraída por él y al mismo tiempo estar tan poco segura de sus planes? Adam lucía absolutamente brillante bajo aquel calor que derrumbaba a otros. Se había lavado la cabeza y se había puesto una camisa blanca de algodón de manga corta y pantalones caquis. Si su tío Julián se parecía a él, Zizi habría tenido que pasar un infierno decidiendo con cuál de los dos amantes quedarse.

—Hago esto por Julián —aseguró con tono tranquilo pero firme.

—No pierdas la esperanza —le advirtió ella.

Cuando salieron a la puerta de entrada, vieron un todoterreno azul aparcado unos metros más allá del coche alquilado de Alyssa.

—Debe de ser Gina —dijo Adam.

Ella sintió una sensación extraña que confiaba en que no fueran celos.

—Si quieres que me marche, no tienes más que decírmelo.

Adam la atravesó con la mirada.

—No saques conclusiones precipitadas. Gina trabaja para la agencia inmobiliaria que me alquila la casa.

—Ah —Alyssa dejó escapar un suspiro—. ¿Estás casado, Adam?

Tendría que habérselo preguntado mucho antes. ¿Por qué no lo había hecho?

¿Acaso aquella atracción la había vuelto ciega, muda y sorda?

Una expresión divertida suavizó las facciones de Adam.

—¿Qué harías si te dijera que sí?

—Te preguntaría qué estas haciendo aquí sin tu esposa. ¿Tienes hijos?

—Apiádate de mí —gruñó él.

Aliviada, Alyssa interpretó aquella respuesta como la confirmación de que era soltero.

Una morena muy atractiva, tipo voluptuoso, bajó del todoterreno moviendo las caderas.

—¡Adam! —gritó con voz melosa.

—Puedo volver en otro momento —murmuró Alyssa.

—Vamos a ver qué quiere.

—Yo diría que es obvio —contestó ella con sequedad—. Quiere verte. ¿Por qué no me voy yo a mi casa? Tú ven cuando puedas.

—En cualquier caso tengo que ir en mi coche —se apresuró a señalar Adam—.

No creo que quieras conducir todo el camino de regreso para traerme.

—Cierto, pero estaba dispuesta a hacerlo.

Gina, que había llegado al pie de la escalera, vaciló un instante.

—Hola, Adam. Pasaba por aquí, así que pensé en entrar a saludarte —miraba a Alyssa mientras hablaba—. Yo te conozco, ¿verdad? Eres la sobrina de la señorita Calvert.

—Sobrina nieta —la corrigió Alyssa con una sonrisa—. No nos han presentado, pero a mi también me suena tu cara...

—Gina Rossi. Soy de por aquí. Intenté vivir en Brisbane durante unos cuantos años, pero he vuelto a casa. Trabajo en la inmobiliaria Haven Homes.

—Lo siento, Gina —intervino Adam—. No te quedes aquí a pleno sol. Entra, por favor. Estábamos a punto de salir, pero no es urgente.

Gina, con su cabello oscuro brillando bajo el sol, parecía claramente decepcionada.

—Mira, ¿por qué no vienes más tarde? —Alyssa estaba ya bajando los

escalones—. No hace falta que vengas hoy. Puede ser mañana —su tono de voz indicaba que se trataba de un asunto meramente profesional.

—Hoy está bien —Adam clavó en ella brevemente la mirada.

Gina subió las escaleras con unos tacones altos sobre los que lucía unas piernas bien formadas. No era alta, pero tenía muchas curvas, ojos oscuros y brillantes y piel de aceituna.

—Encantada de conocerte, Alyssa —dijo, estropeando la frase con un mensaje que Alyssa captó claramente como «las manos lejos».

Cuando conducía de camino a casa, Alyssa se cruzó con un vagabundo. Lo había visto por primera vez el día que llegó, y en par de ocasiones más. Entonces deambulaba por las afueras del pueblo con una sudadera y la capucha echada, probablemente para protegerse del sol. Pero ahora estaba en medio de un campo cubierto de millones de flores silvestres. El norte tropical era un lugar ideal para llevar una vida vagabunda, pensó Alyssa. Uno nunca moriría de hambre y podía bañarse en el mar. Se preguntó qué habría llevado a aquel hombre a tomar ese camino.

Cleo la estaba esperando cuando llegó a casa. La miró fijamente con sus grandes ojos, como diciéndole: «No ha venido contigo, ¿verdad?». Alyssa se encontró respondiendo:

—No es eso. Apareció una de sus novias.

Sacó la llave del jarrón de la entrada donde Zizi y ella la dejaban siempre y abrió la puerta para entrar en casa.

Debió de ser una visita muy corta, porque Adam apareció unos treinta minutos más tarde. Tal vez hubieran quedado en verse por la noche. Había un restaurante italiano excelente en el pueblo. Alyssa lo dejó llamar dos veces al timbre de la puerta antes de responder.

—Ah, estás aquí —lo miró con frialdad—. Mucho antes de lo que esperaba.

Adam levantó las manos haciendo una parodia de conciliación.

—No sabía que estuvieras tan interesada.

—Yo no, pero Gina sí. Es muy glamorosa para trabajar en una agencia inmobiliaria de pueblo.

—Creo que su intención es ascender en la vida —dijo con tono irónico—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto —Alyssa se apartó de la puerta—. Tenemos que ir al estudio.

Hay algo que quiero que veas.

—Estupendo. Ve tu primero. ¿Se trata de un cuadro?

Ella se detuvo sobre sus pasos. Alzó la barbilla y entornó los ojos con gesto de sospecha. Tal vez Adam ya había explorado a sus anchas el estudio de Zizi.

—¿Y bien? —no le apartó la mirada.

«Escúchalo hasta el final», le dijo la voz dentro de su cabeza. Pero ella contestó con tono frío.

—Me gustaría confiar en ti, Adam, pero no puedo. ¿Zizi te enseñó su estudio o te has tomado tú solo la confianza de echarle un vistazo?

—Ninguna de las dos cosas —respondió él—. Los únicos cuadros que he visto son los que hay por la casa. Creo que me debes una disculpa.

La risa de Alyssa no tenía ni pizca de humor.

—Todavía no. Tal vez nunca. Primero tienes que demostrarme las cosas.

Se dirigieron hacia la puerta de atrás bajo el toldo que formaban las buganvillas tailandesas.

—¿Cómo te las arreglas aquí sola por las noches?

—Cielos, pareces mi padre. ¿Has hablado con él?

—No, eso te lo dejo a ti. Pero comparto su preocupación. ¿Por qué no invitas a algún amigo a que se quede contigo? Elizabeth me habló de... ¿Brett, se llama?

—¿Hay algo que Zizi no te haya contado? —preguntó Alyssa molesta—. Ella sabía perfectamente que Brett y yo habíamos terminado.

Adam pareció complacido.

—No estaba seguro. Algo me dice que para Elizabeth él no era lo suficientemente bueno para ti. ¿Y si te traes a alguna amiga? —sugirió.

—No —contestó ella con sequedad—. Mis amigas trabajan. Tal vez tengas buena intención, pero mi seguridad no es asunto tuyo. Estoy perfectamente bien sola.

—Entonces, no te molesta la soledad.

Alyssa se giró para mirarlo.

—No estarás intentando preguntarme si te puedes quedar a dormir...

Adam sonrió. Hacía mucho tiempo que Alyssa no veía una sonrisa así. Le iluminaba todo el rostro, como un sol brillante que dispersara las nubes.

—Te aseguro, Alyssa, que me comportaría como un perfecto caballero.

—En cualquier caso, cuando te enseñe lo que he descubierto tal vez recojas tus cosas y regreses a casa.

Habían llegado ya a la puerta del cobertizo. Alyssa se detuvo.

—Elizabeth se arriesgó mucho al vivir aquí sola con todos estos tesoros. En la casa ya hay suficientes, pero mira aquí. Langford se lo dejó todo a ella. Elizabeth lo conocía... Tal y como tú dijiste.

—Como dijo Julián —la corrigió Adam—. Creo que él pensaba sinceramente que, al morir Langford, podría cumplir su sueño de casarse con Elizabeth.

—Pero ella amaba a Richard Langford. Vivo o muerto. Lo siento por Julián, pero Zizi pertenecía sólo a un hombre. Ésa fue su tragedia. Tenemos que subir las escaleras para llegar al ático.

—Tú primero —la invitó Adam—. Elizabeth podría haber tenido una carrera brillante. Julián la hubiera animado sin cesar. Estaba muy orgulloso de ella. Él jura que ella lo amaba. Pero eso fue antes de que Langford apareciera en su vida y se la arruinara. O al menos eso dice Julián.

—Creo que tienes razón —reconoció Alyssa sombríamente—. Si te pareces a tu tío, debió de ser un hombre muy guapo.

—¿Significa eso que me encuentras atractivo? —preguntó Adam.

Alyssa no respondió hasta que llegaron al nivel superior.

—La belleza, en el sentido de tener unas facciones armoniosas, y el atractivo, no tienen por qué ir necesariamente unidos.

—Entonces, ¿estás diciendo que no soy atractivo? Yo creo que tú eres guapa. Si dejaras a un lado tu naturaleza desconfiada, creo que podría considerarte incluso atractiva.

—Es aquí —dijo Alyssa con indiferencia acercándose al caballete cubierto.

Esperó a que Adam se pusiera a su lado y luego retiró la tela.

Se hizo un silencio absoluto. Incluso las motas de polvo parecieron quedarse quietas. Cuando Adam habló, su voz retumbó por el ático.

—Estoy impresionado —se giró para mirar a Alyssa.

—Pues imagina cómo me sentí yo. Estuve a punto de desmayarme.

Adam estiró la mano par rozar suavemente la superficie pintada.

—Tiene que ser Langford. ¡Menudo tipo!

—Eso no significa que tuviera que ser necesariamente un buen tipo.

—Este retrato dice que él lo era todo en el mundo para Elizabeth. Estoy seguro de que no sólo reflejó un impresionante parecido, sino que me parece estar viendo el alma de ese hombre. Creo que para él debió de ser un infierno, estaba atrapado entre dos mundos, y tenía que separarse de Elizabeth durante largos periodos para poder volver con su familia. Seguro que los quería también y se sentía obligado a cuidar de ellos. No podía imaginar que conocería a Elizabeth y se enamoraría locamente de ella.

—¿El amor es una locura? —preguntó Alyssa en voz baja, envidiando secretamente aquella gran pasión.

—El amor obsesivo sí. Debe de ser algo parecido a sufrir un hechizo sin posibilidad de antídoto. Dos personas prisioneras, incapaces de imaginarse la vida la una sin la otra —en su voz había compasión mezclada con fascinación—. La pintura es reciente. Todavía no lo había terminado.

—Seguramente le faltaba el fondo.

—Así que éste es el hombre que conquistó el alma y el corazón de Elizabeth —murmuró Adam—. Las fotografías antiguas no le hacen justicia.

—¿Fotografías antiguas? —Alyssa lo miró de frente—. ¿Zizi te enseñó fotografías?

—Richard Langford no era sólo un miembro de la dinastía Langford, era un marino famoso. Yo he navegado por la bahía de Sydney desde que era niño. He visto fotografías de él con su tripulación.

—¡Bueno, pues me alegro por ti! —estaba completamente descompuesta.

—No empeores las cosas, Alyssa —dijo Adam—. No tienes absolutamente nada que temer de mí. De hecho, soy yo el que está en peligro.

—¿Y eso? —ella dirigió toda su ira contra él.

—Podría enamorarme de ti. ¿No se te había ocurrido pensarlo?

Ella le torció la cara.

—Si lo hicieras, lo sentiría por ti. El amor no es para mí.

—¿Quieres decir que viste el error que cometiste estando con Brett?

—Eso no es asunto tuyo.

—Yo no puedo decir que el amor no es para mí, pero nunca he amado a ninguna mujer hasta el extremo de renunciar a mi estatus de soltero.

—Zizi amó a Richard Langford hasta el día de su muerte. ¿Realmente hay algo malo en amar? —se preguntó Alyssa acercándose más al retrato. La penetrante mirada de Richard Langford se clavó en la suya. Era tan real que parecía como si quisiera salirse del lienzo.

—Supongo que puede serlo si hace daño a terceras personas —respondió Adam—. Tengo que decir que, a juzgar por este retrato, parece el tipo de hombre capaz de inspirar amor eterno. Incluso Julián reconoce que era todo un personaje, un hombre encantador, guapo, rico y un marino famoso. Pero casado y con dos hijos.

Julián dice que debieron haberse mantenido alejados el uno del otro en lugar de lanzarse directamente a la catástrofe. ¡Pobre Julián! Lo malo es que Elizabeth podría haber llegado a casarse con él si Langford no hubiera aparecido en su vida.

—Tal vez —dijo Alyssa alzando los ojos para mirar el retrato.

—Te pareces a él —murmuró Adam.

—Sí, es cierto.

—A nadie se le escaparía. Y a un artista menos que a nadie. Sin necesidad de hacerse pruebas de ADN, está clarísimo que tu abuelo es Richard Langford, y no Julián.

Alyssa sintió la necesidad de atacarlo, no sabía muy bien por qué.

—Debes de sentirte mucho mejor ahora que está claro. Viniste aquí con un montón de datos ocultos. Sabías que mi madre, Stephanie, es la hija de Zizi. Lo único que no sabías era si Julián era el padre o no. ¿Hablaste con Zizi de ello?

Adam negó con la cabeza y volvió la vista hacia el retrato.

—No tuve tiempo. Quería hacerlo en un buen momento, pero nunca tuve oportunidad.

—¿Y se supone que tengo que creerte? —Alyssa se alejó de él.

—Creo que ahora mismo tienes demasiadas cosas en la cabeza como para creer a nadie.

Ella no podía negarlo. Su lenguaje corporal delataba su agitación.

—Así que ahora ya sabemos que Julián no es el padre de Stephanie. No

necesitas preocuparte por tu herencia. Estás a salvo. Mi madre no es hija de Julián.

Así que yo no soy tu...

—Basta.

Antes de que Alyssa pudiera moverse o decir otra palabra, Adam la agarró de los brazos con el rostro tenso por la ira y una excitación que no podía disimular.

Ella no hizo ningún intento de apartarlo de sí. El corazón le latía con fuerza, y un instante después la boca de Adam cubría la suya, arrastrándola en un beso apasionado que ella no había experimentado antes ni sabía siquiera que pudiera existir. La sangre le hervía, le temblaba el cuerpo. Se sentía desnuda bajo la fina tela del vestido. El cuerpo se le estaba derritiendo, fundiéndose contra el suyo, mostrándole lo mucho que deseaba aquel contacto. Alyssa no podía pensar en nada.

Sólo podía absorber aquel placer. Era un beso furibundo. Algo que ambos querían, que ambos anhelaban. Una loca mezcla de hostilidad y deseo ciego. Entonces, asombrosamente, se transformó. La pasión continuó, pero la sensación de conflicto se transformó en ternura.

—Oh, Dios —Alyssa se apartó, temblando. Estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Te tengo —Adam la sujetó—. No esperes que diga que lo siento. Besarte era la única manera de detenerte.

—No creo que pudiera soportar que lo intentaras de nuevo —tenía una sensación extraña en el pecho.

—Pero sabes que lo haré.

Alyssa apenas podía hablar.

—¿No entiendes cómo me siento? Te odio por haber empezado todo esto, a ti y a tu querido Julián. Te odio por haberme ocultado cosas. Odio la mentira.

Su voz delataba un nivel paralelo de emoción.

—No te culpo, Alyssa, pero ¿acaso lo que te había dicho no era ya suficiente trago?

Ella no respondió. Estaba tan excitada que sintió que estaba haciendo el tonto.

La ira era un antídoto para el deseo.

—¿Qué voy a hacer ahora? Siento como si la tierra se hubiera abierto bajo mis pies. Tu trabajo ha terminado, pero el mío no ha hecho más que empezar. Estoy segura de que mi madre no sabe nada de esto. Mi abuela... Maldita sea, Mariel lo sabe todo. Ella se quedó con el bebé de Zizi. Crió a mi madre como si fuera su hija.

Las dos hermanas engañaron a todo el mundo. Era su secreto. Seguro que el hombre que creí que era mi abuelo tampoco tenía ni idea. A Lewis lo trataron como a un estúpido, igual que a los demás. Pero tengo una duda: ¿Por qué Julián estaba tan seguro de que el hijo de Zizi podía ser suyo? Debieron de ser amantes.

Adam dio un paso atrás, como si quisiera poner distancia entre ellos.

—No vayas por ahí, Alyssa. No quiero que pienses mal de Julián. Él amaba a Elizabeth. Tal vez ella intentó tener una vida normal. Tal vez sabía en el fondo de su corazón que Langford nunca dejaría a su mujer ni a sus hijos. Seguramente él se lo diría así. Al parecer, uno de los niños tenía una discapacidad. Tal vez ella decidiera intentarlo con Julián, tal vez necesitara desesperadamente consuelo. Julián la amaba, y sé que ella sentía algo profundo por él. Lo que sentía por Langford era algo como de novela, un amor de esos que van más allá de la tumba. Pero ese tipo de amor puede destrozarse varias vidas en el camino. Tú viste lo que le ocurrió a Elizabeth.

Subordinó su talento al recuerdo de Langford. Se convirtió en una ermitaña.

Sencillamente, se cerró.

Alyssa no pudo controlar las lágrimas que le asomaban a los ojos.

—Lo que no puedo entender es que entregara a su hija. No estaba en unas circunstancias desesperadas, ¿por qué lo hizo? Tenía una hija del hombre que amaba.

Tal vez él no quisiera terminar con su matrimonio, pero podía haberla apoyado. No entiendo que Zizi renunciara a su hija. Eso va en contra de todo lo que ella era —a Alyssa le falló la voz.

Adam trató de calmar su dolor.

—La muerte de Langford la destrozó. Debió de sumirse en un estado terrible.

Los supervivientes de las tragedias normalmente padecen un peculiar sentido de culpabilidad. Debió de sentir que no tenía derecho a cuidar de la niña. Tal vez pensó incluso que sería una mala madre. ¿Quién sabe qué se le pasaría por la cabeza? Por lo que Julián me contó, sufrió una especie de ataque de nervios. Y por otra parte, su hermana deseaba desesperadamente tener un hijo. Elizabeth debió de pensar que Mariel sería una buena madre. Sin duda, ambas confabularon para que pareciera que Mariel había dado a luz. Todo el mundo lo dio por hecho. Mariel se quedaría con Elizabeth hacia el final del embarazo y ambas lo planearon.

Sí, ambas eran culpables de eso. Alyssa se giró con un escalofrío.

Adam habló con voz firme.

—Julián se hubiera casado con ella aunque hubiera sabido que esperaba un hijo de Langford. La adoraba. La sigue adorando. La mayoría de las aventuras amorosas son muy frágiles. Elizabeth inspiró una gran pasión.

Alyssa soltó una carcajada amarga.

—Menuda gran pasión. Zizi se conformó con las migajas.

—Pero consideraba esas migajas el mejor banquete de su vida —respondió Adam con voz queda—. El amor no es racional. Puede llegar cuando uno menos se lo espera. Los corazones se entregan al instante. Se toman decisiones irreversibles. Eso fue lo que ocurrió con Elizabeth y Richard. Richard no pudo sortear aquel escollo.

Quería a su mujer y a sus hijos, pero no fue capaz de renunciar a Elizabeth. Se perdieron el uno en el otro. Cuando Richard se ahogó en el mar, Elizabeth tampoco fue capaz de dejar descansar su amor. Mira este cuadro. Sus últimos pensamientos fueron para él.

Alyssa dejó escapar un gemido. Se dio la vuelta y miró hacia el retrato.

—¿Crees que si Zizi no hubiera muerto de manera tan inesperada te habría contado la verdadera historia? —preguntó con tristeza—. Podría haberlos hecho jurar a ti y a Julián que guardarían el secreto. Después de todo, Julián sólo quería saber si la hija de Zizi era suya.

—¿No crees que la verdad debe salir a la luz? —preguntó Adam.

—Ese tipo de verdades pueden destruir vidas.

—Pero ¿acaso no tiene tu madre derecho a saberlo?

—¡Oh, Adam, es muy fácil decir eso! —protestó ella—. Mi madre se ha

pasado la vida creyendo ser otra persona. Tal vez te parezca extraño, pero yo estaba todavía más unida a Zizi que mi madre, aunque se querían mucho. Mamá me dijo una vez que Mariel no alentaba su relación. Mariel es muy celosa. La situación puede provocar un gran daño. ¿No te das cuenta?

—Por supuesto que sí —aseguró Adam con gravedad—. Pero si no le cuentas a tu madre lo que sabes, tal vez la verdad se pierda para siempre. La decisión es tuya, Alyssa. No tienes nada que temer ni de Julián ni de mí. Depende de ti guardar el secreto de Elizabeth... O compartirlo.

Ella alzó las cejas.

—Pareces preocupado de verdad, pero he llegado a la conclusión de que soy muy mala juzgando a las personas. Por lo que cuentas, para Julián será una terrible decepción saber que la hija de Zizi no es suya. ¿Qué ocurrió entre ellos para que pensara que existía la posibilidad de que él fuera el padre?

—Quién sabe —Adam se encogió de hombros—. Tal vez Langford estuviera fuera en aquel momento crucial. Era una figura pública con muchas responsabilidades.

—Y un adúltero —Alyssa estaba intentando con todas sus fuerzas aceptar aquel hecho—. Como tú dijiste, probablemente no tenía ninguna intención de dejar a su mujer y a sus hijos. Utilizó a Zizi. Utilizó su juventud y la privó de una carrera maravillosa.

Adam suspiró.

—Estamos dando vueltas y más vueltas en círculo. Fue la decisión de Elizabeth, Alyssa. Langford era su vida. Cuando lo perdió, fue como si se hubiera perdido a sí misma. Él estuvo con ella hasta el día en que Elizabeth murió. Y ahora los dos se han ido.

—¿Dónde están sus cartas de amor? Debió de recibir alguna. Y seguro que las guardó. Zizi nunca tiraba nada, y menos algo tan importante.

Adam alzó la vista hacia los cuadros que estaban colocados en la parte superior.

—Habrá una escalera en alguna parte, ¿verdad?

—Por supuesto —Alyssa deseaba contar con su ayuda y al mismo tiempo no—.

¿Cómo conseguiría Zizi colocar ella sola esos cuadros allí?

—La ayudaría alguien, probablemente el señor Gámbaro. Elizabeth

hablaba con mucho cariño de la familia. De hecho, me comentó que le había regalado un par de cuadros, seguro que para devolverle algún favor.

Aunque no había hecho nada para que así fuera, Alyssa se sentía agotada. Le temblaba todo el cuerpo. ¿Cómo podría volver a pensar en Adam como en un desconocido? El apasionado beso que habían compartido fue una revelación. Como si hubiera cimentado una poderosa conexión que hubiera viajado durante años.

Capítulo 6

Alyssa contuvo la respiración mientras Adam bajaba los primeros cuadros.

Eran una docena de lienzos de paisajes tropicales, una serie de islas y otros de orquídeas blancas. El último era una hermosa pintura dedicada a las vistas que había desde el mirador.

—¿Por qué no nos tomamos un respiro? —sugirió Alyssa—. Debes de estar cansado de subir y bajar escaleras.

—No, en absoluto —respondió él con energía—. Pero me tomaría encantado una cerveza.

Alyssa torció el gesto.

—Me gustaría decirte que tengo algunas en la nevera, pero no bebo cerveza.

—Pues algo frío —contestó Adam—. Me gustaría seguir con esto si a ti te parece bien. Pensé que luego podíamos cenar en Renato's.

Alyssa sintió una punzada de emoción.

—Eso estaría muy bien, pero no creo que haya sitio. Es muy popular y estará lleno de turistas.

—Me he tomado la libertad de reservar una mesa —dijo él con naturalidad.

—¿En serio? —no tenía por qué estar tan seguro de ella.

—¿Qué más da? ¿Y qué hay de esa bebida? Soy yo el que está encima de la escalera.

Cuando Alyssa regresó con dos vasos helados llenos de limonada casera, lo encontró inclinado sobre un grupo de lienzos que había apoyado contra los pies de las mesas.

—¿Qué tienes ahí? —alarmada, Alyssa dejó rápidamente la bandeja—. ¿Adam?

—parecía como si hubiera entrado en trance.

—Dímelo tú —murmuró él con tono frío.

A Alyssa le dio un vuelco al corazón.

—Espero que no sea algo impactante.

—No son desnudos, si es a eso a lo que te refieres. Bueno... No completos —su rostro no mostraba ningún atisbo de humor.

Alyssa se puso de rodillas a su lado en la alfombra. Adam le puso la mano en el hombro.

—Ante ti, Elizabeth la sirena.

Eran cuatro pinturas llenas de encanto. Reflejaban el hermoso rostro de Zizi cuando era joven, con su cabello largo y rubio, los senos pequeños y desnudos, el humano torso femenino surgiendo de una radiante cola de pez. Flotaba o nadaba, según el cuadro, en las azules profundidades del océano. En el fondo de todos los cuadros aparecían los restos de un naufragio en el fondo de mar. El nombre del barco se veía claramente: *Miranda*. El yate de Richard Langford. La sirena llevaba en todas las pinturas una guirnalda de perlas y veneras diminutas en la cabeza, y alrededor del cuello, un hermoso collar de diamantes del que pendía una gran esmeralda en forma de lágrima que se deslizaba entre sus senos desnudos.

—Son extraordinarios —susurró Alyssa— Zizi tenía mucha magia.

Adam asintió en silencio. Estaba tan maravillado como ella.

—Mira el brillo que tienen los diamantes y la profundidad del color de la esmeralda. Yo diría que ese collar está copiado del natural —aquello era algo que Alyssa ya había considerado—. ¿Crees que podría estar escondido en algún rincón de la casa?

Adam encogió sus anchos hombros.

—Tú sabes mejor que yo que aquí hay miles de lugares para esconder un saquito de terciopelo o dos.

—¿Estás dando por hecho que Richard Langford le regaló ese collar?

—¿Y por qué no? Le dio muchas cosas. Era un hombre rico.

Ella asintió y pasó a otro pensamiento.

—Lo del naufragio del *Miranda* es muy triste.

—Sí —respondió Adam con voz tensa.

—Parece como si Richard Langford no te cayera bien.

—Tengo que estar del lado de Julián, Alyssa —contestó—. Él también

amaba a Elizabeth. Sin medida. Estaba preparado para creer que Richard Langford era un monstruo que le arrebató la mujer a Julián cuando no tenía derecho a hacerlo, ya que era un hombre casado —Adam dejó escapar un suspiro—. Julián insiste en que Langford debió de marcharse, resistir la tentación. Pero lo que hizo fue aprovecharse de Elizabeth y terminó convirtiéndola en una reclusa.

—Pero Richard Langford era mi abuelo —el retrato lo había cambiado todo para ella. Ya no podía odiarlo.

—Al menos eso significa que tú y yo no tenemos parentesco —dijo Adam aliviado—. Ésa es la única ventaja que veo.

—Una gran ventaja. Tu herencia está a salvo —Alyssa alzó la vista para desafiarlo.

—No es la única —murmuró él—. No me gustaría sentir deseo por mi prima — dijo en voz baja—. No me gustaría ir por ahí deseando besarla, acariciarla y deseando conocerlo todo de ella. No, Alyssa, es mucho mejor que no seas mi prima.

Alyssa sintió que le faltaba al aire al sentir sus ojos clavados en ella. Era como permanecer demasiado tiempo debajo del agua. No se atrevía a moverse. No se atrevía a hablar. Adam la puso de pie y la envolvió entre sus brazos. Era maravilloso sentir cómo la estrechaba, y también muy imprudente. Las cosas estaban sucediendo demasiado deprisa. Y al mismo tiempo, eso hacía que fuera más fácil entender lo poderosa que había sido la atracción que atrapó a Zizi y a Richard.

—¿Puede un hombre condenarse por sentir deseo? —preguntó Adam apoyando suavemente la barbilla en la parte superior de su cabeza.

—¡Acabas de condenar a Richard justo por eso!

—Era mi cabeza la que hablaba. Mi corazón dice que el deseo nos hace muy vulnerables.

La boca de Adam sobre la suya era la sensación más perfecta que había conocido, y un acto tan natural que le llegaba al corazón. Parecía como si hubiera adivinado sus deseos ocultos y actuara de acuerdo a ellos. ¿Se trataba de ese flechazo del que tanto había leído y en el que nunca había creído, o Adam tenía planeado seducirla? Su experiencia con Brett, que la había manipulado, debería llevarla a actuar con prudencia. Y sin embargo, había

saltado al vacío. Los parámetros de su mundo habían dejado de ser estables.

Una súbita ráfaga de aire hizo que una de las puertas dobles del cobertizo resonara con fuerza. Los dos se apartaron al instante el uno del otro. El aire provocó que algo se cayera en el espacio que había abajo, rompiéndose sonoramente.

Alyssa esperó a que su corazón se tranquilizara.

—Creo que alguien lo ha hecho a propósito —dijo tratando inútilmente de reírse—. Tal vez quieran advertirnos que vamos demasiado deprisa.

—¿Te preocupa eso? —preguntó Adam acariciándole la espalda, moldeando su cuerpo con el suyo.

—A ti también debería preocuparte. En cualquier caso, ¿cómo sé que no me estás manipulando?

—No has superado lo de tu prometido.

—Sí, claro que sí —Alyssa lo miró fijamente—. Pero hay algo ambivalente en ti, Adam. Podrías estar buscando venganza. Richard Langford le arrebató a Julián a Zizi. Así que tú me tomas a mí.

—¿De verdad me crees capaz de eso?

—Sí.

—Admito la parte de tomarte —se inclinó para besarla—. Quiero que desees mis caricias tanto que no puedas resistirte a mí.

—Te apuesto a que sí podré.

Adam dio un paso atrás, alzando las manos en gesto de rendición.

—¿Y ahora es cuando me dices que me vaya?

—¡No! —Alyssa sacudió vigorosamente la cabeza—. Necesito a un hombre, y ése eres tú. Hay muchas cosas pesadas que necesito bajar, y tú eres fuerte. Además, los dos juntos podemos explorar más deprisa.

—Entonces, ¿se me permite ser de utilidad? —Adam se rio en silencio.

—Exacto —Alyssa pasó por delante de él para ver qué se había caído en el piso de abajo—. Estás tan obsesionado con esto como yo misma.

Cuando entraron en el restaurante, a la primera persona que vieron fue a Gina Rossi. Estaba sentada a una mesa del centro, con un hombre mayor de aspecto imponente. ¿Su padre? No lo parecía por el modo en que ella iba vestida, ni por su lenguaje corporal.

Gina los vio primero a ellos. Les dedicó una brillante sonrisa, que bien

podría haber sido falsa, y los saludó con la mano. Ellos respondieron antes de que el camarero los guiara hacia una mesa tranquila que había en un rincón.

—Creo que veremos en más ocasiones a Gina antes de que acabe la noche —predijo Adam—. El hombre vestido de Armani es Dave Belasco.

—¿El constructor?

Alyssa esperó a que estuvieran sentados en la mesa antes de preguntar. Miró a su alrededor complacida. En el centro de la mesa, cubierta con un mantel de lino blanco, había un centro de orquídeas salvajes y un candelabro.

—¿No está casado? Debe de tener más de cincuenta años.

—Existe el divorcio, como bien sabes —murmuró Adam—. Si Dave le propone matrimonio a Gina, algo que dudo, se convertiría en su tercera esposa. ¿Tienes hambre?

—Ya que lo mencionas, muchísima. Le has llamado Dave. ¿Lo conoces?

—Nuestro estudio ha colaborado con él en el pasado. Mi padre diseñó su complejo de lujo en la Isla del Ángel. Yo era su ayudante. Antes de marcharnos pasaré a saludarlo.

—El mundo es un pañuelo —observó Alyssa.

—Cosas así son normales en los grandes estudios —respondió él con naturalidad—. Los mejores arquitectos trabajan por todas partes. Puedes tener tu base en Singapur o en Hong Kong y al mismo tiempo trabajar mucho en Australia.

De hecho, yo podría trabajar aquí, en el norte.

—¿Te lo estás pensando? —preguntó Alyssa sorprendida.

Adam se encogió de hombros.

—Podría ser. He aprendido mucho trabajando con mi padre, pero ya estoy preparado para volar solo. Papá y yo no siempre tenemos el mismo punto de vista sobre el diseño. Él es más tradicional. Yo soy un escultor en el fondo de mi corazón.

Los clientes ricos quieren casas especiales. Aunque ninguna tan especial como Flying Clouds.

—Eso es por los fantasmas —respondió Alyssa—. Creo que esta tarde hemos trabajado mucho —dijo cambiando de tema—. Pero no hemos avanzado. Ni cartas de amor, ni papeles privados, ni bolsitas de terciopelo llenas de joyas relucientes.

—No hubieras avanzado nada sin mi ayuda —Adam sonrió.

—Estoy de acuerdo. El marisco aquí es delicioso. Creo que tomaré langosta. Y

para empezar, vieiras con mantequilla de trufa blanca.

—Es agradable conocer a una mujer a la que le gusta comer bien.

Adam la miró con ojos de placer. Alyssa se había puesto un vestido de seda con dibujos de amatistas, turquesas y esmeraldas. La luz de las velas transformó el color de sus ojos en violeta.

—¿Qué vamos a beber? —Adam abrió la carta de vinos y la sostuvo con sus manos bronceadas—. ¿Qué te parece un chardonnay?

—Perfecto —a pesar de las recientes conmociones, sentía un ferviente deseo de aprovechar al máximo aquellas horas. Ya tendría tiempo de encontrar respuestas al dilema moral que se le planteaba. Tiempo suficiente para enfrentarse a su familia.

Pero no podía evitar la sensación de que tal vez fuera más sabio dejar oculto el pasado.

Si se abría la caja de Pandora, ya no podría cerrarse nunca.

Salieron del restaurante pasadas las diez de la noche. Alyssa se quedó admirando el impresionante arreglo floral del vestíbulo mientras Adam saludaba a Dave Belasco. Eso le dio a Gina la oportunidad de acercarse a donde estaba Alyssa.

La había pillado observándolos de cerca durante toda la noche.

—No necesito preguntarte si te has divertido —sonreía abiertamente—. Lo veo en tu cara.

A pesar de la sonrisa, Gina hacía que aquello pareciera un delito.

—¿Y tú? ¿Te lo has pasado bien también? —le preguntó Alyssa, que estaba decidida a ser amable—. La comida aquí siempre es deliciosa.

—Es cierto. Aunque un poco cara —Gina estaba mirando de arriba abajo cómo iba vestida Alyssa—. ¿Ha encontrado Adam lo que estaba buscando?

—No sabía que estuviera buscando nada en particular. Por lo que le he entendido, se ha tomado unas vacaciones. Ésta es una zona preciosa. Supongo que irá de excursión a las islas y al arrecife.

—Pero él vino a ver a la señorita Calvert, ¿verdad? —insistió Gina—. ¡Qué cosa tan triste, su accidente! Supongo que tú regresarás pronto a casa.

Quizá estés pensando en poner la propiedad a la venta. Puedo encontrarte comprador enseguida.

Entre nosotras —Gina se tapó una parte de la boca con la mano—, Adam ha mostrado interés. Tal vez te lo haya comentado ya. Tengo la corazonada de que Dave quiere que le construya la casa de sus sueños, y tu propiedad sería una base excelente para Adam. Es la hacienda más exótica de la región, aunque tengo que decir que también resulta un tanto espeluznante.

Alyssa consiguió no mostrar la ira que la estaba atravesando.

—No sabía que hubieras estado en Flying Clouds.

Gina la miró directamente a los ojos.

—Bueno, no he llegado a entrar —se explicó—. Aunque creo que Adam me la hubiera enseñado si lo hubiera presionado. Pero he estado por fuera. Es una auténtica jungla. Casi esperaba encontrarme con Tarzán colgado de los árboles.

Adam y yo fuimos a darnos un baño y luego almorzamos tranquilamente. Le pedí que me enseñara los alrededores.

Alyssa sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal.

—¿Te llevó a dar una vuelta por la propiedad?

Los ojos negros de Gina brillaban como los de un pájaro.

—No te importa, ¿verdad? Después de todo, yo trabajo en una inmobiliaria.

Mira, no quisiera buscarle a Adam un problema —vaciló un instante—. Ha sido muy amable conmigo.

Gina sonrió como si no hubiera necesidad de explicar qué significaba «amable».

—Sea como sea, es una lástima que no hubieras preguntado primero —consiguió decir Alyssa—. Yo no te aconsejaría que hicieras más excursiones sin permiso.

Aunque su voz sonaba calmada, se le debía de ver la ira en el rostro.

—Flying Clouds es una propiedad privada. Y puedo asegurarte que no está en venta. Buenas noches.

Alyssa se dio la vuelta y se marchó.

Dejaron el pueblo atrás. Se había hecho un tenso silencio entre ellos, un silencio que finalmente rompió Adam mirándola de reojo.

—¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema.

Sentía de pronto ganas de llorar, y se despreció por ello. El vino, supuso, y el estrés.

—Has dejado de hablar desde que te encontraste con Gina.

Alyssa no podía negarlo.

—Gina es una persona muy agresiva, igual que tú.

Adam volvió a mirarla.

—Oye, eso tienes que explicarlo.

—Por supuesto —Alyssa tenía un tono cortante—. ¿Qué creías que estabas haciendo cuando la llevaste a dar una vuelta por la casa?

—¿Qué? —Adam pegó un frenazo antes de continuar su camino por la carretera—. ¿Acaso no tienes ninguna confianza en mí?

—Tal vez mi confianza se haya visto minada —respondió ella girando la cabeza para mirar hacia el campo iluminado por la luz de la luna.

—No entiendo por qué te ha dicho eso Gina —protestó Adam—. No es cierto.

—¿Quieres que te refresque la memoria? —Alyssa se sentía fatal, pero no podía detenerse—. Se dieron un baño, luego almorzaron sin prisa en la playa y después ella te pidió que la llevaras a dar una vuelta por la propiedad.

—En sus sueños —respondió él con sequedad.

—¿Y por qué iba a ser tan maliciosa y tan estúpida como para mentir? —preguntó Alyssa.

Adam le agarró una mano y se la sujetó con fuerza durante unos segundos.

—Tal vez pensó que no me lo contarías. Tal vez no le guste la idea de que tú y yo seamos amigos.

—No somos amigos —contestó ella.

Adam volvió a poner la mano en el volante.

—Como quieras. Tal vez podríamos empezar a serlo cuando te decidas a confiar en mí. Nunca he ido a nadar con Gina, ni he comido con ella. Lo único que hice fue tomarme un café el día que firmamos el contrato de alquiler de la granja.

¿Satisfecha?

Ella sacudió la cabeza.

—Eres completamente libre para hacer lo que quieras. No es obligatorio seducirme.

—No estoy intentando seducirte.

La velada había comenzado muy bien, pero estaba terminando mal. Ni siquiera le había preguntado todavía si era cierto lo que Gina había dicho respecto a su interés por la casa. Si así fuera, lo entendería. Al parecer, Dave Belasco estaba pensando en encargarle el diseño de su casa nueva. ¿Estaría Adam al tanto de eso? ¿Andaría dos, tal vez diez pasos por delante de ella?

Estaban a punto de llegar al túnel de árboles que formaban el camino a Flying Clouds cuando le llegó el siguiente susto. Estaba segura de haber visto algo moverse en el mirador. No quería creerlo, pero estaba segura de que no había sido obra de los faros del coche.

—¿Has visto eso? —preguntó con la voz atezada por los nervios.

—¿El qué? —Adam giró la cabeza al sentir su pánico.

—Creo que he visto a alguien en el mirador.

Adam no torció el gesto ni trató de convencerla de que estaba alucinando.

Detuvo el coche y apagó las luces mientras miraba fijamente hacia el mirador.

—La única forma de llegar allí es entrando en la casa. Quédate aquí. Cuando me baje, cierra el coche. Voy a echar un vistazo.

—Yo también voy.

—No, tú te quedas —se apresuró a responder él—. Supongo que habrás dejado la llave en el mismo y estúpido sitio de siempre.

—Me temo que sí. Pero un intruso no la encontraría con facilidad. Hay docenas de macetas en el porche. Hay que saber cuál es.

—Si tienes tiempo, puedes mirar en todas. Alyssa, prométeme que te quedarás aquí quieta.

—De acuerdo.

Alyssa sintió un escalofrío. Adam era un hombre alto y fuerte. Además, había agarrado una linterna pesada para usarla probablemente como arma si se daba la ocasión. Lo vio dirigirse hacia el abrigo de los árboles.

¿Y si alguien lo atacaba? ¿Y si ese alguien tenía una pistola? Tal vez ella se hubiera equivocado. Le habían ocurrido cosas suficientemente fuertes

como para haberse vuelto un tanto paranoica.

En el fondo de su mente existía un miedo terrible a que pudiera tratarse de Brett. Por muy decidida que estuviera a dejar atrás el pasado, todavía permanecía allí. ¿Podría estar siguiéndola? Las obsesiones no desaparecen de un día para otro.

Alyssa se preguntó si Brett la habría seguido hasta el norte. Desde que llegó había experimentado una sensación de incomodidad. Recordó que le había dicho que nunca la dejaría marchar. Era la clásica amenaza que ella había oído en muchas ocasiones cuando ejercía como abogada Amenazas que con frecuencia se cumplían.

Brett sabía dónde se dejaban las llaves de la puerta de entrada.

Y conocía la distribución de la casa. Todos sus instintos lo señalaban a él.

Transcurrieron unos minutos angustiosos. Adam estaba dentro de la casa.

Alyssa podría ver a cualquiera que saliera de la casa, a menos que lo hiciera por la parte de atrás. Sería muy fácil desaparecer entre la jungla que había detrás de la hacienda. Alyssa se colocó en el asiento del conductor, arrancó el motor y llevó el coche hasta los escalones de entrada. Le había prometido a Adam que se quedaría donde estaba, pero no podía. El cuerpo le temblaba de ansiedad. Llegó a estar tan agitada que se bajó del coche y pisó la entrada de gravilla. Tenía que encontrar a Adam. Estaba subiendo los escalones cuando él apareció.

—¿Es que nunca haces lo que se te dice? —le gritó.

Alyssa se dio cuenta de que estaba enfadado.

—¿Hay rastro de alguien en la casa?

—Aquí no hay nadie —contestó Adam con firmeza—. Si había alguien, lo hemos espantado. Ésta es una casa muy grande, con muchas entradas y salidas — sacudió la cabeza con gesto preocupado.

—¿Has comprobado la puerta de atrás? ¿Podría haber salido por ahí? —al saber que Adam estaba a salvo, sintió una gran calma.

—¿Para ir adonde? —preguntó él con mucha razón—. Yo no quisiera abrirme camino a través de la jungla en plena noche. Eso estará lleno de serpientes. La puerta de atrás estaba cerrada, pero no con llave. ¿La cerraste tú con llave antes de salir?

—No estoy segura —respondió Alyssa con tensión.

—Entra y compruébalo tú misma —le pidió él—. Tú conoces la casa mejor que yo. Elizabeth me dijo que ella nunca había pasado miedo en todos los años que vivió aquí. Ni una sola vez.

—Es verdad —la voz de Alyssa se había transformado en un suspiro—. Yo tampoco había sentido ni el más mínimo temor en Flying Clouds. Hasta ahora.

—¿Y qué hay de ese novio tuyo?

La pregunta sorprendió a Alyssa, que se puso a la defensiva.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso he dicho yo alguna vez que le tuviera miedo?

Adam observó su rostro descompuesto.

—Me dio la impresión de que estaba loco por ti, y cuando digo loco quiero decir loco.

—Él no vendría hasta aquí —aseguró Alyssa, aunque tenía sus dudas.

—¿Por qué no? Lo único que tiene que hacer es subirse a un avión.

—¿Y quedarse aquí? Incluso con todos los turistas que hay, se lo vería fácilmente... Un hombre nuevo en el pueblo, alto, moreno, guapo... Gina sería la primera en darse cuenta.

—Creía que el que le interesaba era yo —aseguró Adam con sarcasmo—. Tal vez se haya disfrazado. Puede haberse teñido y haberse puesto lentes de contacto. Y no tiene por qué vivir en el pueblo.

Alyssa sacudió la cabeza.

—Debo de haberme equivocado. He visto cosas donde no las había. Siempre he tenido mucha imaginación. Todo lo que ha ocurrido últimamente me ha vuelto un poco paranoica.

—De todas maneras, buscaremos —Adam le pasó el brazo por el hombro para subir las escaleras.

La segunda búsqueda fue más intensa que la primera. Nada. Nadie. Otro misterio sin resolver.

—¿Y ahora qué? —preguntó Adam, que se había dado cuenta de lo pálida que estaba—. Creo que me voy a invitar a quedarme esta noche. No te voy a dejar sola.

—¿Seguro que no lo has planeado todo?

Estaban en el invernadero, que albergaba un frondoso jardín interior.

Alyssa se dejó caer en la butaca. El vestido de seda flotó a su alrededor.

Adam tomó asiento enfrente de ella.

—¿Por qué querría cambiar mi cómoda cama de la granja por una exótica pero sin duda incomodísima cama tailandesa?

—Haces que me sienta indefensa —protestó ella—. Y no creo que lo sea.

—Cualquier mujer puede serlo según qué circunstancias.

—¿Dónde está *Cleo*? —preguntó Alyssa de pronto sentándose muy recta.

Adam se puso de pie al instante.

—Voy a dar una vuelta. Llámala.

—Ten cuidado —le suplicó.

Alyssa seguía sentada en el mismo sitio cuando él regresó con *Cleo* en los brazos.

—Creo que necesitas irte a la cama. Tienes cara de cansada —aseguró Adam nada más verla.

—Lo cierto es que estoy agotada —reconoció ella—. Y tú deberías irte a tu casa.

Para alivio de Alyssa, Adam negó con la cabeza. No se sentía particularmente valiente. Incluso *Cleo* parecía asustada, y ella no le tenía miedo a nada.

—No, está decidido. Me voy a quedar aquí —señaló un sofá muy grande, fabricado a medida para ocupar las espaciosas dimensiones de la estancia—. *Cleo* me hará compañía.

—¿No te dan miedo los fantasmas?

—Pueden pasearse por aquí todo lo que quieran —aseguró Adam sin atisbo de preocupación.

—Ya veremos cómo te sientes a las tres de la madrugada —le advirtió ella—.

Arriba hay camas, ¿sabes? Puedo buscar sábanas limpias.

—Es mejor que me acomode aquí abajo.

—Entonces te traeré un par de almohadas y una colcha de algodón.

—¿Qué más puede desear un hombre?

Alyssa se había dado la vuelta cuando él le preguntó: —No sigues enamorada de ese tal Brett, ¿verdad?

—En ese caso no habría caído en tus brazos con tanta facilidad —

respondió ella.

—Elizabeth tenía a dos hombres comiendo de su mano.

Alyssa tardó unos segundos en responder.

—Estoy segura de que Zizi no amaba realmente a tu tío Julián, Adam — aseguró con dulzura—. Los dos tendrán que perdonarla. Lo que sentía por Richard Langford se apoderó completamente de su vida. No pudo librarse nunca de él, ni siquiera al final.

—Pero ¿por qué? —Adam se expresó con una especie de rabia maravillada—.

Era normal que lo llorara. Langford murió cuando estaba en la flor de la vida. Y ella lo amaba sin duda. Pero ¿por qué llorarlo de ese modo durante el resto de su vida?

No tiene sentido.

—Para Zizi sí —Alyssa se encogió de hombros—. El corazón es muy complicado. No amamos cuando queremos. Ni tampoco podemos dejar de amar cuando nos convenga. Zizi nunca lo olvidó.

—Como el pobre Julián. Él tampoco pudo olvidarla nunca —dijo Adam con pesar—. Podría haber escogido a cualquier mujer. Pero cerró su corazón.

Alyssa se aclaró la garganta.

—¿Cuándo se lo vas a contar?

Adam le sostuvo la mirada.

—Cuando estemos absolutamente seguros de la verdad.

—Creía que ya lo estábamos.

—Julián quiere una prueba.

—¡Pobre Julián! El retrato bastará para dársela. Yo tengo que pensarlo mucho.

Tengo que pensar en mi madre. En mi padre, en mi familia... Incluso los Langford tienen derecho a saberlo.

—¿Estarías preparada para encontrarte cara a cara con Julián?

—¿Con qué propósito? Eso sólo serviría para entristecerle. Me parezco mucho a Zizi cuando era joven. Y también me parezco a Richard Langford, el hombre que le robó a Zizi.

Adam sacudió la cabeza.

—Julián no permitirá que su enemistad hacia Langford nuble su opinión

sobre ti.

Ella se giró para mirarlo y trató de controlar la tristeza.

—No estarás pensando en presentarme como alguien importante en tu vida, ¿verdad?

Adam le dedicó una mirada que provocó que el corazón le latiera con fuerza contra el pecho, pero no respondió.

Alyssa pensaba que daría vueltas y vueltas en la cama, pero se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Adam había conseguido que se sintiera segura. Además, *Cleo* había subido a dormir con ella.

Horas más tarde, la gata y ella se despertaron al escuchar unos pasos en el mirador. *Cleo* fue la primera en poner las patas en el suelo. Adam habría oído también los pasos, pensó Alyssa poniéndose a toda prisa la bata. Eran lo suficientemente sonoros como para despertar a un muerto.

La luz del sol se filtraba a través del porche. ¿Cómo era posible que se hubiera despertado tan tarde?

—Vamos, *Cleo* —dijo con brusquedad—. Será mejor que vayamos a investigar.

No perdió el tiempo vistiéndose. La bata de seda amarilla con bordados de pájaros y flores que había comprado en Hong Kong resultaba perfectamente presentable.

Bajaron a toda prisa las dos. No había ni rastro de Adam. Las almohadas y la colcha estaban perfectamente dobladas en el sofá.

—¡Al tejado! —le dijo a *Cleo*, que obedeció subiendo las escaleras que daban al ático. El viento le apretaba la bata contra el cuerpo. Alyssa se ató más fuerte el cinturón. Lo que vio fue un cielo increíblemente azul y un mar brillante.

No tuvo que buscar mucho para dar con el responsable de los pasos. Adam, que estaba detrás de una chimenea, apareció de pronto ante sus ojos.

—Oh, eres tú —dijo aliviada llevándose una mano al cabello para evitar que el viento la despeinara.

Los ojos de Adam la devoraron. Todo lo que la rodeaba tenía una magia especial para él, pero nunca había esperado verla envuelta en un torbellino de seda amarilla que el viento pegaba sensualmente a su cuerpo.

—Aquí hace demasiado viento —Adam se movió rápidamente hacia ella.

—¿Has encontrado algo?

—No, y he mirado bien alrededor.

Ella tuvo que levantar la voz para hacerse oír.

—Después de desayunar creo que deberíamos ir a la playa para buscar huellas de pisadas.

—No es una playa privada, Alyssa —señaló Adam colocándose de manera que su cuerpo hiciera de pantalla entre ella y la fuerza del viento.

—Pero es una cala pequeña —contestó Alyssa—. Hay una bahía grande más allá del cabo con una playa interminable a la que se puede ir. Aquí no se aventura mucha gente.

—De acuerdo, echaremos un vistazo —accedió Adam, aunque lo único a lo que quería echarle un vistazo era a ella.

El viento jugueteaba bajo su bata, y terminó soltándole el cinturón que la sujetaba. La bata le cayó a la altura de los hombros como si fuera una capa, dejando al descubierto su cuerpo esbelto enfundado en un camisón amarillo. Tenía los hombros delicadamente esculpidos, y el escote revelaba la curva de sus senos.

—Será mejor que bajemos —dijo Adam antes de perder el control y estrecharla entre sus brazos. Se inclinó para recoger el cinturón de seda que había caído al suelo y se lo guardó en el bolsillo de los pantalones vaqueros.

Alyssa no dijo nada, pero se dio la vuelta lentamente permitiendo que *Cleo* fuera delante. El viento, que iba ganando fuerza, le revolvía el rubio cabello, que se agitaba como un manto de seda.

Adam estaba completamente seducido.

Volvieron al ático. Tras las voces que habían dado fuera, ahora todo era silencio, tranquilidad. El sol se filtraba a través de las persianas de las ventanas laterales.

—¿Sabes que me estás torturando?

La voz de Adam surgió de lo más profundo de su garganta. Se sentía más vulnerable ante una mujer de lo que nunca había creído posible. La estrechó entre sus brazos y la atrajo hacia sí. Sentía como si no hubiera abrazado nunca antes a una mujer, como si no hubiera conocido aquella magia, aquella emoción.

—Acércate más a mí, Alyssa. Acércate más.

El aroma de su piel y de su hermoso cabello entró por sus fosas nasales. Lo abandonó toda sensación de calma. Podía sentir las chispas en su sangre electrificada.

Inclinó la cabeza y le mordisqueó el lóbulo de la oreja con suavidad. Luego dejó que su boca se deslizara hasta la mejilla. Ella no se estaba apartando, pensó con exultación. Adam exhaló un suspiro de excitación y le deslizó la bata por los hombros hasta que cayó a sus pies. Le asombraba lo rápido y profundamente que se había enamorado de aquella mujer. Tomaría lo que ella le ofreciera. Todo lo que tenía para darle.

Capítulo 7

La marina estaba llena de barcos de todo tipo y tamaño: yates, veleros, catamaranes turísticos, barcas de pesca... El agua era de un verde traslúcido.

Habría sido una escena idílica si no fuera por la columna de humo grisáceo que se elevaba al aire desde el muelle ocho. Allí había reunida una pequeña multitud. En el centro estaba el jefe de policía, Jack McLean, y su ayudante. McLean había telefonado a Alyssa para decirle que bajara a la marina lo más rápidamente que pudiera. *Cherub* se había quemado casi hasta la línea de flotación. Se trataba sin ninguna duda de un incendio provocado. El acelerador de la combustión había sido el alcohol para quemar que se utilizaba pare el viejo horno.

En la marina nunca había tenido lugar ningún incendio provocado. Los dueños de los barcos, preocupados, estaban ya exigiendo que se detuviera al pirómano.

McLean tenía mucha presión para actuar con rapidez.

—Alyssa, ¿se te ocurre alguien que haya querido hacer esto? —preguntó el jefe de policía—. ¿Alguien que le guardara rencor a la señorita Calvert o a ti?

Alyssa miró desesperada hacia los restos del barco. Su adorado *Cherub*, lo que quedaba de él, se balanceaba en el amarre. Recordó su primera travesía, cuando tenía siete años. Zizi la había llevado a un hermoso cayo de coral, donde habían echado el ancla para hacer un picnic en la playa.

—No puedo imaginar quién ha podido hacer algo así —susurró—. Es una pesadilla.

—Lo es —McLean estuvo de acuerdo. No solía ocurrir nada en la bahía de lo que el jefe de policía no se enterara. Si algo desaparecía, todo el mundo sabía quién lo había «tomado prestado». Ese tipo de cosas eran fáciles de resolver. Pero aquello era distinto.

—¿A ti se te ocurre algún sospechoso, Adam? —le preguntó McLean

mirándolo.

Adam negó con la cabeza.

—Nadie en concreto. Alyssa y yo cenamos ayer en el pueblo, en Renato's.

Cuando regresamos a casa, Alyssa creyó haber visto a alguien en el mirador.

—Pudieron haber sido las luces —se apresuró a mencionar Alyssa—. En la casa no encontramos nada.

McLean se rascó la cabeza.

—La gente de aquí dice que Flying Clouds está encantada, pero eso son tonterías. No te quepa la menor duda de que encontraremos a quien haya hecho esto, Alyssa. ¿Hay alguien que pueda hacerte compañía?

—Yo me encargaré de eso hasta que llegue algún miembro de la familia de Alyssa —Adam se apresuró a presentarse voluntario.

McLean asintió sin hacer ningún comentario.

—Lo que ha pasado parece un acto premeditado. Yo diría que se trata de alguien que conoce bien la marina, el barco y su diseño. Sabía lo del horno y dónde se cargaba el combustible. Sin embargo, no es un profesional. Más bien parece alguien que buscaba venganza. Hasta donde yo sé, la señorita Calvert no tenía enemigos por aquí. La gente se mostraba protectora con ella y con su intimidad.

—Quiero que encuentre a quien haya hecho esto, jefe —dijo Alyssa con los ojos llenos de lágrimas.

—Déjame a mí —aseguró McLean asintiendo firmemente con la cabeza.

De regreso de la marina pasaron por la granja para que Adam pudiera llevarse algo de ropa. Mientras tanto, Alyssa trató de dar con sus padres por teléfono. Pero ambos estaban en un juicio. Les dejó mensajes a sus secretarias. Luego llamó a la mujer a la que siempre había llamado abuela.

—¡Alyssa, querida, gracias a Dios! —respondió Mariel al otro lado—. He tenido muchas pesadillas contigo. ¿Qué está ocurriendo allí? Le dije a tu madre que no deberías estar en ese lugar. ¿Por qué no lo vendes, querida? Tiene demasiados fantasmas.

Mariel parecía más preocupada de lo habitual.

—Lo sé todo sobre los fantasmas, Mariel —aseguró Alyssa sintiendo la terrible tristeza de la traición.

Ella nunca la había llamado de otra forma que no fuera «abuela». Con eso sólo bastaría para alertarla.

—Eso pensé —el tono de Mariel se alteró en cuestión de segundos—. Sabía que iba a ocurrir algo al morir Elizabeth tan repentinamente. Sin duda, has encontrado ya sus diarios.

No parecía resignada, sino llena de ira.

—Encontré el retrato en el que estaba trabajando Zizi —contestó Alyssa—. Un retrato sin terminar del hombre al que amaba. Era Richard Langford, ¿verdad, Mariel? Yo tengo sus ojos. Pero eso ya lo sabes tú.

Se escuchó una risa distorsionada al otro lado del teléfono.

—¡Por supuesto que lo sé! —le espetó—. Lo que no sé es qué piensas hacer tú al respecto. Nadie más sabe nada. Sólo tú y yo. Ni si quiera el pobre Lewis. Nunca entendí cómo mi esposo podía ser tan brillante para los negocios y tan torpe para otras cosas. Elizabeth y yo hicimos un pacto y juramos cumplirlo hasta la muerte. Y tengo que recordarte, Alyssa, que yo sigo todavía aquí.

A Alyssa le latió dolorosamente el corazón.

—¿Por qué lo hiciste, Mariel? ¿Por qué lo hicieron las dos?

—¡Porque había que hacerlo, niña estúpida! —Mariel dio rienda suelta a su ira—. Éramos dos personas desesperadas. No había otro camino. Elizabeth había perdido la cabeza. Hablaba de él como si no estuviera muerto. ¿No es eso una locura?

Dudo mucho que ni ella ni mi hermosa Stephanie hubieran sobrevivido sin mí.

Alyssa estaba sobrecogida por la compasión y por la repulsión a partes iguales.

—Tienes que contarme todo, Mariel. Sólo entonces podremos decidir qué vamos a hacer.

—No me digas lo que debo o no debo hacer —bramó Mariel al teléfono—. Yo tomo las decisiones.

—¿Cómo hiciste con Zizi cuando estaba al borde de la desesperación? —preguntó Alyssa armándose de valor—. ¡La manipulaste, Mariel! Confiaba en

ti y tú la utilizaste. Pero ahora hay que pensar en mi madre.

—La idea que tiene Stephanie de sí misma se vendrá abajo en cuestión de segundos —aseguró Mariel con fiereza—. Es una mujer brillante y segura de sí misma, pero ni siquiera ella puede reinventarse a placer.

Aquella era también la máxima preocupación de Alyssa, y sin embargo insistió.

—Zizi era su madre, Mariel. ¿No crees que mamá debería saberlo?

—Yo soy su madre, Alyssa —Mariel sonaba aterradoramente seca—. Ella me quiere. Soy la que he estado ahí toda la vida. Elizabeth me la entregó. Pasé los mejores años de mi vida cuidando de ella.

—¿Y qué lugar ocupó yo? —Alyssa tragó saliva—. Nunca me trataste como a una nieta.

Alyssa había luchado durante años contra aquella certeza, cuando veía a sus amigas con aquellas abuelas amorosas.

Mariel soltó otra risa descarnada.

—No hace falta ser un genio para adivinarlo. Tú no eres mi nieta. No es fácil mantener una fachada —Mariel suavizó entonces el tono—. Pero te tengo cariño, Alyssa. Aunque me hubiera gustado que siguieras ejerciendo la abogacía en lugar de intentar vivir como pintora. Ése fue el legado de Elizabeth. Tú eras su niña.

Sencillamente, se saltó una generación. Cincuenta años atrás, Elizabeth no estaba en condiciones de cuidar de Stephanie.

Mariel había recuperado su tono de voz condescendiente.

—No podía siquiera cuidar de sí misma. Langford era la peor persona de la que pudo haberse enamorado, casado, con hijos y conocido. ¡Era un escándalo! Era muy guapa y tenía talento, pero todo se vino abajo. Cuando le dije que cuidaría del bebé como si fuera mío, Elizabeth accedió. No quiero ni puedo seguir hablando de esto, Alyssa. Y menos por teléfono.

—Tienes razón. ¿Has pensando en venir? —Alyssa mantuvo la voz firme—.

Están ocurriendo cosas muy raras, Mariel. El barco de Zizi, el *Cherub*, se ha incendiado. La policía cree que fue intencionado. ¿Has sabido algo de Brett?

Se hizo un completo silencio durante un instante antes de que Mariel

respondiera.

—Tuvo el detalle de llamarme cuando rompieron; me llamó un par de veces, de hecho. Sabía que yo podía darle buenos consejos. Qué error cometiste, niña. Me dijo que se marchaba a Londres, donde confiaba encontrar trabajo. Quería poner tierra de por medio. Él te amaba, Alyssa. Perderte le resultó muy doloroso. A mí me caía muy bien, pero sin duda estará mejor con otra persona.

—Tú no lo conocías, aunque él hizo todo lo posible por hacer buenas migas contigo. Brett también era de los que mantenían su auténtico yo escondido —Alyssa aspiró con fuerza el aire para serenarse—. Le voy a pedir a mamá que venga un par de días por aquí. Sería buena ida que vinieras con ella. Tenemos que hablar.

Mariel soltó una breve carcajada.

—Hablar puede arruinar la vida de la gente, Alyssa. Piénsatelo bien antes de traicionarme.

Alyssa sintió una punzada.

—¿Estás intentando asustarme?

—No permitiré que destruyas la paz familiar —respondió Mariel.

—¿Vas a contratar a un matón? —preguntó Alyssa con ironía, aunque sabía que era perfectamente posible. Mariel estaba mostrando su corazón de acero.

—Estoy apelando a tu sentido común, Alyssa —respondió sin molestarse en disimular la ira—. No es ningún pecado mantener oculta la vida privada. Lo único que tienes que hacer es agarrarte a un hecho cierto. Elizabeth te quería. Tú devolviste el amor a su vida. Nunca estuvo tan cerca de Stephanie. Stephanie era mía. Eres joven. Lo superarás.

—¿Ah, sí? —preguntó Alyssa con sorna—. No creo que eso ocurra hasta dentro de muchos años. Por favor, haz el esfuerzo de venir. Deberíamos hablar cara a cara.

Eres la única persona viva que conoces toda la historia. Pero tengo que advertirte: hay alguien más que quiere llegar a la verdad. Tal vez su nombre te resulte familiar... Julián Wainwright.

Mariel contuvo el aliento. Estaba realmente impactada.

—Su sobrino, Adam Hunt, es quien encontró a Zizi. Había viajado hasta

aquí para hablar con ella en nombre de Julián, que está moribundo.

—¡Gracias a Dios! —respondió Mariel aliviada y sin asomo de piedad.

—No va a ser tan fácil. Antes de morir, Julián quiere saber si la hija de Zizi era suya.

La risa de Mariel sonó como el disparo de un arma de fuego.

—¿Y por qué iba a serlo?

—Zizi tuvo dos amantes —respondió Alyssa con tono neutro.

—¡Y seguramente una docena más! —contestó Mariel disgustada—. Pero ella amaba a Langford, y él a ella.

—Estabas celosa de Zizi, ¿verdad, Mariel? —le preguntó Alyssa con voz pausada.

—Siempre —contestó ella—. No había hombre que pudiera mirarla sin desearla, incluso el estúpido de mi marido. Nunca he conocido a un hombre en el que se pudiera confiar.

Cuando Adam regresó la encontró en el porche de atrás con el rostro pálido y tenso.

—¿Qué ocurre? —había escuchado el murmullo de su voz desde arriba.

Ella respondió con un profundo suspiro.

—No he podido contactar con mis padres, pero he hablado con... con...

—¿Con tu ex abuela?

—Sí —Alyssa le dedicó una mirada desesperada—. Oh, Adam...

—¿La conversación te ha afectado? —la tomó de las manos y se las acarició suavemente.

—Ha sido dura, pero siempre es así cuando le dices a Mariel algo que no quiere escuchar. Le he pedido que viniera. También mencionó los diarios de Zizi...

—Entonces existen —exclamó Adam—. Apuesto a que ahí están las piezas que nos faltan.

—Si pudiéramos encontrarlos... ¿Has sido completamente sincero conmigo, Adam?

Él no apartó la mirada.

—He venido como emisario de Julián, Alyssa. Nada más. ¿Qué otra cosa podría haber?

Ella podía haber sacado la teoría de Gina respecto a su interés

inmobiliario, pero lo dejó pasar.

—Mariel quiere que lo deje todo como está. Estaba muy agresiva. Incluso me amenazó.

Adam estaba impactado. ¿Qué clase de mujer era aquélla?

—Bueno... —dijo muy despacio—. Ella es la que más tiene que perder.

Recuerda que ha vivido los últimos cincuenta años siendo madre y abuela. No parece que contigo haya sido ejemplar, pero ¿y con tu madre? ¿La quiere?

—La adora —contestó Alyssa—. Con los años aprendí que yo no importaba mucho. Mi madre cubría completamente el instinto maternal de Mariel. Además, yo tengo los ojos de él. Tal vez por eso hizo que no mereciera su amor. Mariel es muy rencorosa. Tu tío abuelo tiene una aliada inesperada. Mariel odiaba a Richard Langford. Se lo he notado en la voz. También me ha dicho que Zizi sufrió un ataque severo.

Aquello no sorprendió a Adam.

—¿Sabías que la muerte de Langford en el mar se ha visto siempre como un misterio?

Ella lo miró con asombro.

—Se llevó el barco a alta mar.

Para Alyssa, eso lo explicaba todo. Aunque Langford fuera un experto marino, ella sabía que las aguas del arrecife eran muy peligrosas, sobre todo durante la temporada de ciclones.

—La versión de Julián es que se suicidó.

El peso de sus palabras cayó sobre Alyssa como un martillazo.

—Ahora sí que me voy a volver loca —murmuró temblando.

—No, claro que no —él le apretó las manos con más fuerza—. Entonces, ¿Mariel va a venir?

—No lo sé. Colgué poco después de que admitiera que estaba celosa de Zizi.

—Bueno, no desesperes —Adam trató de transmitirle su fuerza a través del calor de las manos—. Apuesto a que te llamará para decirte que viene. Tiene mucho que perder. ¿En qué consistió su amenaza?

—Nada específico. Pero ¿qué podría hacer ella, en cualquier caso?

Adam se lo pensó unos instantes antes de contestar.

—Podría intentar asustarte para que te marcharas de Flying Clouds. Podría haber incluso contratado a alguien para que le prendiera fuego al barco. No conozco a esa mujer, pero manipuló a Elizabeth en el momento más bajo de su vida. Eso prueba que es una persona despiadada.

—Yo tampoco la conozco —reconoció Alyssa con un suspiro—. Pero no quiero pensar que fuera idea suya quemar el *Cherub*. Aunque ahora que lo pienso, ella no quería bajo ningún concepto que ninguno de nosotros viniéramos a Flying Clouds tras la muerte de Zizi. Quería que yo la vendiera.

—Si no pudo convencerte para vender, ¿es posible que considerara la posibilidad de asustarte para que te fueras? Sé de gente que ha tenido que irse porque algún constructor deseaba su propiedad.

—¿Cómo Dave Belasco? —la voz de Alyssa sonaba hueca.

Adam tensó los músculos del rostro y le soltó las manos.

—No veo a Dave Belasco aterrizando a nadie, y menos a una mujer sola.

—¿Lo conoces bien? —la voz de Alyssa ganó fuerza.

—Creo que puedo decir que muy bien. Deja a Dave fuera de esto, Alyssa. Te aseguro que nunca cometería un acto criminal.

—Entonces, volvamos a Mariel.

—A Mariel o a alguien a su servicio. Al final, lo que importa son los motivos. Y Mariel tenía uno.

—Y tú también, ya puestos —Alyssa trató de acompañar el comentario con una risa.

—¿Te refieres a que quiero quedarme con Flying Clouds?

Ella no se arredró en esta ocasión.

—¿Cómo sé que Dave Belasco y tú no quieren apoderarse de ella? La hacienda es una parcela de terreno muy valiosa. Tiene unas magníficas vistas al mar.

—Cierto. Tienes una fortuna aquí. El norte está en pleno apogeo. Pero Dave no es un constructor a gran escala. Se me ocurren otros cuatro más importantes.

—Entonces, tenemos muchos sospechosos —contestó ella—. Incluida Mariel.

—Yo no tengo nada que ver con esto, Alyssa —suspiró Adam echándose

hacia atrás en la silla—. Estoy pensando en comprar la granja Gámbaro como refugio. Es una idea que me ronda por la cabeza. Podría trabajar allí, como escultor y como arquitecto —Adam cambió deliberadamente de tema—. Voy a quedarme aquí contigo hasta que llegue alguien de tu familia. Aunque no confíes en mí.

Alyssa le que dedicó una sonrisa cansada.

—No me mires así —le suplicó él—. Yo nunca te haría daño. Nunca permitiría que nadie te hiciera daño. Debes saberlo.

—Sí, ya lo sé —pero no podía ocultar el miedo que reflejaban sus ojos—. Tenía miedo de que Brett pudiera estar acosándome, pero Mariel me ha dicho que está en Londres. Eso lo descarta como sospechoso. Tendremos que dejar que McLean averigüe quién prendió fuego al *Cherub*. Tal vez fuera obra de unos gamberros.

Parecía que Adam iba a decir algo, pero al parecer se lo pensó mejor. Se puso de pie.

—¿Lista para irte?

—Lista —Alyssa aceptó la mano que le tendía—. Asegúrate de cerrar bien.

—Aquí no hay nada que llevarse —aseguró Adam—. Sin embargo, cerraré el cobertizo. Aunque si un posible ladrón quiere llevarse las piezas de mármol, le iba a costar bastante trabajo cargar con ellas.

Resultó que el *Cherub* no fue el único destrozo. Cuando entraron en el cobertizo de casa de Adam, Alyssa sintió un escalofrío de miedo y Adam una oleada de furia.

Aquello era demasiado.

—¿Cómo ha podido alguien hacer esto? —susurró ella horrorizada.

Habían destrozado con un martillo la escultura sin terminar de Adam.

Las facciones de Adam parecían de granito. Aunque los ojos le echaban chispas, su voz era de hielo.

—Asustarte para que te marches de Flying Clouds es una cosa —dijo—.

Podemos entender las razones, aunque sean equivocadas. Pero esta destrucción es gratuita... O por venganza. Aunque Mariel haya dicho que Brett estaba en Londres, eso no significa que haya subido al avión. Puede que todavía esté en el país. Tal vez esté incluso aquí y nos haya visto juntos. ¿Lo

ves capaz de hacer esto?

Alyssa escogió cuidadosamente las palabras.

—Brett no está loco. Lo único que puedo decir es que tiene mucha rabia dentro.

No llevó bien la separación. Estaba enfadado.

—¿Hay alguna manera de saber dónde está? ¿Puedes hablar con su familia, por ejemplo?

Alyssa se inclinó para recoger una pieza suelta de la destrozada escultura.

—No tenía relación con su familia, pero tiene un amigo, un compañero abogado, que seguramente sepa dónde está.

—Llámalo —le aconsejó Adam lleno de ira—. Tendremos que hablar con McLean. Estos dos actos vandálicos están conectados, de eso no hay duda.

—Lo siento, Adam —Alyssa alzó la mano hacia él, pero Adam parecía tan furioso que la dejó caer—. Estoy desolada. Quien haya hecho esto, es un monstruo.

—No te preocupes. Daré con él —su tono era despiadado—. Vayámonos de aquí —la atrajo hacia sí y le pasó el brazo por su cuerpo tembloroso con gesto protector—. Nadie va hacerte ningún daño mientras yo esté aquí, Alyssa.

Pasaron la tarde buscando los papeles de Zizi. Tenían los nervios de punta.

Mariel sabía que su hermana guardaba unos diarios, y eso era un comienzo. La pregunta era dónde. No encontraron nada relacionado con aquel periodo crucial de la vida de Zizi. Alyssa no pudo evitar preguntarse si no se habría quedado embarazada adrede para retener a Langford junto a ella. Tal vez sus diarios lo aclararan. En un momento dado, Alyssa subió a su habitación para comprobar el estado de una contraventana. Podían escuchar desde abajo cómo estaba golpeando.

Cleo, su fiel compañera, subió con ella las escaleras. Adam las siguió más despacio. Se quedó de pie en el umbral, observando la hermosa habitación en la que habían hecho el amor. Recordó cómo se habían abrazado, besado, cómo se había hundido en el maravilloso y receptivo cuerpo de Alyssa.

Aquel viaje que había comenzado como una deuda de gratitud hacia su tío abuelo, que siempre había sido tan cariñoso y generoso con él, se había

convertido en su historia de amor. Conocía el final de la historia de Julián. Pero no estaba dispuesto a sufrir la misma pérdida que él. Amaba a aquella mujer. Y teniendo en cuenta cómo sentía, ¿cómo iba a juzgar a Langford?

—¿Podría haber escondido Elizabeth algo aquí? —preguntó mirando alrededor de la espaciosa habitación con sus hermosos muebles, entre los que había un delicioso buró inglés del siglo XIX lleno de cajones.

—Aquí no hay nada —respondió ella siguiendo la dirección de su mirada—. Ya he mirado. Hay un cajón secreto en el buró, pero sólo contiene cosas mías.

—¿Y el armario? —insistió Adam—. Es una pieza maravillosa —entró en la habitación para observar aquel mueble alto y tallado—. ¿No tiene compartimentos secretos?

Alyssa negó con la cabeza.

—Yo no los he visto.

—¿Puedo abrirlo? —Adam la miró. Ella estaba muy quieta.

—Por supuesto —Alyssa subió en brazos a *Cleo* y se sentó en la cama—. Como verás, no tiene cajones, sólo una barra con perchas. Es un armario antiguo.

Adam miró en el interior y comprobó que era cierto. Luego cerró las puertas y lo observó desde fuera.

—¿Por qué no tiene cajones? Eso me inquieta. Cualquier artesano que diseñara una pieza habría incluido cajones.

Cleo saltó del regazo de Alyssa y se acercó a los tobillos de Adam.

—Tal vez ella sabe algo —bromeó Alyssa.

—Tal vez —murmuró Adam—. Vaya, ¿qué es esto?

Adam silbó en voz baja. Al apretar con fuerza una de las flores talladas en madera, escuchó un «pop».

—No me digas que has encontrado un compartimento secreto —Alyssa soltó una risa nerviosa.

—Creo que sí —los dedos de Adam localizaron una flor igual en el lado opuesto del tablero decorativo. Presionó la flor que había saltado hasta colocarse a la altura del tablero y luego apretó las dos juntas.

Las puertas se abrieron. *Cleo* entró en las profundidades del armario.

—No lo puedo creer —Alyssa sacudió la cabeza—. He recorrido cada

centímetro de este armario —se inclinó al lado de él y se llevó una mano a la boca—.

¡Adam! —exclamó.

Estaba mirando un cajón largo, con la altura y la profundidad del tablero tallado.

—Hemos encontrado lo que buscábamos —aseguró él acariciándole el hombro para tranquilizarla—. Supongo que querrás echarle un vistazo tú sola.

A Alyssa se le pasó por la cabeza, y no por primera vez, lo sensible que era.

—Tengo la sensación de que Elizabeth te lo iba a contar todo algún día, pero se fue de este mundo sin previo aviso. No destruyó sus diarios ni sus cartas, o lo que haya en ese cajón. Lo guardó todo para ti. Te espero abajo. ¡Vamos, *Cleo*!

La gata saltó a sus brazos.

Capítulo 8

Hubo un momento en el que Alyssa creyó que se le iba a romper el corazón.

Allí estaba lo que había buscado tanto, delante de sus narices. Había documentos de todo tipo, incluidas las escrituras de Flying Clouds. Retiró las cartas atadas con un lazo rojo de terciopelo. Sin duda serían cartas de amor. Las dejó sobre la cama sin abrirlas. Luego abrió los diarios de cuero.

Se lanzó sobre ellos. Dos de los diarios cubrían el periodo de tiempo desde que conoció a Richard Langford hasta que desapareció en el mar. El tercero era un resumen de los meses posteriores.

Finalmente, Alyssa se hizo con un precioso joyero de madera decorado con pequeños medallones. Se sentó un rato sujetando la caja contra el pecho antes de abrirla. La vida de Zizi estaba llena de secretos, y ahora su historia secreta estaba a punto de desvelarse. Alyssa aspiró con fuerza el aire y luego levantó la tapa.

Dentro había varios collares de lustrosas perlas, barrocos broches y brazaletes de piedras preciosas y hermosos anillos.

Pero hubo una pieza que destacó para Alyssa por encima de las demás que le hizo abrir los ojos de par en par, maravillada. Al principio no podía tocarla, no se atrevía. Pero luego, pronunciando en voz baja el nombre de Zizi, sacó el collar de diamantes y esmeraldas. Era exactamente igual que el que llevaba puesto la sirena de los cuadros. Una nota de bordes dorados escrita a mano confirmaba la intención de Zizi de dejarle todo lo que había en aquel cajón. La nota decía:

A mi querida Alyssa, que tanta felicidad me ha dado.

Todo esto, querida niña, es ahora tuyo. Estos diarios contienen muchos secretos impactantes. Te preguntarás cómo, queriéndote como te quería, te los he podido ocultar durante tanto tiempo. Pero por mucho que deseara

compartirlos contigo en cuanto te hiciste una mujer, había hecho un juramento... Hasta la muerte. Ese pacto, en lo que a mí respecta, terminará con mi muerte. Será decisión tuya que alguien más lea estos diarios o no. Rezo todos los días para que Dios me perdone el dolor que te he causado y para que te conceda la sabiduría y el valor suficientes para decidir lo que es mejor.

Tu abuela.

Alyssa volvió a colocar cuidadosamente el collar en la caja, y luego cerró los ojos al sentir que le brotaban las lágrimas. «Lo que es mejor». ¿No era acaso demasiada responsabilidad? Y sin embargo, no podía dejar de pensar que la verdad era el único camino. La verdad podía soportarse; las mentiras eran más complicadas.

Al fin había conseguido la confesión de Zizi. Lo único que quedaba era darle la absolución.

Y lo cierto era que ya se la había dado.

Alyssa devoró rápidamente las páginas de los diarios. Deseaba desesperadamente conocer la historia completa. Allí dentro estaba Zizi sin máscara, sin aquel disfraz que había llevado puesto la mayor parte de su vida. Mientras leía, Alyssa sentía crecer un nudo de emoción en el pecho. No podía contener las lágrimas. Aquellos diarios estaban escritos por una mujer absoluta y peligrosamente enamorada. Alyssa sintió una gran compasión no sólo por Zizi, sino por los dos hombres que la habían amado. Tal y como Julián Wainwright aseguraba, Zizi se había comprometido con él felizmente, pero eso fue antes de que Richard Langford apareciera en su vida y se convirtiera en el único hombre sobre la tierra para ella.

Fue en su arrecife de coral favorito donde se topó con un pez venenoso mientras caminaba con la marea baja. Alyssa sintió en su propia piel el miedo y la impotencia de Zizi cuando creyó que nadie daría con ella a tiempo. Iba a morir.

Entonces, en medio de la semi inconsciencia, vio a un hombre a su lado, hermoso como un dios, que la miraba fijamente con aquellos ojos que brillaban como diamantes.

Él la había salvado. Eso significaba que su vida le pertenecía. Había

surgido de los mares para acudir en su rescate. Era un auténtico milagro.

Richard Langford se había llevado a Zizi a Flying Clouds tras una breve estancia en el hospital. Zizi se sentía fatal por Julián, que la amaba. Julián había ido tras ella con todas sus armas. Acusó a Langford de ser un adúltero y de tener una única salida honorable: dejar en paz a Elizabeth y regresar con su esposa. Se abrió una brecha insalvable entre los dos hombres, ambos locamente enamorados de la misma mujer.

Julián regresó una y otra vez a Flying Clouds con la esperanza inútil de que Zizi recobraría el sentido. Con el tiempo, las tres vidas quedaron enlazadas. Julián aparecía de improviso como una boya cuando Langford levaba anclas. Richard no veía su matrimonio como una prisión: quería a su esposa y adoraba a sus dos hijos, pero no podía renunciar a su hermosa Zizi. No había planeado aquello. El destino lo había llevado a encontrarla en peligro de muerte en una deshabitada isla de coral.

Alyssa se sentía conmovida por la insistencia de Julián. No le importaba lo enamorada que estuviera de Langford; él argumentaba que no podía casarse con él porque ya estaba casado. Su hija pequeña padecía una extraña enfermedad.

Zizi escribió con emoción sobre las largas separaciones y la soledad a la que tuvo que enfrentarse, pero cuando Richard estaba en Flying Clouds o hacían algún breve viaje a algún lugar exótico y cercano, sólo había éxtasis. Un éxtasis intenso, devorador que dejaba atrás todo lo demás. Zizi no le pedía nada más que su amor.

Richard se veía obligado a moverse entre dos mundos, pero sólo con ella sacaba a relucir su auténtica naturaleza.

Alyssa tuvo que dejar de leer, saturada por las emociones. Ahora comprendía mucho mejor el amor de Richard y Zizi, entendía qué clase de hombre era Richard.

No era sólo una atracción física arrolladora, aunque eso tampoco les faltaba. Se trataba de un encuentro de almas y mentes.

No era de extrañar que Zizi se hubiera quedado tan vacía con la desaparición de Richard.

Alyssa siguió leyendo. Ahí estaba la pieza de información que le faltaba. Zizi escribió que tenía una falta de dos meses. Semanas antes, en un ataque

de soledad cercano a la desesperación cuando Richard se fue a su casa, se había dejado llevar por la necesidad de consuelo. Julián no la había manipulado de ninguna forma, pero ella acabó acostándose con él una sola vez. Julián nunca se había cansado de decirle que estaba malgastando su vida con aquella adicción imposible, que Richard nunca dejaría a su esposa ni a su familia, ni renunciaría a su posición en la sociedad. Zizi, según él lo veía, no era más que su amante.

Zizi escribió después que estaba embarazada. Sus cálculos le decían que Richard, y no Julián, era el padre del niño. Le daba miedo pensar en contárselo a Richard. ¿Lo vería como una trampa?

¿Y qué pasaba con Julián? Era imposible acabar con su esperanza de que terminaran estando juntos. Julián llegaría al instante a la conclusión de que el bebé era suyo.

Zizi los quería a los dos, pero de modo muy distinto. Su amor por Julián era sólido y sano, convencional incluso, una buena base para el matrimonio. Pero su amor por Richard era de aquéllos que cambiaban una vida para siempre. Zizi recordaría el breve espacio de dos años que duró su intensa aventura durante el resto de su vida.

Según el diario, Richard había regresado inesperadamente a Flying Clouds.

Julián estaba allí, aunque Zizi le había suplicado que siguiera adelante con su vida.

Los dos hombres se habían peleado. Ambos estaban heridos. Richard se había puesto como una furia con ella al darse cuenta de la traición. Zizi había destruido su confianza. Él la amaba por encima de cualquier cosa. ¿Acaso no lo sabía ella? ¿No se daba cuenta de que, sencillamente, no podía darles la espalda a los niños y a su esposa?

Zizi había tratado de calmarlo, pero no lo consiguió, y Richard echó de allí a Julián, que prometió que volvería. Langford apenas tardó unos segundos en darse cuenta de los cambios que había experimentado su cuerpo. Y pensó que estaba esperando un hijo de Julián. Zizi trató desesperadamente de convencerlo de que no era así, pero Richard estaba tan devastado que no la escuchaba. Zizi lo había traicionado. Había traicionado su amor.

Zizi le suplicó que le perdonara aquel único momento de debilidad. Se

había sentido tan sola... Julián estaba allí y la amaba. Pero si Richard la amaba también, tenía que creerla. Intentó hablarle de fechas, pero Richard no la escuchaba. Sus esfuerzos fueron inútiles. La última vez que Zizi vio a Richard, fue saliendo como una exhalación por la puerta de Flying Clouds, dando tal portazo que las bisagras se movieron.

Unos días más tarde se supo que su barco, el *Miranda*, había desaparecido en alta mar.

Zizi esperó y esperó la noticia de que estaba a salvo. No dejó nunca de rezar.

Richard era tan vital, que se decía a sí misma que tenían que encontrarlo vivo.

Pero fueron transcurriendo los días sin noticias ni rastro del barco. Zizi tuvo finalmente que aceptar que se había ido.

Yo lo había perdido. Pero no para siempre. Nuestro amor es eterno, escribió.

Volverá, incluso aunque esté muerto. Richard no me dejará nunca sola. Nunca dejará Flying Clouds.

Estaba claro que Zizi se odiaba a sí misma. Sobre todo, dejó escrito, odiaba haber arruinado tres vidas. No estaba preparada para ser madre. Pensó en su hermana, que estaba tan lejos. Mariel necesitaba un hijo. Mariel sería una buena madre.

No podía comer. No podía dormir. Su alma estaba sumida en un pozo negro.

Llamó a Mariel. Ella era la fuerte, se encargaría de todo. Zizi no quería enfrentarse al mundo. Así que cuando estaba sumida en la desesperación, parecía que su hermana iba a echarle una mano, pero en realidad Mariel tenía sus propios planes. Ése fue el momento en que se forjó todo. Mariel no había buscado ayuda profesional para Zizi, que se había hundido en una depresión cada vez mayor.

Por su parte, Mariel, que era una mujer de recursos, se las habría arreglado para convencer a su marido de que ella estaba embarazada. Con lo que le había costado quedarse, resultaba lógico que se cuidara mucho. Su marido, Lewis, se dedicó a sus negocios mientras Mariel pasaba largos periodos en el norte de Queensland con Elizabeth. Mariel, la hermana buena

y dedicada.

Stephanie, la hija de Richard Langford, nació en Flying Clouds con la única asistencia de Mariel.

Alyssa se quedó mirando al infinito. Le resultaba increíble que Mariel lo hubiera conseguido, pero regresó a casa con aquel bebé largamente deseado, una niña preciosa que se parecía a su tía Zizi. ¿Y qué pasó con Zizi? La vulnerable y sensible Zizi se lo tomó muy mal. En cuanto tuvo a su hija en brazos empezó a decir que quería quedarse con ella.

Eso enfadó terriblemente a Mariel. Me gritó y me gritó durante días. ¡Se lo había prometido! Al final no pude con ella. No tenía fuerzas. Lo único que me quedaba eran Flying Clouds y Richard. Lo único que tengo que hacer es esperar a que él vuelva.

Cuando terminó de leer, a Alyssa le daba vueltas la cabeza y apenas podía respirar. Se levantó de la butaca en la que estaba sentada y se dirigió al porche a tomar un poco de aire. Mientras permanecía allí, atrapada por los recuerdos del pasado, pasó un coche por el camino flanqueado de árboles. Giró por la entrada de gravilla antes de detenerse. Alyssa se acercó a la barandilla de hierro para mirar mejor y reconoció el coche de Gina Rossi. Entonces entró en el baño para mojarse la cara. Estaba muy pálida, pero al fin y al cabo, Gina no había ido a verla a ella.

La había invitado Adam. Ambos estaban delante del porche y mantenían una profunda conversación. ¿Sobre qué? Adam parecía calmado, pero ella estaba muy nerviosa.

—Ah, hola, Alyssa —Gina se giró para mirarla cuando se reunió con ellos—.

Quería contactar con Adam. Dave Belasco quiere verlo inmediatamente, pero no ha dado con él en la granja, así que se me ocurrió pasar por aquí —se quedó mirando fijamente a Alyssa—. Estás muy pálida, ¿te encuentras bien?

—Me duele un poco la cabeza —contestó ella—. Vamos, entra a tomar una taza de café.

A Alyssa le resultaba difícil ser maleducada, incluso con alguien tan molesto como Gina.

—Me encantaría —respondió la otra joven con entusiasmo—. Vaya, el interior de la casa es impresionante —dijo al pasar al vestíbulo.

—Vamos al invernadero —sugirió Alyssa, que se negó a enseñarle la casa.

—Yo prepararé el café —se ofreció Adam desapareciendo.

—Ahora entiendo por qué está tan interesado en comprar esta hacienda —comentó Gina en voz baja tomando asiento—. Aunque no quiero decir con eso que no le interese tú también, por supuesto...

Alyssa se preguntó si Gina se habría inventado el interés de Adam por la casa.

Pero, en caso afirmativo, ¿por qué haría algo así?

—Ya lo oigo venir —dijo entonces—. Voy a preguntarle si es cierto.

Gina se inclinó rápidamente hacia delante.

—Oh, no, por favor, no lo hagas —le rogó—. Adam me lo contó en plan confidencial. No creo que le gustara enterarse que te lo he comentado.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Oh, se me ha escapado —Gina incluso se sonrojó.

—Creo que lo has entendido todo mal, Gina —aseguró Alyssa con irritación.

La otra joven se encogió de hombros.

—Puede ser. O puede que Adam haya cambiado de opinión.

—Bueno, no he tardado mucho, ¿verdad? —preguntó Adam de buen humor empujando un carrito con una cafetera, leche, azúcar y un platito de galletas. Miró a Alyssa y percibió su estrés.

Gina aceptó el café pero rechazó la galleta argumentando que tenía que guardar la línea.

—¿No vas a preguntarme qué quiere Dave? —le preguntó a Adam con una sonrisa brillante.

—Esperaré a que él me lo diga —Adam se movió ligeramente para alcanzar una galleta.

—¿Y no tienes curiosidad? —Gina se rio—. Te daré una pista. Lucinda Point.

Adam frunció el ceño en gesto de molestia.

—¿Has hablado de esto con Dave?

Ella volvió a reírse, aunque en esta ocasión se le tiñeron las mejillas de rojo.

—Dave y yo hablamos mucho, Adam. Pensé que lo sabías. Él ahora está solo, pero únicamente somos amigos.

—La otra noche me dio la impresión de que tú esperabas algo más que eso — contestó él con frialdad.

Ella le dedicó una sonrisa retadora.

—¿No estarás celoso?

—Lo intento —contestó Adam con ironía.

—Te cambio por Dave en cuanto tú quieras —le puso la mano sobre la suya y luego la retiró lentamente—. Lo del barco de la señorita Calvert ha sido una pesadilla. Todo el mundo está conmocionado. ¿No está preocupada?

—Gina giró la cabeza hacia Alyssa.

—Por supuesto —Alyssa asintió—. Por eso se está quedando Adam conmigo.

Gina estuvo a punto de escupir el café sin querer.

—¿Adam se está quedando aquí? —aquello era algo que no se le había pasado por la cabeza.

—¿Cómo iba a dejar a Alyssa sola? —preguntó él, que se había quedado tan tranquilo.

—Bueno, será mejor que me marche —aseguró entonces Gina con firmeza, como si creyese que fueran a intentar detenerla—. Llama a Dave, Adam —dijo poniéndose bruscamente de pie—. Adiós, Alyssa.

—Me alegro de verte, Gina —dijo ella con falsa sonrisa—. Te acompañaré a la puerta.

Gina echó a andar como si no pudiera soportar ni un minuto más allí. Luego bajó los escalones caminando sobre sus altos tacones. Alyssa regresó entonces a la casa, y Adam acompañó a la joven al coche. Estaba claro que a Gina le había afectado enterarse de que Adam se estaba quedando en Flying Clouds. ¿Habría dicho la verdad respecto a su incipiente relación con Adam aunque él lo hubiera negado?

¿Habrían nadado en el mar, habrían hecho el amor en la arena? Alyssa no sería la primera mujer a la que mentían en una cosa así.

Adam la encontró en el invernadero, sentada en el sofá amarillo lleno de cojines de colores.

—¿Va todo bien? —una pregunta estúpida, pensó ella. La tensión podía

cortarse con cuchillo.

Alyssa giró la cabeza y se preguntó cómo podía estar tan locamente enamorada de alguien en quien no confiaba.

—Yo podría preguntarte lo mismo. Por lo que he visto, Gina estaba bastante afectada.

Adam se encogió de hombros.

—Eso me da igual. Pero tú parecías triste cuando bajaste las escaleras. Lástima que Gina apareciera justo en ese momento.

Alyssa volvió a mirarlo con expresión solemne.

—¿Te has acostado alguna vez con ella?

Se dio cuenta de que si la respuesta era afirmativa, no podría soportarlo, aunque no tenía ningún derecho sobre él.

Adam apretó los dientes.

—Por supuesto que sí —contestó con frialdad—. La primera noche. Fue maravilloso, el mejor sexo de mi vida.

—Es una mujer muy atractiva —aseguró Alyssa, consciente de que había conseguido enfadarlo de verdad.

—Sí —contestó él—. Gina es muy atractiva. Y también un poco perversa, y muy indiscreta. Ni tampoco duda en mentir. Estoy empezando a preguntarme cómo desempeña su trabajo.

Adam se inclinó hacia delante para agarrarle la mano.

—Sé que quieres encontrar algo que achacarme porque tu confianza en la gente está tocada, pero no me he acostado con Gina, ¿de acuerdo? No es mi tipo. Me gusta enamorarme no sólo con las hormonas, sino también con la cabeza. Creía que estaba bastante claro que es por ti por quién he perdido la cabeza.

Alyssa miró sus manos entrelazadas. Le gustaba sentir su piel, sus dedos fuertes.

—No entiendo por qué quiere hacerme pensar que tuvieron algo.

—Hay mujeres a las que les gusta crear problemas —Adam suspiró—. ¿Has olvidado que la envidia es uno de los siete pecados capitales?

—He considerado la posibilidad de los celos —admitió ella—, pero no entiendo sus razones para decirme que antes incluso de conocerme, tú estabas interesado en comprar Flying Clouds.

Adam se puso bruscamente de pie y se acercó a las puertas de la terraza para mirar hacia el jardín de atrás, que parecía una jungla. Cuando habló, lo hizo con voz tensa.

—Tendrás que decidir en quién confías, Alyssa, en Gina o en mí. No puede haber auténtica intimidad sin confianza. Creo que Flying Clouds es una casa maravillosa, pero no me veo viviendo aquí —«a menos que estuvieras tú»—pero esto último no lo dijo.

-Tiene demasiado pasado encerrado. Nunca he pensado mucho en los fantasmas, pero puedo sentirlos alrededor. Seguramente estén ahora mismo aquí, y no parecen muy tranquilos. Admito haberle comentado a Gina que encuentro este lugar fascinante, pero nada más.

Alyssa decidió dejarse llevar por el corazón.

—De acuerdo. Te creo. Pero sería muy fácil derribar la casa —Alyssa se mordió el labio inferior—. Lo que vale de verdad es el terreno. Tú mismo lo comentaste.

—No soy constructor, Alyssa —contestó Adam con dureza—. Soy arquitecto. Y te agradecería que dejaras de mirarme con esa suspicacia.

—¿Así crees que te miro? Supongo que ahora soy una mujer desconfiada, Adam.

Sus ojos se llenaron de simpatía.

—Eso lo comprendo, Alyssa —aseguró con voz más dulce—. Estoy enfadado contigo, pero no lo suficiente como para marcharme. Lo haré cuando lleguen refuerzos.

—Eso ocurrirá probablemente el fin de semana—. ¿Nos estamos peleando, Adam?

Él deseaba acercarse y cubrirla de besos. Quería apartar de sus ojos aquella mirada triste, pero tenía que controlarse y pensar antes de actuar. Se estaba perdiendo cada vez más en ella. Como amante, se veía hundiéndose en un mar de sensualidad, como si fuera un simple mortal arrastrado a las insoldables profundidades por una sirena.

¿Podría estar repitiéndose la historia? Nada resultaba imposible en Flying Clouds.

—No estamos peleando ni nada parecido —aseguró con suavidad—. Así que no te refugies en tu cueva.

Ella alzó los ojos para mirarlo.

—Tal vez sea porque nunca hasta ahora había estado de verdad enamorada, Adam. Es la sensación más maravillosa del mundo. Y al mismo tiempo, la sensación de pérdida de identidad resulta... amenazante.

—Estoy de acuerdo —Adam dejó escapar un suspiro fuerte—. Es muy arriesgado dejar el corazón al descubierto. En cierto modo, es como aniquilarse a uno mismo. Ésa es la razón por la que Elizabeth desapareció en el interior de su fortaleza.

No me hagas eso a mí.

Adam se sentó en la silla que había frente a ella.

Nº Páginas 79—123

Margaret Way – Vida oculta – 2º Serie Multiautor Amor eterno

—¿Has averiguado todo lo que querías saber? Estoy deseando que me cuentes.

¡Maldita Gina y sus maliciosos truquitos!

—Quería tomarme mi tiempo leyendo los diarios, pero los devoré porque necesitaba saber. No me atreví a leer las cartas de amor. No estaban escritas para mí.

—Y sin embargo, creo que Elizabeth quería que las leyeras.

—Nunca he recibido una carta de amor —confesó Alyssa.

La intensidad de la expresión de Adam se relajó.

—Habrán muchas oportunidades. Yo tampoco he recibido ninguna, pero no veo razón para que esta situación se mantenga. Te escribiré una esta noche mientras duermes. Dejaré encendida la lamparilla de la mesilla de noche para poder mirar tu rostro mientras duermes.

Alyssa sintió que se le iluminaba todo el cuerpo de pronto. Qué perfecto resultaba todo cuando estaban el uno en brazos del otro, seguros. Dos personas contra el mundo. Pero no era posible dejar el mundo atrás. Cuando no estaban en la cama, ella volvía a colocar sus defensas.

—¿Qué quieres de mí, Adam? —le preguntó mirándolo fijamente a los ojos.

Eran de un cristal tan claro que le pareció que podría ver su alma en ellos.

Él no respondió, pero se deslizó y utilizó su fuerza para ponerla de pie.

—¿De verdad lo quieres saber? —la rodeó con sus poderosos brazos.

—Sí —Alyssa suspiró con fuerza y apoyó la cabeza en su pecho.

—De acuerdo. Te lo diré, pero tienes que mirarme —Adam le levantó la barbilla y la miró fijamente a los ojos—. Lo quiero todo, Alyssa. Quiero tu belleza, tu inteligencia, toda tu sustancia. Quiero el lote completo. Soy así de codicioso.

—Pero ¿es que no te lo he dado todo ya? —protestó ella—. No me guardo nada cuando hacemos el amor. Lo que compartimos es para mí un milagro.

—Lo es, pero quiero más. Quiero que confíes ciegamente en mí.

A Alyssa le temblaba la voz por la emoción.

—Pero nunca le he dado a nadie tanto de mí. Adam.

—No hay sitio para la desconfianza —aseguró él con voz pausada.

—¿Crees que lo que tenemos podría durar una vida entera? —preguntó Alyssa aspirando con fuerza el aire para tranquilizarse.

Adam contestó con suma seriedad.

—Alyssa, yo le doy gracias a Dios porque te haya puesto en mi camino. Quiero rodearte con mis brazos y no soltarte nunca —se inclinó para besarle la boca con pasión—. El amor eterno no es un imposible. Sucede. Mira a Elizabeth y a Richard.

Sólo que nuestra historia no va a terminar en tragedia como la suya. Ni como la de Julián —añadió con cierta aspereza.

—Quiero que leas los diarios de Zizi.

Adam no apartó los ojos de los suyos.

—¿Estás absolutamente segura?

—Sí. Es lo que quiero.

—Entonces tendrás que leérmelos. Quiero escucharlos de tu voz.

Se despertó entonces una brisa que hizo bailar las cortinas. Una de ellas se posó sobre la rubia cabeza de Alyssa como si fuera un velo.

—Te los leeré esta noche —le prometió.

Adam levantó la mano para apartarle la fina tela de la cabeza.

—Vas a ser una novia preciosa —aseguró.

—¿Y tú te ves a mi lado?

—¡Como si fuera a permitir que otro ocupara mi lugar!

—Nadie podría.

La intimidad del momento fue rota por el sonido de una cortadora de césped cobrando vida con fuerza. Una bandada de loros salió disparada de los mangos, chillando en señal de protesta.

Alyssa se giró y trató de controlar el pánico en el tono de voz.

—¿Quién es?

—Lo siento, tendría que habértelo dicho —se apresuró a disculparse Adam saliendo a la terraza—, pero se me ha olvidado con todo lo demás. Es Billy Byrd, el jardinero. Lo cierto es que como no se haga algo pronto, el jardín va a convertirse en una jungla de verdad. Bajaré a hablar con él.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con Dave Belasco? —le preguntó antes de que se marchara—. ¿Tienes alguna idea de qué quiere? Gina mencionó Lucinda Point — aquel conocido y hermoso lugar estaba a menos de dos kilómetros de allí.

Adam se giró hacia ella.

—No es el sitio soñado de Dave para construir su casa, estoy seguro. Más bien creo que quiere construir un complejo de lujo.

—Y quiere que tú lo diseñes —si eso era así suponía una suculenta comisión.

—Tengo que esperar y verlo —respondió Adam con naturalidad, como si no tuviera importancia.

—¿Y qué esperas? ¿Por qué no vas a verlo ahora mismo? —lo urgió Alyssa.

—Prefiero quedarme aquí.

—¡Tonterías! Estoy perfectamente. Y está Billy Byrd. ¿Cuánto tiempo crees que estará?

Adam miró el reloj.

—Le diré que no se vaya hasta que yo vuelva. Tiene mucho que hacer. Pero no sé si debo irme.

Alyssa se acercó y le sacudió el brazo.

—No vamos a discutirlo más. Te he dicho que estoy perfectamente, así que vete.

Capítulo 9

La parcela de jungla era el escondite perfecto. Al principio le aterrorizó: la selva no era un mundo benevolente. Estaba llena de serpientes, incluida la pitón amatista.

Por el momento no se había encontrado con ninguna. Pero había obstáculos menores a los que un tipo de ciudad como él no sabía cómo enfrentarse: wallabys salvajes, legiones y legiones de zarigüeyas, gigantescas ratas de árboles, arañas...

Constantemente caían al suelo ramas y árboles muertos, dándole un susto de muerte.

En la jungla había también árboles venenosos, cuyas frutas y hojas estaban recubiertas de finas púas tóxicas. Él todavía sentía los efectos de las picaduras que había sufrido hacía más de un mes.

Ella estaba en la casa. Mariel le había dicho que estaba decidida a ir. Y Mariel era una aliada.

Dio una vuelta por los alrededores de Flying Clouds antes de que llegara Alyssa. Nada había cambiado. Excepto que él había asesinado a una mujer allí. La queridísima Zizi. Le entraban náuseas de sólo pensarlo. La había matado, pero no era un asesino. Fue un accidente. Había ido a rogarle, casi llorando, suplicándole desesperadamente que dejara de interferir entre Alyssa y él. Su obsesión por Alyssa se hacía más poderosa cuanto más lejos la tenía. Había montado un auténtico teatro para llegar hasta allí. Tras firmar la renuncia en el bufete, se inventó la historia de que iba a marcharse al extranjero un par de años. Confiaba en que Mariel lo hubiera ido contando. Incluso el padre de Alyssa se lo creyó. Todo había salido tan bien que en algún momento se permitió experimentar una sensación de triunfo. Pero aquella mujer, Elizabeth Calvert, lo había tratado con tanto desprecio cuando él esperaba contar con su simpatía, que, en un arrebato de frustración, la había empujado. Eso fue lo único que hizo. Empujarla. Su temperamento lo

había traicionado, como solía ocurrirle. Cuando vio que no se movía, sintió pánico. Se había golpeado la cabeza con el mármol que rodeaba la chimenea. La cabeza se le quedó colgando, y la parte de atrás de su cabello blanco estaba cubierta de sangre.

Dios sabe cuánto tiempo transcurrió hasta que en su mente petrificada se fue abriendo paso a un plan. Y lo más increíble era que el plan había funcionado. Le cubrió la cabeza, la llevó arriba, al baño, le quitó la ropa y la metió en la bañera que había llenado previamente de agua caliente. Luego se sentó en el borde de la bañera y sollozó. Desde entonces se había endurecido mucho. No estaba dispuesto a permitir que una difunta le estropeará los planes. Cuando todo aquello hubiera terminado, volvería a la carga. Desde el día que Alyssa llegó, había empezado a acosarla, utilizando siempre la espesa vegetación para esconderse. Tuvo que pasar unas cuantas noches en el estudio donde pintaba aquella vieja zorra, preguntándose si moriría de hambre. Un par de veces recorrió incluso la casa en busca de comida.

Desde el accidente de aquella maldita mujer, se había convertido en un marginado.

Entonces fue cuando lo vieron. Él estaba en el mirador. Durante un instante tuvo miedo, porque aquel tipo tan grande parecía más que capaz de protegerla, pero él tenía su ruta de escape. La ira se apoderó de su corazón. Había otro hombre en su vida. ¿Cómo era posible, si acababan apenas de romper? A aquel hombre sí que quería matarlo. Había utilizado toda su energía para destrozár la escultura. ¡Otro maldito artista! ¡Al infierno con todos! Con la rabia todavía fermentando, prendió fuego al barco. Había gente y embarcaciones por todas partes, pero nadie lo vio deslizarse a bordo. Se había hecho un experto del camuflaje. Pero no era ningún monstruo. Era un hombre cuya misión en la vida era recuperar a Alyssa, a su Alyssa, la mujer que le pertenecía. Unos minutos atrás había visto salir al hombre en su todo terreno. Escuchaba a lo lejos una segadora. Había alguien en el jardín, cuidándola.

Miró a su alrededor una vez más y luego regresó a la verde boca de la jungla. Ya llegaría su momento.

En cuanto Adam llegó a la improvisada oficina que Dave Belasco había montado en el pueblo, llamó a la casa. Contestó Alyssa, y le dijo que Billy

seguía trabajando duro. Ella estaba perfectamente, no había nada de qué preocuparse.

Dave tenía pensado construir un hotel de lujo en la costa.

—Estoy deseando implicarte en el proyecto, Adam —le aseguró con su voz de barítono—. Respeto profundamente a tu padre, pero quiero que este lugar sea algo diferente. No deseo un gran hotel, sino algo recogido y exclusivo. Creo que he encontrado el lugar perfecto: la Bahía del Obispo. Está justo encima de Lucinda Point, pero quiero que le eches un vistazo.

—Bueno, me alegro que confíes en mí, Dave —aseguró Adam con naturalidad—. Pero necesito un poco de tiempo para pensármelo y quiero ver el sitio.

¿Me das cuarenta y ocho horas?

—Por supuesto —contestó Dave sonriendo—. Supongo que no cabe la posibilidad de que Flying Clouds salga al mercado, ¿verdad?

Adam se quedó absolutamente sorprendido.

—¿Y yo cómo voy a saberlo, Dave?

—Eres muy amigo de la dueña, ¿no es verdad? —le preguntó él con una sonrisa de oreja a oreja—. Qué suerte. Es una de las chicas más guapas que he visto en mi vida.

—Es preciosa —reconoció Adam—. Y tiene mucho talento. Pinta igual de bien que Elizabeth Calvert, su tía abuela. Y me temo que no quiere vender Flying Clouds, Dave. Está unida a ese lugar.

—Es una lástima —Dave se encogió de hombros—. Habría que tirar la vieja casa, por supuesto, pero podríamos hacer algo allí. Un enclave tropical con espléndidas vistas al Mar de Coral y a las islas.

Adam sacudió la cabeza.

—Eso no va a ocurrir, Dave, así que no te ilusiones —le advirtió.

—Las circunstancias pueden cambiar —aseguró el constructor con una sonrisa medio divertida—. Si tienes ocasión, habla en mi favor. Pero por ahora, tenemos el plato lleno. ¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta a la Bahía del Obispo el lunes por la tarde?

—Claro —Adam miró discretamente el reloj—. El lunes por la tarde es perfecto.

Nos encontraremos allí. ¿Te parece bien si llevo a Alyssa?

—Estupendo —Dave volvió a sonreír—. Quedemos a las dos. Yo llevaré a Gina.

Adam se quedó mirando al constructor directamente a los ojos.

—Preferiría que no lo hicieras, Dave —aseguró tratando de no ofenderlo—. —

Pero es que Gina está en el negocio y por el momento me gustaría mantener esta situación en privado. Alyssa no va a decirle nada a nadie. Por el contrario, Gina le hizo creer que yo iba detrás de la hacienda.

—¿Y no es así? —le preguntó Dave con calma.

Adam controló el arrebató de ira.

—Escucha, Dave, no podemos trabajar juntos si las cosas no están claras entre nosotros. Como arquitecto, encuentro Flying Clouds absolutamente fascinante, así que la idea de echarla abajo no me gusta nada. Además, a Alyssa le fascina. Lleva viniendo desde que era niña.

—De acuerdo —dijo Dave—. Si lo prefieres, mantendré a Gina fuera de esto hasta que lleguemos a un acuerdo.

—Te veo entonces el lunes.

Adam se puso de pie. Sabía que no era de buena educación indagar demasiado, pero no pudo evitarlo.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿estás interesado en Gina?

—Es una dama muy sexy —respondió el otro hombre con una sonrisa—. Pero eso es todo. Yo soy como tú. Creo que hace falta confianza para que las cosas funcionen.

Alyssa subió al ático y empezó a abrir los cajones en los que Zizi había guardado los recuerdos de Richard Langford.

«¡Mi abuelo!», pensó. Para tener la confirmación, los Langford tendrían que prestarse a someterse a una prueba de ADN. Pero primero tendría que contarles toda la historia. Por no hablar de su madre. Alyssa la quería mucho, y no podía soportar la idea de entristecerla. Stephanie era una persona con los pies en la tierra, una profesional segura de sí misma. ¿Podría acabar aquello con su autoestima? Con la amenaza de Mariel resonando todavía en su cabeza, Alyssa pensó que tal vez fuera más inteligente dejar correr todo el asunto. Mariel le daba un poco de miedo. No le faltaban razones para dejar el pasado bien cerrado. A Alyssa no le cabía la menor duda de que, si se ponían

al descubierto, Mariel encontraría la mejor interpretación para sus actos. Dentro de sus parámetros morales, no había hecho nada malo.

¿Y qué ocurría con la exposición de Zizi?

Alyssa estaba dispuesta a seguir adelante. Una llamada a Leonard Vaughn, su marchante, y se organizaría una exposición. Aunque no podrían mostrarse los cuadros de las sirenas, ya que en todos ellos aparecía el barco hundido de Richard, el *Miranda*. Eso provocaría especulaciones y cotilleos, por no mencionar el dolor.

¿Sería posible que la esposa de Richard no hubiera sospechado nunca que su marido se había enamorado de otra mujer? Alyssa no sabía siquiera si la viuda seguía viva. Pero podría enterarse.

Suspiró profundamente. ¿Cómo iba a encontrar el camino en medio de aquel laberinto de dilemas? Si no fuera por Adam, se sentiría completamente perdida.

Adam.

El mero hecho de pensar en él la mareaba, la hacía sentirse ávida de deseo.

Estaba empezando a entender el amor extremo. Cómo echaba por tierra las defensas normales. Lo conocía desde hacía muy poco tiempo, pero sentía que lo conocía desde siempre. ¿Cómo manejaba una persona ese tipo de sentimientos?

El adulterio estaba mal, era un tabú, y sin embargo Zizi, una mujer íntegra, había sucumbido a aquella pasión ilícita. ¿Quién era ella para juzgarla? Los sentimientos que albergaba hacia Adam crecían día a día. Alyssa no esperaba encontrar una gran pasión en la vida, pero ahora la tenía, y no había llegado de manera gradual. Sencillamente, había entrado para llenar su mundo.

Amar no era un acto voluntario, del mismo modo que tampoco lo era la capacidad de olvidar.

Sin su amor, Zizi había sido un alma perdida. Alyssa se dijo a sí misma que más le valía empezar a rezar para que a ella no le sucediera lo mismo. Se estaba tomando su relación con Adam muy, muy en serio. Adam tenía ahora el poder de cambiarle la vida.

Alyssa pensó en la destrucción de sus esculturas. Aquel espantoso

episodio estaba unido al incendio del *Cherub*. Estaba convencida de ello. Y ambos incidentes estaban relacionados con ella. Como le ocurría con frecuencia cuando luchaba contra sus miedos, pensó en Brett. Recordó la última vez que lo había visto, cómo le juró que no iba a renunciar a ella. Lo que tenía que hacer sin más dilación era averiguar su paradero.

Fue en busca del teléfono y en aquel instante sonó, sobresaltándola de tal modo que contuvo el aliento. *Cleo*, que la había seguido hasta allí, levantó la cabeza y se rascó vigorosamente la oreja.

—¿Diga? —preguntó al descolgarlo con la esperanza de que se tratara de su madre.

Así era.

—Alyssa, cariño, he recibido tu mensaje.

Su madre tenía la voz tan parecida a la de Zizi que Alyssa tragó saliva.

Stephanie le estaba diciendo que ella y «la abuela» irían el próximo fin de semana.

—No entiendo por qué mamá quiere venir —Stephanie parecía sorprendida—.

Es algo que antes no quería hacer nunca. Yo pensaba que odiaba ese lugar, siempre hablando de los fantasmas que lo ocupan. Has heredado una casa encantada, cariño.

Su madre guardó silencio un segundo.

—Es horrible lo del *Cherub*. Seguramente sería algún vagabundo que estaba durmiendo en el barco. Habrá sido un accidente con el viejo horno.

—No, mamá, no fue eso —Alyssa sabía que a su madre no le interesaba el barco ni la navegación.

—Lo siento mucho, cariño. Sé que a Zizi y a ti les encantaba —aseguró Stephanie—. Papá y yo estamos muy preocupados por que estés allí sola. Tendrías que pensar en vender. Mamá está absolutamente convencida de que es la única solución.

A Alyssa no le quedaba ni la más mínima duda de eso.

—Ya veremos —dijo sin comprometerse.

Se dejó caer en la cama mientras su madre le contaba qué vuelo iban a tomar y cuándo llegarían.

—¿Vendrás a buscarnos, cariño?

—¡Por supuesto! Estoy encantada de que vengas, mamá. Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti, cielo. Tu padre y yo no podríamos haber tenido una hija mejor. Te manda todo su amor. Iba a cancelar una reunión muy importante para venir con nosotras, pero lo persuadí para que no lo hiciera. Las chicas podemos arreglárnoslas solas.

Alyssa tenía muchas dudas respecto a aquel último comentario.

Poco después llamó a Nigel Morton, el amigo más íntimo de Brett y compañero de abogacía. Nigel se sorprendió gratamente al saber de ella. Le preguntó por su familia, por ella misma y por su vida. Alyssa contestó a toda la sarta de preguntas sin meterle prisa, y luego le preguntó si sabía si Brett había partido ya hacia Londres.

—Cielos, se marchó hace semanas —confirmó Nigel—. No te lo estarás pensando mejor, ¿verdad, Alyssa? Él te ama de verdad.

—¿Estás seguro de que Brett está en Londres, Nigel?

—No he hablado todavía con él —reconoció Nigel—. Tenía que instalarse. Pero todos sabemos que el viejo Brett quería una madriguera para esconderse. No es que Londres sea una madriguera, pero él necesitaba alejarse.

Brett estaba en Londres, pensó Alyssa cuando colgó unos instantes más tarde.

Eso debería hacerle sentir más tranquila.

—¿Dónde vamos a cenar esta noche? —le preguntó a Adam cuando él volvió a casa.

—A mí me apetece el invernadero —contestó él.

—Perfecto —sonrió Alyssa—. ¿Qué tal te ha ido en la reunión?

Adam se acercó y la estrechó entre sus brazos sintiendo cómo se fundía en ellos.

Observó su rostro en busca de alguna señal de tensión.

—¡Qué hermosa eres! —se inclinó para besarla en la mejilla y aspiró su olor—.

Ten paciencia. Te lo contaré todo esta noche mientras cenamos. ¿Puedo ayudar en algo?

Ella negó con la cabeza.

—Ya está todo organizado. Por cierto, ha llamado mi madre. Mariel y ella van a venir este fin de semana. Voy a ir a recogerlas al aeropuerto.

—Bien. Al menos Mariel ha tenido la inteligencia de venir.

—Tiene que hacerlo. Los diarios me han permitido ver el corazón de Zizi. Mariel fue una egoísta despiadada.

—Entonces será mejor que sepas con quién te enfrentas —le recordó Adam, dándole un beso suave antes de dejarla ir—. Tengo que ir a hablar con Billy. Ha hecho un buen trabajo, pero todavía queda mucho jardín que arreglar.

—Ah, otra cosa... —dijo Alyssa cuando Adam estaba ya en la puerta—. He llamado a un amigo de Brett. Me ha dicho que está en Londres.

—¿Ha hablado con él? —preguntó Adam frunciendo el ceño.

Ella respondió con una seguridad que no sentía.

—Bueno, todavía no. Pero todo el mundo sabía que se iba. Quería poner tierra por medio.

—Bueno, me alegro de oír eso —respondió Adam con brusquedad—. Temía que quisiera acercarse.

No deseaba aumentar su ansiedad, pero no podía permitirse pensar que su ex amante estaba fuera del país hasta que lo supieran a ciencia cierta. Detrás de la destrucción de sus esculturas había mucho odio. Por lo que él sabía, Brett era una persona obsesiva, y su obsesión era Alyssa.

Adam hizo algunas llamadas que tenía que hacer y luego bajó para preparar unos martinis.

Alyssa había dejado la puerta delantera abierta. Se apresuró a cerrarla, y además con cerrojo. No quería que los molestara ningún intruso.

—Hola, ¿dónde estás? —exclamó entrando en la cocina.

—Aquí.

La voz de Alyssa no había salido de la cocina.

—¿Quieres que te busque? —preguntó Adam —riéndose—. Esta casa es perfecta para jugar al escondite.

—Estoy justo detrás de ti.

Adam se giró con expresión divertida. Pero lo que vio borró cualquier atisbo de humor de su rostro. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Allí estaba una mujer hermosa en todo su poder. Aunque la palabra «hermosa» no

la describía adecuadamente. ¿Mágica? Ésa podría valer.

Mágica en todos los sentidos. Sintió una oleada caliente de deseo mezclada con una especie de sobrecogimiento.

—¿De dónde has sacado ese vestido? —murmuró observando boquiabierto aquel corpiño color esmeralda apretado y la falda de vuelo a juego—. ¡Estás preciosa!

Y Dios mío, el collar...

Un fabuloso conjunto de esmeraldas y diamantes le envolvía el blanco cuello. Se dirigió hacia él como una aparición maravillosa.

—Era de Zizi. Lo encontré entre sus cosas.

Sin decir una palabra, Adam la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos. Su expresión era la de un hombre totalmente hechizado. La pasión lo recorría como un fuego fuera de control. Adam inclinó la cabeza y la besó primero en el cuello arqueado, y luego descendió hacia los senos que sobresalían por encima del corpiño.

La besó en la barbilla, en las mejillas, en las sienes, en la boca, mientras sus manos la acariciaban. Alrededor de ellos había una hoguera que se iba alimentando a medida que sus besos se hacían más apasionados. Estaban perfectamente seguros dentro de un anillo de fuego.

Fuera, al otro lado de la ventana, una figura oscura y siniestra, delgada como un espantapájaros, presenciaba la escena. De su boca salían maldiciones pronunciadas entre dientes. Se sentía peor que en toda su vida. Peor que cuando se dio cuenta de que la vieja Zizi estaba muerta. Pero...

¿Cómo era posible que estuviera muerta si la veía con frecuencia justo delante de él en la jungla, envuelta en un vestido diáfano y vaporoso? ¿O sería la niebla que descendía sobre la selva?

Su hermosa Alyssa lo estaba traicionando, ofreciendo sus senos menudos y perfectos a la boca de otro hombre. Cómo odiaba a aquel tipo por estar allí, ocupando el lugar que a él le correspondía. La estaba abrazando como si le perteneciera, como si conociera cada centímetro de su cuerpo. No eran besos tiernos, sino salvajemente apasionados, la prueba de su intimidad. Y Alyssa respondía de un modo que él no reconocía. Podía ver su rostro iluminado de arriba abajo. Parecía frágil al lado de aquel hombre tan grande.

¡El muy desgraciado!

El odio se apoderó de él. Quería gritarles. Quería hacer añicos a aquel tipo, aunque sabía que no podría. Había liberado algo de aquella furia destrozándole las esculturas y quemando el barco de aquella vieja zorra. Qué fácil resultaba salirse con la suya bajo el abrigo de la oscuridad.

Nunca había visto el vestido esmeralda que llevaba puesto. ¿Lo habría comprado para él? ¡Y el collar! ¿De dónde lo había sacado? Los tirantes del corpiño se habían bajado, dejando casi al descubierto sus senos desnudos. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Al parecer, no llevaba nada más debajo. Su modesta, luminosa y delicada Alyssa no era más que una vulgar prostituta en brazos de aquel hombre. Y sin embargo, nunca la había deseado tanto.

El hombre estaba hundiendo el rostro entre sus senos. ¡Aquello sólo podía terminar de una manera!

Por dentro aullaba de dolor. La pareja se estaba moviendo, apartándose de la entrada para subir las escaleras. Aquel usurpador la dejaría sobre la cama y se colocaría encima mientras Alyssa se abandonaba a él... Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, no lo creería.

Sentía como si le hubieran arrancado el corazón del cuerpo. Cuando desaparecieron completamente de su vista, aspiró con fuerza el aire. Los mosquitos se estaban cebando en él. Le ardía la piel sucia. Odiaba no poder darse un baño, pero no se atrevía a meterse en el agua por si alguien lo veía y empezaba a preguntarse quién era. Tampoco podía volver a la vieja granja, al menos por el momento. Había visto dos coches de policía cruzando el distrito, parándose para hacer preguntas a los lugareños, mirando en todos los edificios abandonados.

—No te saldrás con la tuya —sollozó apretando los dientes—. Te mataré, ¿lo entiendes? Pondré fin a esto de alguna manera.

Algo suave y pesado se estrelló contra su cara, provocándole un instante de terror. Una garra le retiró la capucha de la cabeza y resbaló por su mejilla cubierta de barba.

Era aquel maldito gato.

Trató de darle su merecido en silencio, pero el animal, después de haber llevado a cabo su ataque, desapareció entre los árboles. ¿Sería un gato de verdad o la vieja bruja se había transformado en uno? Se encargaría del gato también.

Ahora estaba temblando y sangrando. Se levantó como un anciano, arrastrando las piernas.

Llevaba mucho tiempo agazapado. Regresó a la oscuridad de tinta de la jungla.

Pero se detuvo un instante para mirar hacia el dormitorio de Alyssa. La luz principal estaba apagada. Sólo había un brillo rosado. No se veía nada. Pero él sabía lo que estaban haciendo dentro. Todo su cuerpo se convulsionó de celos rabiosos. Se acercó a duras penas a un árbol y se apoyó contra el tronco. Se sentía muy débil y le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

«¿Qué voy a hacer? ¿Qué me está ocurriendo?».

¿Se estaría volviendo loco? Tal vez sí. Desde luego ya no era Brett Harris, el abogado triunfador y en la flor de la vida. A ese hombre lo habían destruido. La muerte de la bruja Zizi había liberado a un monstruo. Ella siempre estaba allí. Justo delante de él, o siguiéndolo en silencio. Aquel lugar estaba plagado de fantasmas.

Hasta entonces no había creído en ellos, pero eso fue antes de verse encarcelado en aquella prisión verde. No se avergonzaba de su miedo. Ahora sabía que los fantasmas existían de verdad, y flotaban por allí. Era culpa de Alyssa. Su amor por ella lo había convertido en un imprudente. Nunca quiso matar a su preciosa Zizi. Si pudiera volver atrás...

Pero ya era tarde. Tal vez cuando hubiera hecho lo que tenía que hacer se entregaría a la policía.

Capítulo 10

Alyssa había intentado convencer a Adam para que la acompañara al aeropuerto, pero él le había dicho que sería mejor que recibiera a su familia ella sola.

Tal vez el domingo, cuando estuvieran instaladas, se pasaría por allí. Le había dicho que tenía mucho interés en conocerlas, y a Alyssa le pareció que era así.

Habían leído juntos en la cama los diarios de Zizi.

El veredicto de Adam no se había hecho esperar: —¡Es como una tragedia griega!

Tras la profunda emoción que los embargó después de hacer el amor, ambos podían comprender lo locamente que se había enamorado Tata de Richard Langford.

Y ya no se desenamoró nunca.

¿Acaso no consistía en eso el amor eterno? Por su propia experiencia, ellos veían con total claridad lo que había ocurrido. Y después de eso, Mariel no tardaría mucho tiempo en darse cuenta de cómo manipular a su embarazada y destrozada hermana.

—Mariel tiene que contestar a muchas preguntas —murmuró Adam preguntándose si aquella mujer tendría algún remordimiento.

Alyssa llegó al aeropuerto diez minutos antes de que aterrizara el avión en el que viajaban su madre y Mariel. Stephanie la recibió con besos y abrazos, cariñosa como siempre.

—¡Cariño, por fin estamos aquí!

—¡Qué viaje tan sumamente horrible! —Mariel, que siempre tenía una queja que hacer, permaneció con expresión severa.

Mariel, con su cabello blanco recogido hacia arriba, llevaba una túnica de lino azul marino y pantalones de lino a juego. Aunque guardara silencio, se las arreglaba para transmitir impaciencia ante el despliegue de afecto entre

madre e hija. Alyssa pensó que por fin había descubierto la razón de la actitud de Mariel. Estaba celosa de que Stephanie le negara aunque fuera una pequeñísima parte de su amor. Sin embargo, le dio dos besos a Alyssa que no le rozaron siquiera la piel.

—¿Todo listo? —preguntó la joven con alegría mirando a su alrededor en busca de un carro de equipajes.

—Nunca estaremos listas —respondió con acidez Mariel, que había llevado consigo dos maletas grandes.

—A mamá no le gusta viajar —susurró Stephanie pasándole el brazo por la cintura a su hija. Mariel se había convertido en una eterna gruñona—. Tienes un aspecto maravilloso, cariño. Temía que estuvieras algo deprimida con todo lo que está ocurriendo.

—Flying Clouds me sienta bien —contestó Alyssa. No podía confesar tan de repente que se había enamorado como una adolescente. Había sucedido de forma tan repentina que incluso su propia madre podría cuestionárselo. Además, prefería esperar a un momento más íntimo.

Stephanie fue hablando todo el camino a casa. Había que ponerse al día en muchas cosas. Habló del padre de Alyssa, de los dos casos importantes en los que estaba trabajando, le dio noticias de los amigos, los últimos cotilleos... Los kilómetros volaron.

Por el contrario, Mariel, que a juzgar por su expresión parecía que estuviera allí a la fuerza, mantuvo un silencio pesado. No pronunció ni un murmullo de asentimiento cuando Stephanie alabó entusiasmada la floración de las poincianas.

—Vaya, menudo cambio —comentó Stephanie sorprendida cuando cruzaron la entrada flanqueada de árboles de la hacienda—. ¿Has contratado a alguien para que arregle el jardín?

—Sí, se llama Billy Byrd —respondió su hija—. También hace de guardaespaldas a tiempo parcial.

—¿Es una broma?

—¿Para qué necesitas un guardaespaldas? —preguntó Mariel desde el asiento de atrás.

—No vamos a entrar en detalles ahora —contestó Alyssa—, pero ya les dije que la policía está investigando el incendio del *Cherub* como si fuera

provocado. Además, ha habido otro incidente.

—Pero, cariño, no habías dicho nada —Stephanie miró a su hija con preocupación.

—Está relacionado con Adam Hunt.

—¿No es el joven que encontró a Zizi?

Alyssa asintió con la cabeza.

—Lo conocerán pronto, seguramente mañana. ¿Te dije que su padre es Philip Hunt?

—Sí —contestó Stephanie—. Y sé que él también es arquitecto. Estaremos encantadas de conocerle.

—Pues yo no —aseguró Mariel con brusquedad—. No quiero hablar de cómo encontró a Elizabeth.

—Seguro que él tampoco —contestó Stephanie.

—¿Y de qué se trata ese otro incidente? —inquirió Mariel—. Espero que no sea nada que nos afecte. Tengo que evitar el estrés, ya saben que tengo la tensión sanguínea muy alta.

—Vamos, mamá, el doctor Edgars dice que con la nueva medicación no tienes de qué preocuparte.

—¿Como si él supiera algo! —Mariel siempre utilizaba su tensión arterial cuando estaba enfadada o molesta.

—Adam es escultor a tiempo parcial —Alyssa retomó la conversación de nuevo—. Ha estudiado con Mario La Spina.

—¿En serio? —Stephanie miró a su hija. Estaba realmente impresionada—.

Entonces, debe de ser toda una promesa.

—Es mucho más que eso —aseguró Alyssa—. Pero alguien, algún vándalo, destrozó una de sus esculturas con un martillo.

—¡Dios Todopoderoso! —murmuró Stephanie horrorizada.

—Tal vez no le gustara —comentó Mariel, que parecía aburrida.

—Mamá, estás de muy mal humor —Stephanie miró hacia atrás—. Ya estamos aquí. Te prepararé una taza de té y algo de comer —se giró rápidamente hacia Alyssa—. ¿Qué significa eso, cariño? ¿Quién haría una cosa así? ¿Han informado a la policía?

—Están trabajando en ello —respondió Alyssa.

Alyssa instaló primero a Stephanie en su habitación y luego a Mariel. Sus dormitorios estaban el uno al lado del otro, y los dos eran frescos y luminosos, con hermosas vistas al Mar de Coral. Después preparó la comida. Tenía todos los alimentos frescos a mano. No había nada como la comida para aplacar a las bestias salvajes, y el humor de Mariel sólo podía describirse como salvaje. Aunque al menos había accedido a ir.

—Deja que tu madre prepare el té —indicó Mariel—. Lo hace mucho mejor que tú —comentó irritada.

Alyssa no se molestó en responder. Ahogó un gemido al subir una de las pesadas maletas de Mariel a la cama. ¿Qué llevaba exactamente allí dentro? ¿Piedras?

—¿Quieres que te ayude a colocar las cosas? —se ofreció.

—Creo que puedo hacerlo yo sola —respondió Mariel con dureza. Entonces se acercó a la puerta y la cerró—. No debemos hablar de nada delante de mi hija —aseguró con tono amenazante.

—Tu sobrina, Mariel —la corrigió Alyssa con voz pausada.

—¡No empieces, niña! —los ojos de Mariel despedían chispas de furia.

Alyssa sacudió la cabeza.

—Yo no empiezo nada. Más bien estoy tratando de terminarlo. No quiero que te enfades, pero no tengo opción. Necesitamos hablar. No tiene por qué ser ahora mismo. Primero comeremos.

Mariel se acercó a las puertas del balconcito, abanicándose con fuerza. La magnífica vista no pareció tranquilizarla. Se giró y clavó la vista en Alyssa.

—No tenemos nada de qué hablar, querida. No pensarás que voy a permitir que destruyas la vida que he llevado todos estos años...

—Una vida de mentiras, Mariel —señaló Alyssa—. Un gigantesco engaño. ¿El abuelo lo sabía?

—¡Por el amor de Dios! ¡Ese hombre pensaba que yo era una santa!

Mariel se acercó hasta Alyssa. Tenía la mandíbula apretada y sus ojos marrones verdosos echaban chispas.

—¿Cómo te atreves a hablarme de engaños? ¡No sabes lo que es el respeto!

Alyssa no se echó atrás. Lo había hecho durante muchos años con «la abuela», pero eso había terminado.

—Te he mostrado respeto toda mi vida, pero ahora sé que no te lo merecías. Y no se te ocurra pegarme —Mariel había alzado la mano—. Tendríamos que explicar la marca roja de mi cara y a mamá no le gustaría. Ni lo entendería. Ella no me ha levantado la mano en toda mi vida.

—¡Pues a mí me encantaría hacerlo! —aseguró Mariel furiosa.

—Eso está claro —comentó Alyssa—. Pero no quiero que haya acritud entre nosotras, Mariel. Sólo quiero aclarar las cosas.

—Lo que tú quieres aclarar y lo que quiero aclarar yo son cosas completamente distintas —le espetó Mariel.

—Entonces, ¿para qué has venido?

La anciana resopló.

—He venido porque no me fío de ti, Alyssa. Has cometido muchos errores — aseguró mirándola con desprecio—. Tenías una carrera prometedora y la dejaste, rechazaste a un hombre estupendo como Brett Harris. Te has cargado tu oportunidad de ser feliz. Le has hecho mucho daño a Brett. Tal vez no puedas controlar tu necesidad de destruir. Tal vez busques venganza.

El tono de voz de Mariel parecía tan enloquecido que Alyssa dio un paso atrás.

—La venganza siempre se vuelve contra uno. No busco venganza, Mariel. Lo que quiero es devolverle su hija a Zizi —Alyssa tuvo que hacer un esfuerzo para controlar la emoción—. Yo todavía estoy de luto por ella aunque tú no lo estés.

Quiero que mi madre sepa quién era su madre de verdad. Quiero reconocer a mi auténtica abuela. Quiero saber qué vamos a hacer respecto a los Langford. Son parientes de mi madre, y míos. ¿O vamos a quedarnos calladas y perpetuar el mito?

Mariel se lanzó sobre Alyssa y la golpeó con fuerza en los hombros.

—¡Acabas de responder a tus preguntas, estúpida!

Alyssa se puso muy recta, sintiendo cómo le renacían las fuerzas.

—¿Puedo sugerirte con todo respeto que la estúpida eres tú, Mariel? Te dije que mantuvieras las manos lejos de mí. Estoy dispuesta a esperar hasta que...

—¿Hasta que yo muera? —Mariel soltó una carcajada siniestra—. Al

final todos morimos. Los jóvenes también.

—Yo no tengo pensado morir hasta dentro de mucho tiempo —se apresuró a contestar Alyssa. Estaba asombrada por la fuerza de las manos de Mariel.

Mariel se la quedó mirando con algo parecido a odio.

—Los jóvenes no creen en la muerte. Piensan que a ellos no les tocará... Pero les toca. Si yo fuera tú, prestaría atención a esta advertencia. Si me difamas delante de mi hija, te atormentaré durante el resto de tu vida.

—Si lo haces no será aquí —contestó Alyssa con sequedad—. Flying Clouds no te quiere Mariel. La casa recuerda. Tú sabes muy bien lo que es estar atormentada, ¿verdad? Te compadezco, pero ¿cómo pudiste hacerlo? Fue algo cruel y despiadado.

Pudiste haber ayudado a Zizi durante sus crisis. Pero te aprovechaste de su dolor. No pudiste controlar tu abrumador deseo de tener un hijo.

—Y valió la pena —Mariel alzó la cabeza con gesto orgulloso, aunque tenía la expresión dura—. No creas que fue fácil. Tuve que planear muchas cosas. Pero lo conseguí.

Alyssa asintió con pesadumbre.

—Ya no puede haber más mentiras, Mariel.

—Elizabeth y yo hicimos un pacto —dijo, como si eso lo dejara todo claro.

—Zizi está muerta —señaló Alyssa con la esperanza de que no se le quebrara la voz—. El pacto se ha roto. Zizi me dejó encargada a mí para que yo decidiera lo que había que hacer.

—¿Tú? —a Mariel le brillaron los ojos—. Eso demuestra lo estúpida que era.

¿Crees que puedes llegar y decirle a Stephanie que no soy su madre?

Le dirigió una mirada tan furibunda que Alyssa parpadeó.

—Sé que estoy pidiendo algo muy difícil. Lo he pensado mucho.

—¡Vete al infierno! —la voz de Mariel estaba cargada de odio. Agarró un cojín y lo lanzó por la habitación.

—Lo siento. Lo siento mucho. Pero hago esto por Zizi y por mi madre, no por mí. Estoy dispuesta a hacerme a un lado y dejar que le cuentes a mamá la historia a tu manera y en el momento que elijas. Te permitiré incluso que te

saltes la parte en la que descargaste tu furia sobre Zizi durante días cuando cambió de opinión y te dijo que quería quedarse con la niña.

Mariel se dejó caer sobre la cama.

—¡Yo no hice eso!

—Lo hiciste. Está todo en los diarios. Mamá querrá ver esos diarios. Lo mirará con lupa.

Mariel conocía a su «hija» muy bien. Dejó escapar un suspiro.

—Está todo allí, ¿verdad? —preguntó con frialdad.

—Es increíble que no consiguieras persuadir a Zizi para que te los diera —aseguró Alyssa—. Podrías haberlos destruido.

—No fue porque no lo intentara. Dime, ¿dónde estaban?

Alyssa sintió una oleada de repugnancia.

—Entonces, ¿los buscaste?

—Igual que has hecho tú —bramó Mariel dedicándole otra mirada asesina.

—Pero tú no estabas aquí. Entonces, ¿encargaste a alguien que los buscara?

Alyssa trató de imaginarse a Mariel detrás de la destrucción del barco y de la escultura de Adam. Había demostrado ser una mujer sin piedad, dispuesta a acabar con cualquiera que se interpusiera en su camino.

Mariel hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Dónde estaban? —repitió mientras un leve sudor le perlaba la frente.

—Donde siguen estando —contestó Alyssa con firmeza dirigiéndose a la puerta.

—No debería hablar mal de los muertos —dijo Mariel a su espalda—. Pero Elizabeth estaba medio trastornada.

Alyssa se dio la vuelta de golpe.

—¿Y tú no?

Mariel sonrió con extrema frialdad.

—Puedo soportar tu lengua afilada. Sabes tan bien como yo que no puedo decirle nada a Stephanie. Eso me mataría. Podría sufrir un infarto. ¿Eso te gustaría?

—preguntó con amargura.

Alyssa le dirigió una mirada compasiva.

—Tú hiciste esto, Mariel. Ahora tienes que deshacerlo. No quiero que te pase nada malo, créeme. Pero Zizi merece justicia. Ha pasado mucho tiempo, y tú has tenido media vida para hacer el papel de madre entregada. Aunque el de abuela no te ha salido bien. Nunca me has demostrado ningún afecto. Todo tu amor ha sido para mamá. Yo siempre lo he asumido. Pero claro, no eres mi abuela, ¿verdad? Eres mi tía abuela.

—Y tú eres la nieta de Richard Langford —respondió Mariel con maldad—. Un adúltero. ¿De verdad crees que su familia te va a agradecer que provoques un escándalo?

—Supongo que no —admitió Alyssa con un suspiro—. Puede que tal vez antes esto fuera un gran escándalo, pero los tiempos han cambiado. Apuesto a que ni siquiera aparecerá en las noticias. El hecho de que Elizabeth Calvert y Richard Langford tuvieran una aventura hace cincuenta años de la que nació una hija tal vez provoque cotilleos un par de semanas, y nada más.

—No parece tenerme ninguna consideración. ¿No ves que eso me mataría?

Alyssa negó suavemente con la cabeza.

—Eres dura como una roca, Mariel. Siempre te has agarrado a supuestas enfermedades para intentar retener a mi madre. Pero entiendo tu posición. No me gustaría estar en tu lugar. Pero mi lealtad está con mi madre y con Zizi. Creo que mi madre tiene derecho a conocer la verdad. Es una mujer fuerte y cuenta con el apoyo incondicional de mi padre. Estaré encantada de dejar que mamá tome las riendas y decida lo lejos que quiere que llegue esta historia.

Mariel se puso de pie. Parecía tan indestructible como el granito.

—Ni lo intentes —anunció con voz amenazante.

Alyssa intentó no parecer alarmada. Era una mujer adulta, no una niña.

—Eso parece una amenaza. Tus maletas pesaban mucho. No llevarás armas, ¿verdad?

La expresión de Mariel sugería que era una posibilidad que podía haber contemplado.

—No, pero podría encontrar a alguien que las tuviera —dijo con tono burlón.

Luego se puso seria—. ¿De verdad quieres provocarle ese dolor a tu madre? ¿Es que no ves que es mejor no saberlo?

La pregunta escocía, pero Alyssa tuvo que contestar.

—Lo siento, Mariel, pero no estoy de acuerdo. Conozco a mamá. Lo llevará mejor que nosotras dos juntas —volvió a girarse—. Voy a preparar la comida. No haré nada sin hablar contigo antes.

—¿Me lo prometes? —Mariel se levantó de la cama y le agarró el brazo con zarpa de hierro.

—Tienes mi palabra —Alyssa bajó la mirada. Al día siguiente tendría un cardenal—. Suéltame, por favor.

—Nunca me has enfadado de verdad, Alyssa —dijo Mariel soltándola—. No lo hagas ahora.

Adam estaba invitado a cenar la noche siguiente y aceptó encantado. Apareció guapísimo y lleno de vigor, con un traje de verano en tono beige y una camisa abierta hasta el cuello con rayas azules que le hacían juego con los ojos. Alyssa se sintió muy orgullosa de él. Había llevado un par de botellas de vino y una cesta de nueces de macadamia recién tostadas y bañadas en chocolate negro que había comprado en el pueblo. Era una de las especialidades de la zona.

Stephanie lo recibió con cariño y le expresó su gratitud por lo que había hecho por la familia, mientras Alyssa sonreía complacida. Su madre estaba guapísima, parecía diez años mas joven de lo que era y encandilaba sin esfuerzo a Adam con su belleza y su alegría de vivir.

«Ahora nos ha conocido a las tres. A Zizi, a su hija y a mí».

Estaban tan concentrados los unos en los otros que tardaron unos minutos en darse cuenta de que Mariel estaba de pie en las escaleras, completamente rígida.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —le pregunto Stephanie con tono preocupado.

Mariel tenía un aspecto extraño, parecía que hubiera visto un fantasma.

Por una vez, Mariel no dijo nada.

—¿Mamá? —repitió Stephanie dirigiéndose hacia las escaleras.

—Estoy perfectamente —aseguró la anciana cuando consiguió encontrar la voz.

—¡Menos mal! —murmuró Stephanie aliviada—. Hace un instante estabas muy extraña.

Mariel hizo caso omiso del comentario.

—Y éste debe de ser el sobrino nieto de Julián Wainwright, ¿verdad? — preguntó con crispación.

—Buenas noches, señora Banville —respondió Adam muy amablemente. Inclino la cabeza con gesto respetuoso—. Estaba deseando conocerla.

Mariel no parecía particularmente halagada. Esperó a haber terminado de bajar antes de responder. Parecía una figura real vestida de púrpura imperial. Llevaba las manos cubiertas con una impresionante selección de diamantes.

—Alyssa olvidó mencionar que eres la viva imagen de tu tío abuelo.

Stephanie frunció el ceño.

—¿Y cómo iba a saber eso Alyssa, mamá?

Los labios de Mariel dibujaron una sonrisa forzada.

—Oh, Alyssa sabe muchas cosas. Estoy segura de que ha visto fotografías de Julián en su época dorada.

—Entonces, ha salido a mí —Stephanie miró a Mariel y luego a su hija.

Alyssa negó con la cabeza.

—Estás equivocada. Nunca he visto ninguna fotografía de Julián, pero Adam me ha dicho que se parece mucho a su tío abuelo cuando era joven.

—¿Parecerse? Es exactamente igual —respondió Mariel.

Stephanie sonrió en un esfuerzo por suavizar la atmósfera tormentosa que su madre haría traído consigo.

—Entonces, debió de ser un hombre muy guapo.

—Todavía vive, Stephanie —Adam sonrió mirándola a los ojos—. Aunque está muy enfermo.

—Lamento escuchar eso —Stephanie le puso la mano en el brazo—. Pero todo esto es nuevo para mí. Nunca te oí mencionar a Julián Wainwright, mamá. Aunque por supuesto, sé que Zizi tenía varios cuadros suyos.

—Se los regaló Julián. En un momento de su vida fueron muy amigos — aseguró Adam.

—¿De veras? —Stephanie parecía sorprendida—. Qué extraño que Zizi no lo hubiera mencionado. Que yo sepa, no lo hizo nunca. ¿A ti te contó algo, cariño?

Sus ojos verdes, tan parecidos a los de Zizi, buscaron los de su hija.

Alyssa volvió a negar con la cabeza.

—Elizabeth tenía muchos secretos —Mariel esbozó una sonrisa de lobo que no albergaba ningún buen humor.

—Bueno, no nos quedemos en el vestíbulo —dijo Stephanie cambiando de tema—. Vamos, Adam. Alyssa nos ha contado que además de arquitecto eres escultor. ¡Qué emocionante!

Mariel y Alyssa los siguieron. En la cabeza de la joven resonaron campanas de advertencia. Campanas que sabía que debía escuchar.

—Es tu nuevo novio, ¿verdad? —murmuró Mariel en voz baja.

Alyssa no respondió.

Había llegado la hora de la verdad.

Estaba encantada de dejar que su madre hiciera de anfitriona. Además, Stephanie no era una mujer a la que le gustara ocupar el asiento de atrás. Tenía una gran capacidad de diversión, como al parecer le ocurría antes a Zizi. Pero Stephanie había permitido que Alyssa se encargara de la cena. Era mejor cocinera.

Como entrantes, Alyssa había optado por vieiras envueltas en beicon, cocinadas a la plancha y servidas con salsa de vino tinto, lasaña de langosta como plato principal y helado de vainilla y piña de postre.

—Esto es nuevo, ¿no? —preguntó Mariel revolviendo el helado con la cuchara.

—Me atrevería a decir que Trudie nunca ha intentado hacerlo.

El tono de Stephanie era de diversión. Trudie era la sufrida cocinera de su madre desde hacía muchos años.

—Azúcar, zumo de limón, zumo de naranja, una pizca de pimienta negra, mantequilla sin sal y crema de cacao —Alyssa enumeró los ingredientes—.

Pruébalo... abuela.

—No, gracias —Mariel apartó de sí el plato.

A pesar de los esfuerzos que hizo Mariel por estropear el evento, la velada salió muy bien. Estaba claro que a Stephanie, que siempre se mostraba entusiasmada cuando congeniaba con una persona, le había caído muy bien Adam. Su madre brillaba en cualquier reunión, pensó Alyssa con cariño. La había visto docenas de veces a lo largo de los años. Le complacía dejar que ella dirigiera la conversación.

Abarcaba un amplio espectro de temas, desde sus películas favoritas basta

los musicales de Broadway. Todos participaban excepto Mariel, que permanecía allí sentada como si únicamente una obligación familiar la mantuviera en la silla. Adam, al igual que Stephanie, era un animal social; contó muchísimas historias sobre lo que pedían los clientes ricos que hizo que todos se murieran de risa. Todos menos Mariel.

Aunque había comido bien, mantuvo las cejas alzadas todo el tiempo. En una ocasión incluso chasqueó con la lengua en gesto de desaprobación cuando Stephanie contó una historia ligeramente subida de tono. Su hija se giró hacia ella.

—Estás muy seria esta noche, mamá. La última vez que conté esta anécdota te reíste.

Era cierto.

—Tal vez sea porque estoy cansada —aseguró Mariel doblando la servilleta—.

¿Les importa si me retiro? ¿Subes conmigo, Stephanie?

—Por supuesto —dijo ella.

Adam se levantó para retirarles las sillas.

—Buenas noches, señora Banville.

Mariel agitó una mano con gesto letárgico.

Stephanie, tan efervescente como siempre, acompañó a su madre.

—Enseguida vuelvo.

Alyssa comenzó a recoger la mesa. Adam se llevó a la cocina el carrito con los platos y los cubiertos sucios.

—Creo que a Mariel no le caigo bien —dijo con sequedad.

Pero en realidad lo que pensaba era que se trataba de una vieja zorra maleducada, aunque eso no podía decirlo en voz alta. Adam aprovechó la oportunidad para estrechar a Alyssa entre sus brazos y la besó en el cuello.

—Me encantaría preguntarle directamente sobre Julián. ¿Lo conocía bien?

—Pregúntale a Julián —Alyssa se relajó entre sus brazos.

Él asintió.

—Lo llamaré por la mañana, en cuanto me levante.

Alyssa asintió y luego se giró para poner el juego de café en el carrito.

—Julián sigue interesado en conocerte.

Ella se detuvo.

—No tiene mucho sentido.

—Yo creo que sí —insistió Adam—. Y también le encantaría conocer a tu madre. Es una mujer encantadora, hermosa e inteligente. Tu padre debe de sentirse muy orgulloso de ella.

—Así es. Papá la adora —Alyssa sonrió—. Estaba esperando a que ahora dijeras la típica frase: «Podrían ser hermanas».

Adam se rio y volvió a abrazarla.

—Desde luego, es muy juvenil. Pero tú eres tú. Por cierto, tenías razón, tu madre se parece más a Elizabeth que tú. Tiene los ojos verdes y la voz muy parecida.

Aunque pensándolo bien, las tres se parecen mucho. ¿Has conseguido hablar con Mariel?

Alyssa frunció el ceño.

—No quiere saber nada del asunto.

—Tengo la impresión de que ha hecho las cosas a su manera durante toda su vida —Adam se dispuso a preparar el café.

—Bueno, pues ahora no lo va a conseguir —aseguró Alyssa con decisión—.

Nada va a impedir que tengamos esa conversación.

Era más de medianoche cuando la velada terminó. Adam se había asegurado de aparcar su todoterreno a escasa distancia de la casa para que cuando se despidiera de ella pudiera estrecharla entre sus brazos sabiendo que las ramas de los árboles los resguardaban.

Saborearon aquel beso, un beso apasionado que mantuvieron durante el mayor tiempo posible. Querían mucho más, pero sabían que tendrían que esperar.

—Cásate conmigo —dijo Adam en voz baja.

—¿Adam? —a ella le dio un vuelco al corazón.

Adam inclinó la cabeza para volver a besarla y le sujetó el rostro entre las manos.

—He dicho «cásate conmigo», Alyssa. No espero que pongas ya una fecha. Al menos no aquí ni ahora mismo.

—¿Estás hablando en serio? —ella le agarró las solapas.

—No creo que te haya pillado de sorpresa —la voz de Adam resultaba sin lugar a dudas tierna.

—¡Estoy feliz! ¡Estoy emocionada!

—Ésa es mi chica —Adam se sentía exultante, el más afortunado de los hombres—. No pretendía pedírtelo esta noche. Quería que todo fuera perfecto, que todos nuestros problemas estuvieran resueltos. Pero me ha salido así. Dios sabe que no puedo pensar en otra cosa que no seas tú. Me haces más feliz de lo que nunca creí posible, Alyssa, ni en mis mejores sueños. Te necesito. Te deseo. Te amo. Creo que tus padres lo aprobarán. Aunque sin duda, Mariel tendrá alguna objeción que hacer.

—Bueno, eso sería lo normal —bromeó ella.

No se molestó en comentarle que Mariel consideraba a Brett «un excelente partido». No quería volver a hablar de él.

—No me has dicho que sí —le recordó Adam.

—¡Sí, sí, sí! —se lanzó a sus brazos para estrechar su cuerpo robusto y luego apoyó la cabeza en su pecho—. Te escojo a ti por encima de cualquier otro hombre en el mundo.

—Y yo te escojo a ti. Quiero llevarte a casa conmigo —gruñó.

La boca de Alyssa se curvó en una sonrisa satisfecha.

—Así es como debe de sentirse un hombre enamorado. ¿Cuándo se lo anunciaremos al resto del mundo?

—Cuando a ti te parezca bien. Yo ya le he dicho a Julián que me enamorado total, profunda y locamente.

—¿Y? —preguntó ella con cierta ansiedad.

—Está encantado con la noticia. De hecho, aplaudió.

—Entonces, tiene que sobrevivir hasta el día de la boda.

—Eso es exactamente lo que yo pensé. Lo que significa que tenemos que escoger una fecha lo antes posible.

Alyssa se sentía como si estuviera volando en una alfombra mágica.

—Lo único que tengo que hacer antes es llegar a un acuerdo con Mariel. Quiero que el asunto de Zizi quede resuelto antes. ¿Te importa?

—Por supuesto que no —respondió él con amabilidad—. Lo comprendo perfectamente. Lo mantendremos en secreto por el momento.

Adam se giró para besarla una vez más, cubriendo su boca con la suya

con ardor.

Desde las sombras, un rostro pálido y sin rasgos distintivos los observaba.

No hizo falta decirle una palabra a su madre. En cuanto Alyssa entró llevando en brazos a *Cleo*, que había aparecido entre la oscuridad, Stephanie apareció en el vestíbulo con la expresión llena de interrogantes.

—Has encontrado al hombre de tus sueños, ¿verdad?

—¿A ti qué te parece? —Alyssa se rio y dejó a *Cleo* en el suelo. Desde la llegada de Mariel, la gata se había mantenido alejada y hacía su vida fuera.

Stephanie se acercó a su hija y le dio un abrazo.

—Es difícil imaginar un joven más encantador. Tiene mucho que ofrecer, y hacen una pareja estupenda. Los dos son artistas creativos. Tengo la impresión de que no tardará en dar el paso definitivo de la arquitectura a la escultura.

—Él quiere compaginar las dos cosas —respondió Alyssa girándose para cerrar con llave la puerta de entrada—. Al menos durante un tiempo. Te ha contado lo del proyecto Belasco. Lo más seguro es que se lo encarguen a él.

A Stephanie le brillaban los ojos. Rodeó la cintura de su hija con el brazo mientras caminaban hacia el salón. *Cleo* abría la comitiva. Al parecer se había dado cuenta de que Mariel estaba en la cama.

—Estoy encantada por los dos, cariño. Te mereces lo mejor. ¡Ya verás cuando le dé la noticia a tu padre!

—Danos un poco de tiempo, mamá —le suplicó Alyssa.

La felicidad y la emoción hacían que tuviera casi ganas de llorar. Se sentaron la una frente a la otra con trémulas sonrisas. *Cleo* se sentó en el regazo de Alyssa y luego se quedó mirando como una esfinge a Stephanie.

—¿Estás segura de que *Cleo* no es humana? —preguntó su madre.

—Creo que lo fue una vez —contestó Alyssa.

Stephanie se rio. Parecía tan relajada que Alyssa se preguntó si no debería abandonar sus planes de revelar el pasado.

¿Se arriesgaría a llevar aquel dolor a la ordenada vida de su madre? Creía que las cosas se irían clarificando, y de pronto todo parecía aún más complicado.

—Se ve que tú le gustas —comentó Stephanie—. Normalmente no es muy sociable.

—Ahora es mi mejor amiga —aseguró Alyssa acariciando el pelo de *Cleo*, que brillaba como el ámbar pulido.

—Pobre gatita, está manteniendo distancias con mamá —dijo Stephanie con una sonrisa algo triste—. A mamá no le gustan los gatos, ni tampoco los perros, la verdad. No lo entiendo. Yo dejé de pedir una mascota a los diez años. Mamá siempre decía que tenía alergia al pelo de los animales. Que se ponía enferma.

—Lo cierto es que yo nunca la he visto enferma —murmuró Alyssa.

—Bueno, ya sabes que la mayoría de los problemas de mi madre son imaginarios. Lo cierto es que tiene una salud de hierro.

—¿Por qué permites que se salga con la suya siempre?

Stephanie se encogió de hombros.

—La verdad es que no me siento orgullosa de ello. Pero es una cuestión de conseguir la paz a cualquier precio. Cuando era joven tuve que luchar por conseguir mi independencia. También fue una batalla por mis convicciones. En cualquier caso, lo conseguí gracias a la ayuda de mi padre. Pero hablemos de ti. ¡Y pensar que has tenido que venir a Flying Clouds para encontrar el amor de tu vida! Zizi estaría encantada. Te quería mucho.

—A ti también te quería, mamá —le aseguró Alyssa con cariño.

¿Cómo iba a contarle a su madre la verdad? ¿Debería decírsela? Resultaba imposible averiguarlo. Pero Stephanie era una mujer acostumbrada a resolver problemas, se recordó a sí misma. Era la personificación de la gracia en los momentos de presión. Y además contaba, como siempre se apresuraba ella misma a señalar, con un marido que la adoraba.

—No debió de ser fácil para Zizi estar aquí sola —murmuró Stephanie con expresión soñadora—. Siempre pensé que tuvo una gran aventura amorosa que terminó en desastre. Zizi era de ese tipo de mujeres que sólo entregan el corazón una vez, la clase de mujer que se empareja para toda la vida. Un poco como yo, ahora que lo pienso. Y también como tú. Al día de hoy amo a tu padre todavía más que cuando éramos jóvenes y alocados.

Stephanie guardó silencio un instante.

—Nunca he hablado de ello, pero esta noche quiero contarte que la abuela se lo hizo pasar muy mal a tu padre. Ella prefería a otros de mis admiradores. El tipo de hombres a los que ella podría manipular y controlar. Y tu padre no

se dejaría. El amor eterno existe, Alyssa, cariño. Tengo la impresión de que tú lo has encontrado.

Yo desde luego sí.

Alyssa se sintió alentada a hablar.

—¿De verdad querrías saber si Zizi tuvo una vida secreta, una vida que nos habría ocultado también a nosotras?

Stephanie no tardó ni un segundo en contestar.

—Me encantaría saberlo. Zizi era una mujer misteriosa. A ella le gustaba ser así.

Nos ocultaba muchas cosas. Era una buena persona, pero no habría nada de Zizi que pudiera sorprenderme. Había algo que le atormentaba. Alguien. Ambas lo sabemos.

Mamá dice que Zizi sufrió un ataque importante cuando estaba en la década de los veinte y nunca se recuperó del todo. Está convencida de que si no hubiera sido por ella, Zizi estaría muerta, que ella la salvó de la locura. En aquellos días, mamá la visitaba con mucha frecuencia.

Stephanie se detuvo.

—No habrás encontrado algo, ¿verdad? Algo como unas cartas de amor atadas con un lazo...

Stephanie trataba de tomárselo con humor, pero sus ojos verdes escrutaron los de Alyssa con suma seriedad.

—Lo lógico es pensar que Zizi tenía un amante. Y luego está el asunto de Julián Wainwright. ¿No es extraño que no nos hubiera contado nada?

—¿Y si las cartas de amor de Zizi te hicieran a ti desgraciada?

Un vez que había empezado, Alyssa se dio cuenta de que no tenía control sobre la marea de preguntas.

—Querrás decir que me pondrían triste —la corrigió su madre—. Zizi está en paz ahora. Tal vez en paz con su amante secreto. Has encontrado cartas, ¿verdad?

—¿Estás convencida de que tuvo un amante?

—¡Por supuesto! —el tono de voz de Stephanie no dejaba lugar a dudas—.

Ahora que ella no está y nosotras estamos aquí hablando tranquilamente, te contaré algo muy extraño. Siempre he tenido la extraña sensación de que

Zizi era mi madre.

A Alyssa se le paró el corazón durante un instante y luego volvió a latirle.

—¿Por qué pensabas algo así? —tenía los ojos clavados en Stephanie.

—Era algo intuitivo. No lo sabía, por supuesto. Lo sentía. No espero que lo entiendas —parecía haberse puesto a la defensiva—. También sentía que Zizi se me escapaba, se me perdía en cierta forma. Podía tenerte a ti, pero no a mí.

Alyssa no tuvo que fingir que estaba conmocionada. Realmente, se sentía sobrecogida. Su madre había experimentado aquella sensación durante gran parte de su vida, y sin embargo nunca lo había mencionado. ¿Se lo habría confesado a su padre? Por lo que ella sabía, sus padres no podían estar más unidos.

—No pasa nada, cariño, ya me callo —dijo Stephanie mirando con ojos de remordimiento el rostro descompuesto de su hija—. No quería molestarte, pero me pareció que era una buena noche para las confidencias. Esta casa siempre me ha producido un gran efecto. Cuando era joven, las cosas que se me pasaban por la cabeza resultaban tan fuertes que solía alejarme de Flying Clouds. Además, mi madre hacía todo lo que podía por apartarme de Zizi. Esas dos se llevaban fatal, aunque hacían todo lo posible por disimularlo. Mamá tenía unos celos tremendos de Zizi, ¿sabes? Eran tan distintas... En aspecto y en modo de ser. Zizi parecía tenerlo todo. Y encima, yo me parecía a Zizi, no a mamá.

—¡Esto es increíble! —resolló Alyssa—. Nunca habías dicho ni una palabra de todo esto, ni siquiera sobre los conflictos entre ellas.

Deseaba con todas sus fuerzas continuar con aquella conversación, sacarlo todo, pero recordó que se lo había prometido a Mariel. Aunque ninguna de los dos le debía nada.

—Porque todo era... Muy extraño.

—¿Acaso son extraños nuestros instintos básicos? —se preguntó Alyssa—. Yo creo que no. Estoy segura de que una parte de nosotros está para siempre unida a nuestras madres. Y creo que tal vez si nos separan de ellas nos separan de esa parte de nosotros mismos.

A Stephanie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Acabas de dar en el clavo, cariño. Siempre he sentido esa separación.

Pero si lo que pensaba era cierto, entonces significaba que Zizi me había rechazado. No podría haberlo soportado. Con el tiempo, por supuesto, gracias a tu padre y a ti, mi hermosa niña, mi vida es feliz. Como mujer, puedo asumir esa revelación. Cuando era niña no podía. Estamos hablando de hipótesis, ¿verdad?

Stephanie miró a su hija con expresión dolorida.

—¡Quién sabe! —Alyssa sintió que se le aceleraba el corazón.

—Creo que tú sí lo sabes, cariño —aseguró Stephanie—. Lo veo en tus ojos. El mayor miedo de tu padre y mío era hacerte daño.

—¡No me lo habrían hecho! —Alyssa apartó rápidamente de sí aquel pensamiento. Se había estado preocupando por cómo tocar aquel tema con su madre y ahora parecía que Stephanie llevaba años sufriendo por aquella historia.

—Por todos los santos, ¿de qué estamos hablando, en cualquier caso? —Stephanie trató de sonreír—. El vino me ha soltado la lengua. Era excelente, ¿verdad?

Adam tiene muy buen gusto.

Guardó silencio un instante antes de preguntar: —Entonces, ¿qué has averiguado?

—¿Sabe la abuela cómo te sientes? —preguntó Alyssa con calma.

—¡Cielos, no! —contestó Stephanie—. Ambas sabemos cómo reaccionaría mamá si yo le preguntara de pronto si Zizi era mi auténtica madre. En su mundo, las cosas no son como son, sino como ella quiere que sean.

—Creo que podría soportar que le hicieras unas cuantas preguntas.

Stephanie soltó una pequeña carcajada.

—De acuerdo entonces. La pregunta es, ¿lo soportaría yo? ¡Ésa es la cuestión!

Alyssa intentó una táctica diferente.

—¿Y qué dice papá de todo esto? Se lo has contado, ¿verdad?

Stephanie miró fijamente a su hija.

—Por supuesto que sí. Ya te he dicho que nuestra máxima preocupación has sido siempre tú.

—Estás totalmente convencida de que Zizi era tu madre, ¿verdad? —

Alyssa temblaba. Su conversación había ido más allá de lo que esperaba.

—Nunca pude quitarme esa sensación —Stephanie suspiró profundamente—.

Me ha perseguido toda mi vida. Creo que es peor no saber que estar perpetuamente vagando en la oscuridad. Cuando era niña, nunca tuve el valor de hablar de ello con mi madre. ¿Y si estaba completamente equivocada? Ella no me lo hubiera perdonado nunca. Si ahora te parece una mujer que impone, tenías que haberla visto cuando tu padre y yo empezamos a salir. Pero nadie puede con tu padre. Y nadie podía impedir que yo me casara con él.

—Están hechos el uno para el otro —aseguró Alyssa por toda explicación.

Stephanie sonrió.

—Tu padre fue el punto de inflexión en mi vida. De él saqué gran parte de mi fuerza. Pero tú... ¿Cómo te sentirías si vuelve a reescribirse la historia? —el tono de voz de Stephanie denotaba una gran preocupación—. Lo último que deseo es causarte dolor.

—Vaya, qué conmovedor —dijo una voz afilada como un cuchillo desde el umbral de la puerta.

Capítulo 11

A pesar de la euforia, o tal vez a causa de ella, Adam regresó a la granja conduciendo muy despacio, escuchando un disco de Tom Waits que le gustaba especialmente y tarareando las canciones. No había más vehículos en la carretera comarcal. El tráfico era normalmente escaso, y además era más de medianoche.

Llevaba puestas las luces largas para distinguir con claridad si aparecía algún animal en la carretera.

Estaba a medio camino entre la hacienda y la granja Gámbaro cuando un wallaby saltó a la carretera y se quedó completamente cegado por el vehículo.

—¡Maldición! —Adam pisó el pedal del freno para disminuir la velocidad, con la esperanza de que el animal regresara a la vegetación. Pero al instante, en menos de un segundo, se dio cuenta de que algo iba mal. La improbabilidad de lo que se le había ocurrido le conmocionó.

No le funcionaban los frenos.

Lo siguiente que supo fue que había atropellado al desafortunado wallaby, al que dejó muerto en la carretera mientras él trataba de dominar el todo terreno.

La adrenalina se apoderó de Adam, y estuvo a punto de ahogarlo. Tenía pocas opciones, excepto salirse de la carretera y estamparse contra algo que pudiera detener el vehículo sin matarlo. Ante los faros aparecieron unas viejas verjas cubiertas de hiedra. Delante, a la derecha, había una gran plantación de caña de azúcar.

Si pudiera rodear aquella maldita verja...

Las ruedas lanzaban polvo y escombros. Adam había visto en trayectos previos aquella granja abandonada. Tenía las paredes reseca por el sol. Había varias granjas en ruinas por el distrito. Lo que ahora tenía valor era la tierra, no la caña de azúcar que en el pasado constituyó su fortuna.

¡Gracias a Dios, allí estaba! Su almacén se alzaba contra el cielo lleno de

diamantes. La tensa pared de caña de azúcar que daba justo a la carretera mediría fácilmente seis metros. La luna estaba del lado de Adam; salió de detrás de una nube e iluminó el tejado de hierro de la granja. La abandonada plantación de azúcar estaba delante de ella.

«¡No lo pienses! ¡Hazlo! ¡Éste es el lugar!».

Adam agradeció tener tan buena visión nocturna. El todoterreno salió de la carretera con un chirrido de neumáticos, dirigiéndose como un cohete contra el denso bosque de azúcar.

«Hay alguien por ahí a quien no le gustas, Adam».

Durante una décima de segundo, su hermosa e inteligentísima madre pareció una niña asustada que no sabía cómo protegerse. Alyssa se puso de pie rápidamente, haciendo que *Cleo* cayera al suelo y se escapara maullando a buscar refugio en la habitación de la joven. Alyssa tomó la mano de su madre entre las suyas y le apretó los dedos para tranquilizarla.

—Es cierto lo que dicen. Los que escuchan sin ser vistos nunca oyen hablar bien de sí mismos —Alyssa se dirigió hacia la intimidante figura de Mariel.

—Eres una zorra traidora —susurró la anciana—. Se lo has contado.

—¿Contarme qué? —Stephanie había recuperado el color.

—¡Eres despreciable, Alyssa!

Mariel se había hecho una coleta en su abundante cabello blanco para dormir.

La melena le caía por los hombros de la exquisita bata tipo kimono que llevaba puesta.

—¿Por qué no te sientas con nosotras? —sugirió Stephanie con tono tranquilo pero firme—. Está claro que tenemos que hablar.

Mariel se estremeció como si le hubieran dado un golpe.

—No tenemos nada de qué hablar, mi querida niña.

—Entonces, ¿para qué has bajado? —preguntó su hija con la imparcialidad de un juez—. Debes de sentarte y ayudarnos a esclarecer la verdad.

—Hay cosas que es mejor no saber, Stephanie —respondió ella con sequedad y sin moverse.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí escuchando? —Alyssa seguía sujetando la

temblorosa mano de su madre.

Mariel se giró hacia ella con una furia casi demencial.

—No quiero volver a hablar contigo en mi vida, Alyssa.

—Habla conmigo, entonces —sugirió Stephanie con la misma calma.

Mariel sacudió violentamente la cabeza.

—Eres mi hija, Stephanie. Te exijo respeto.

Stephanie negó con la cabeza.

—Creo que tiene que haber alguna prueba de que soy hija de Zizi —se limitó a decir.

El silencio pareció durar una eternidad. Luego Mariel le espetó: —¿Y dónde está esa prueba? —clavó en Alyssa una mirada envenenada—.

Vamos, enséñamela. Si te refieres a esos diarios, déjame decirte que cuando los escribí, Zizi estaba mal de la cabeza.

Stephanie no se arredró.

—Era mi madre, ¿verdad?

Alyssa trató de recuperar el control, pero las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Por su parte, Stephanie parecía más calmada y juiciosa que nunca.

—¿Lo era, Mariel? —repitió.

Antes de que Mariel pudiera responder o preguntara si Stephanie había perdido la razón, el teléfono de la cómoda de la entrada comenzó a sonar con fuerza.

—¿Quién podrá ser? —Stephanie se giró hacia Alyssa.

—Yo contestaré —Alyssa se apartó las lágrimas con las yemas de los dedos.

—Mariel, siéntate antes de que te caigas —le sugirió Stephanie—. No importa lo que se te esté pasando por la cabeza, ni lo duramente que intentes destrozar la memoria de Zizi. La farsa ha terminado. Necesito, y Alyssa necesita, lo que llevamos tanto tiempo esperando.

El airbag se soltó con el impacto contra la caña de azúcar. Adam se reclinó hacia atrás, sintiendo como si lo hubieran golpeado con un martillo. El mecanismo estuvo a punto de asfixiarlo, aunque había hecho su trabajo evitando que saliera despedido por el parabrisas.

El corazón lo golpeaba con fuerza contra el pecho. Apenas podía respirar,

estaba cubierto de sudor, pero tenía que salir de allí.

Al menos estaba vivo, y de una pieza.

Calculó que el coche se habría adentrado unos treinta metros en la plantación, que estaría llena de ratones, arañas y serpientes venenosas. ¡Dios, cómo odiaba las serpientes! Acercó la mano a la puerta, y tiró de ella lo suficiente como para poder salir. Una lluvia de hojas secas y caña de azúcar cayó del techo de su coche y penetró en el interior, haciéndolo toser con fuerza. Lo que necesitaba era un buen machete para abrirse camino. ¿Por qué nadie quemó aquella plantación abandonada en lugar de dejarla crecer de forma tan salvaje? O que al menos hubieran plantado otra cosa, por el amor de Dios. Adam no llevaba siquiera botas, sino mocasines. Sacó el pañuelo del bolsillo y se le ató alrededor de la mano derecha. Más le valía no cortarse con la caña. Se abrió paso hacia el asiento del copiloto en busca de la linterna. La encendió.

Su brillo blanco iluminó al instante los sapos gigantes que por suerte se estaban apartando de él. Treinta segundos después, la luz iluminó a unas ratas en movimiento. Adam aspiró con fuerza el aire dulzón. Tenía justo delante una serpiente que movía la cabeza de un lado a otro como una cobra.

Diablos.

Se quedó completamente quieto. Un instante más tarde, la serpiente volvió a agacharse y se marchó. Eso hizo que se sintiera mejor. Lo que tenía que hacer era subir a lo alto de la colina para tener mejor cobertura. Llamaría a Alyssa desde el teléfono móvil. No podían estar todavía acostadas; llevaba menos de cincuenta minutos conduciendo. Después llamaría a la policía. Había alguien por ahí llevando a cabo juegos mortales. Y había que detenerlo.

—Iré contigo —dijo Stephanie cuando Alyssa regresó con la noticia del accidente de Adam—. Gracias a Dios, no se trata de algo más grave. ¡Podría haber muerto!

—Ni lo menciones, mamá —Alyssa encontró las llaves del coche y se dirigió con decisión hacia la puerta, completamente concentrada en llegar hasta Adam.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? —preguntó Mariel con tono de agravio.

—Cerrar con llave cuando salgamos —respondió Stephanie—. Volveremos lo antes posible.

—Estoy segura de que Alyssa no te necesita —bramó Mariel.

—Oh, claro que sí —Stephanie estaba ya en la puerta camino del garaje.

Mariel no cerró la puerta de entrada con llave. Le importaba bien poco lo que pudiera sucederle. Se dejó caer sobre la butaca, sintiendo el cuerpo y la mente increíblemente pesados. Todo aquel maldito asunto saldría a la luz y ella no podía hacer nada al respecto.

—¿Ya estás contenta, Elizabeth? —se dirigió a la habitación vacía. Aunque no estaba tan vacía, pensó. Podía ver la figura en sombras de Elizabeth en el rincón.

—Al final reíste tú la última.

Había gente que no podía escapar de una conciencia culpable. Mariel no tenía esa dificultad. Había culpado siempre a su hermana de todo y seguiría haciéndolo hasta el día de su muerte.

Las vio salir en el coche que Alyssa había alquilado. ¿Qué significaba eso?

Había escuchado el sonido del teléfono en la tranquilidad de la noche. Sin duda no había hecho un agujero en el depósito y que se escapara el líquido de los frenos para nada.

Ojalá no. Ese bastardo podría estar gravemente herido. Seguramente iban corriendo a su lado. Había visto cómo Mariel subía a su habitación hacía una hora y media. ¡Menuda aliada era! No le caía bien, era espantosamente mandona, pero siempre había estado de su lado. No quería hacerle ningún daño a Mariel. Ni a Stephanie, aunque sabía que los padres de Alyssa nunca lo habían tragado. Su encanto no había funcionado con ellos como lo había hecho con Mariel.

Se dirigió furtivamente hacia la casa, deteniéndose de vez en cuando para comprobar los movimientos del interior. Pero Mariel era una mujer anciana. Se dormiría enseguida. Él tenía una llave de la puerta delantera desde hacía algún tiempo. Podría entrar y hacerse con algo de comida. Estaba muerto de hambre, harto de comer nueces y fruta. Se moría por algo de pan y algo que meterle dentro, jamón, pollo, cualquier cosa, incluso mermelada. Estaba empezando a preguntarse si debería incluso meterse en el cuarto de Alyssa.

Estaba desesperado por hablar con ella, tocarla, explicarle aquel asunto tan horrible. Lo que le preocupaba era el estado de su cuerpo, él, que siempre había sido tan maniático de la higiene. Qué bajo había caído.

No podía soportar siquiera pensar en ello. ¿Se arriesgaría a tomar una ducha, o el sonido del agua podría despertar a Mariel. Se llevó las manos al rostro cubierto de barba descuidada. Unas semanas atrás había intentado conseguir un trabajo a tiempo parcial en la empresa de jardinería de Byrd con la esperanza de que eso le permitiera un mejor acceso a Flying Clouds durante el día. Sabía que Byrd estaba trabajando allí. Había intentado asearse antes de presentarse, pero se había marchado de aquel lugar temblando de rabia.

«Lo siento, amigo. Por el momento no necesito contratar a nadie nuevo».

¡Mentira, todo mentira! No había confiado en que él respondiera bien. Pensó en darle un puñetazo, pero el tipo parecía un gigante y lo estaba mirando muy de cerca.

Ahora pensaba que tal vez Byrd pudo llamar a la policía y decirles que tenía un sospechoso para el incendio de la marina. Todo el mundo se conocía en aquel maldito pueblo de cuatro habitantes. Tenía miedo, no cabía duda. Tanto como para cometer una locura.

Y todo aquel espanto había comenzado por culpa de Zizi.

La puerta no estaba cerrada. El gigantesco picaporte de bronce giró con facilidad. ¡Estúpidas! ¿Acaso no sabían que había un loco por ahí suelto? Estuvo a punto de soltar una carcajada por describirse a sí mismo de aquella manera. Su único pecado era haber amado demasiado a una mujer. Una mujer que había abusado de su confianza. Las mujeres eran las causantes de todos los males, pensó. No había más que ver a esa zorra de Zizi, por ejemplo. Su manera de controlar la vida de Alyssa había sido clave para que ellos rompieran. Había conseguido persuadir a Alyssa de alguna manera para que lo dejara. Merecía morir, pero su muerte había creado problemas todavía más graves.

Ya estaba dentro de la casa. Aunque estaban todas las luces encendidas, enseguida percibió la presencia de los fantasmas. Toda la casa lo estaba escuchando a él, la casa sabía lo que había ocurrido allí. Lo primero que tenía que hacer era comer algo. Estaba completamente desfallecido de hambre.

Comenzó a avanzar, pero el sonido de una voz femenina lo hizo detenerse al instante sobre sus pasos. Dios Todopoderoso, era Mariel.

—¿Quién anda ahí? ¿Stephanie? ¿Alyssa?

Seguía teniendo aquella voz autoritaria tan chillona. Él se llevó las manos a los oídos mientras Mariel seguía gritando.

—Maldita vieja loca —murmuró.

—¿Brett? ¿Eres tú?

Estaba a escasos metros de él. Parecía una bruja con aquella bata magnífica y esos mechones de cabello blanco que le rodeaban el rostro. Lo estaba mirando sin dar crédito.

—¿Brett? —Mariel dio un paso adelante.

Tenía el rostro tan blanco como el cabello, pero controlaba perfectamente la voz.

—¿Qué te ha ocurrido, pobre niño?

El impacto lo dejó sin habla. Levantó una mano para mantenerla lejos. El Brett que ella había conocido había desaparecido mucho tiempo atrás.

—¿Dime algo, muchacho! —le exigió Mariel mirándole intensamente—. ¿Dónde te has estado escondiendo? Dímelo. Quiero ayudarte.

¿Ayudarlo? Debía de estar tan loca como él mismo. A él ya nadie podía ayudarlo.

Para mantenerse alejado de Mariel, se acercó andando hacia atrás hasta el porche. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que iba a sufrir un ataque al corazón.

—¿Brett! —Mariel fue tras él con aquella maldita voz teatral. ¿Qué intentaba?

¿Calmarlo? —. Necesitas mi ayuda. No te vayas.

Durante un instante la escuchó con cierta esperanza, pero un segundo después algo cayó del toldo de la marquesina y fue a parar con fuerza sobre su hombro. Un segundo después se le enredó alrededor del cuello.

Brett gritó. No podía dejar de gritar. ¡Era una maldita serpiente!

Estaba en medio de una pesadilla. No podía continuar. Se echó hacia atrás absolutamente aterrorizado, perdió pie y resbaló por las escalones de piedra. Cayó sobre la gravilla de la entrada, pero ahora la serpiente no estaba a la vista. ¿Lo habría imaginado? La anciana estaba inclinada sobre él. Y le decía

algo.

—Cálmate, muchacho. Era una serpiente inofensiva.

Brett se sentía agotado, confundido.

—Escucha, tienes que levantarte —le dijo con urgencia—. Podrían volver en cualquier momento. La policía te interrogará. ¿Fuiste tú quien prendió fuego al barco? Comprendo lo traicionado que te sientes. Pero tienes que levantarte. ¡Tienes que hacerlo! No quiero ver cómo te arrestan. Alyssa no vale tanto la pena. Yo puedo ayudarte a escapar.

—No necesito ayuda —sollozó él al borde del llanto—. Lo que necesito es que me encierren. Que me declaren demente.

Dicho aquello, empezó a reírse. Fue una reacción compulsiva que nada tenía que ver con la diversión. Era histeria pura y dura.

Así fue como los vieron. Mariel agachada al lado de una figura oscura que estaba tumbada en el suelo.

Alyssa gritó asustada.

—¡Es un hombre!

Detuvo el coche bruscamente. Tenía todos los sentidos alerta.

—¿Y qué está haciendo Mariel?

Adam ya había salido del coche.

—Quédense aquí las dos —dijo—. ¿Me has oído, Alyssa? Esta vez hazlo.

—Llévate la linterna —le pidió ella.

—La tengo.

Adam cerró de un portazo.

—¿Quién es la persona que está tumbada en el suelo? —preguntó Stephanie con preocupación—. ¿Y qué está haciendo Mariel? Esto no tiene ningún sentido.

Pero sí lo tenía. Alyssa ya sabía de quién se trataba.

—Es Brett, mamá —dijo sintiendo náuseas—. Estoy segura.

—¿Brett? —Stephanie estaba impactada y furiosa—. ¡Dios mío! —suspiró—.

Pero ¿acaso no estaba en Londres?

—Eso fue un señuelo que soltó.

Vieron a Adam de pie ante el hombre tendido, que estaba vestido de negro de los pies a la cabeza.

—¿Sabe quién es? —le inquirió Adam a Mariel, sorprendido por su presencia allí. Ella debía de conocerlo, razonó. No estaba mostrando ningún miedo, sino que desplegaba una extraña actitud protectora.

Mariel se encogió de hombros.

—Es el hombre al que Alyssa traicionó. Brett Harris.

Adam sintió que todo su cuerpo se ponía rígido. Estaba tan enfadado que pensó que iba a hacer explosión.

—Déme el cinturón de su bata —le ordenó a Mariel extendiendo una mano con impaciencia.

Al verlo, Brett había comenzado a dar patadas en un intento de hacerle daño.

—¡No lo haré! —Mariel protestó con la más ofendida de sus voces—. No vas a atar a este pobre muchacho.

Adam no lo preguntó una segunda vez, sino que le quitó el cinturón.

—¡Cómo te atreves!

Mariel se llevó una mano al pecho, como si temiera sufrir un inminente ataque al corazón.

—Aquí tenemos a un posible asesino, señora Banville —gruñó Adam mientras trataba de sujetarle las manos a la espalda a un frenético Brett—. Y el hecho de que quiera usted ayudarlo no dice mucho a su favor. Y por cierto, ¿por qué estaba tratando de ayudarlo? Porque eso era lo que estaba usted planeando, ¿verdad?

Espero que no tenga relación con nada de esto.

—¿Con nada de qué? —preguntó Mariel torciendo el gesto.

—Eso se lo dejaré a la policía para que ellos lo averigüen. Acusarán a su amigo de varios cargos. Supongo que Jack McLean estará aquí enseguida.

—Lamento que hayas intervenido —respondió Mariel tratando de ajustarse la bata e incorporarse al mismo tiempo.

—Eso es una estupidez, señora Banville.

La voz de Adam estaba teñida de disgusto. Sin embargo, ayudó a Mariel a ponerse de pie. Ella aceptó su mano con gesto desdeñoso. No podía ser más diferente a la Elizabeth que Adam había conocido brevemente.

—Creo que la policía descubrirá que su amigo ha manipulado mi vehículo con la intención de provocarme daños, o algo peor. También

creemos que le prendió fuego al *Cherub* y que hizo todo lo posible por destruir una escultura que había hecho yo. ¿Quién sabe qué tenía en mente para esta noche? ¿Quemar Flying Clouds?

¿Atacar a Alyssa?

La respuesta de Mariel no se hizo esperar.

—¡No me creo ni una sola palabra de todo eso! —gritó dirigiéndole a Adam una mirada llena de odio—. Ese tipo de crímenes no van con este hombre. El comportamiento de Brett ha resultado siempre ejemplar.

Brett, que estaba en el suelo atado como un pavo, recibió la vehemente defensa de Mariel como si fuera algo gracioso. Comenzó a reírse históricamente, pero su risa distaba mucho de ser algo agradable.

Alyssa y Stephanie habían salido del coche y se dirigían a toda prisa hacia ellos.

Se quedaron mirando a Brett con la boca abierta. Sus rostros reflejaban un intenso disgusto y bastante conmoción.

—¡Maldita seas, Alyssa! —comenzó a gritar Brett con pasión—. ¡Maldita seas, malditas seas y maldita seas!

—Si yo fuera tú, daría unos cuantos pasos hacia atrás —le advirtió Adam a Mariel, que se había erigido como defensora de Brett, al ver que éste volvía a dar patadas de nuevo.

Por lo que Adam podía ver, se le habían fundido completamente los plomos.

—En el garaje hay una cuerda —aseguró Alyssa girándose—. Iré a buscarla.

Para cuando regresó, un coche de policía estaba haciendo su aparición en la puerta principal, iluminando con sus faros el oscuro túnel de árboles.

Brett soltó una auténtica tormenta de palabrotas adornadas con balbuceos incoherentes y bastante groseros.

—Dios Santo —murmuró Mariel horrorizada—. Parece que se haya vuelto loco.

—¿Por qué no entran las tres en casa? —Adam habló con cierto nerviosismo—.

No creo que quieran presenciar esto.

—Es una mujer malvada, muy malvada, pero yo se la he devuelto —gritó

Brett mientras seguía dando patadas sobre la gravilla.

—Sí, entremos, entremos —Stephanie le pasó el brazo a Mariel por la cintura para ayudarla a subir los escalones.

—Yo me quedo contigo —afirmó Alyssa deslizando la mano en la de Adam—.

Todo esto es culpa mía —aseguró con voz temblorosa—. Tendría que haber imaginado que Brett no pararía hasta vengarse de mí.

Había dado por hecho que Brett se estaba refiriendo a ella. No adivinó que era a Zizi a la que consideraba una mujer malvada.

—Para vengarse de mí, ha tenido que atacarte a ti —concluyó sintiendo el pesado fardo de la culpabilidad.

—¡Bueno, pues no lo ha conseguido! —Adam le dio un abrazo reconfortante—.

Aquí fuera no hay nada más que puedas hacer aparte de disgustarte. McLean entrará de todas formas en la casa para hacer preguntas.

—No, me quedo —insistió Alyssa mirando cómo los dos agentes de policía salían del coche y se acercaban a ellos.

Alyssa suspiró profundamente.

—Brett, Oh, Brett... ¿Querías hacerme daño?

Brett giró el rostro cubierto de barba para mirarla fijamente.

—¡Sí! Tú me traicionaste. Tú... Tú...

—¡Cállate!

Adam se dejó caer de rodillas y aplicó cierta presión alrededor del cuello de Brett. El otro hombre parpadeó.

—Con cuidado, Adam —le pidió Alyssa.

—No le pasa nada, no te preocupes —la tranquilizó Adam—. Está diciendo incoherencias sin parar, pero eso es todo.

—Así que aquí tenemos un sospechoso, ¿verdad? —preguntó el jefe McLean con autoridad mientras su ayudante y él se reunían con ellos—. ¿Lo conocen?

Alyssa se limitó a asentir, cuando lo que de verdad deseaba hacer era esconder la cabeza debajo del ala de vergüenza. Se preguntó si Brett habría ido allí aquella noche con la intención de asesinarla. Aquel pensamiento era suficiente para conmocionar a cualquiera.

Esposaron a Brett y lo subieron a la parte de atrás del coche de policía. Se quedó mirando fijamente por la ventanilla, moviéndose hacia delante y hacia atrás todo el tiempo.

—Tiene que ser el tipo del que Bill Byrd me habló —les explicó McLean—. Me llamó para contarme que intentó conseguir un trabajo en que llevara uniforme de la empresa, presumiblemente para entrar en la propiedad. Pero Bill se olió el pescado.

Parece que este tipo se ha metido en un buen lío. Nuestro psiquiatra forense le hará un examen a su debido tiempo. Necesitará un abogado, supongo que mandará venir a alguien desde Brisbane. En cualquier caso, creo que tenemos a nuestro hombre.

Dios sabe qué le estaría pasando por la mente, ¿verdad? La señora Banville ha sido muy valiente enfrentándose a él.

Mariel, tan valiente ella, se había metido directamente en su habitación para que nadie le preguntara nada.

—Es una dama ciertamente notable.

—¡Muy notable! —aseguró Adam con ironía mientras Alyssa y Stephanie intercambiaban una mirada cómplice.

Tendrían que pensar en otra palabra mejor para definir a Mariel cuando se marchara la policía.

No había duda de que Adam no se iría aquella noche. Había tratado de restarle importancia a su aterrizaje forzoso en la plantación de azúcar, pero la conmoción de la noche no había pasado todavía. Estaba cubierto de pequeños restos de la plantación, y bajo su piel bronceada se adivinaba una palidez. Ninguno de ellos quería irse a la cama. Había muchos secretos que revelar, secretos que llevaban mucho tiempo guardados.

En un momento determinado, Stephanie preguntó si podía echar un vistazo a los diarios de Zizi, como Alyssa sabía que haría. Stephanie tenía todo el derecho del mundo. Alyssa le contó a su madre que Adam y ella los habían leído juntos, y a ella no pareció importarle. También hablaron del hecho de que los celos enfermizos de Brett habían provocado que intentara eliminar al hombre que había percibido como su rival mediante un sabotaje en el coche. No podrían ni imaginarse qué más podría tener planeado.

—Se ha destrozado por completo el resto de la vida —aseguró Stephanie

—. Los celos y el rechazo provocan que la gente haga cosas desesperadas. La única esperanza de Brett es alegar que está mentalmente incapacitado. Seguramente su abogado utilice ese argumento para su defensa.

A pesar de todo el trabajo que tenía, Ian Sutherland tomó un avión al día siguiente para estar con su esposa y con su hija. Al llegar al aeropuerto, las estrechó entre sus brazos.

—Alguien ahí arriba ha cuidado de ustedes —aseguró con inmensa gratitud—.

¿Cómo es posible que Brett pasara de ser un joven brillante, que tenía el mundo a sus pies, a convertirse en un asesino en potencia?

Alyssa encontró una respuesta al instante.

—Su capacidad de odio y de agresividad está en el centro del problema. Brett tiene un temperamento violento. La mayor parte del tiempo es capaz de disimularlo con envoltorios. Yo me culpo en gran medida a mí misma por esto. Por mi causa, Brett ha proyectado su ira hacia la gente que quiero. ¡Mi pobre Zizi!

—No, cariño —le advirtió Stephanie con la compasión dibujada en la mirada—.

Eso no sirve absolutamente para nada.

Para aquel entonces ya sabían la verdad pura y dura. En el calabozo, Brett se había venido completamente abajo. Aunque se lo advirtieron convenientemente, había confesado, contándolo absolutamente todo. No dijo sólo que había prendido fuego al *Cherub*, que había manipulado el coche de Adam y que le había destrozado la escultura de mármol con un mazo, sino que además dio detalles de la muerte de Zizi. A McLean le había quedado suficientemente claro que Brett estaba intentando liberarse de aquellos terribles episodios.

«Estoy tan, tan avergonzado...».

Brett se había convertido en un extraño para sí mismo. Toda la estructura de su vida se había venido abajo.

Lo peor de todo fue cuando dijo: «Estoy embrujado».

Porque parecía que así era. Todos estaban impresionados con las revelaciones.

Tal vez la muerte de Elizabeth Calvert hubiera sido un accidente, como

aseguraba Brett, pero el comportamiento que tuvo después era lo que resultaba más reprobable.

Tenía mucha suerte de que su otra víctima, Adam, hubiera sobrevivido al accidente que sin duda había querido provocarle. Pero todo el mundo sabía que los hombres cometían actos terribles cuando probaban el brebaje mágico del amor y el odio, los celos y la revancha.

Al final fue Stephanie la que decidió cómo iba a enfrentarse a la verdad.

Después de todo, se trataba de su identidad y de la de su hija. Igual que habían hecho Alyssa y Adam, ella e Ian leyeron los diarios juntos. Stephanie lloró a mares.

En lo que a ellos se refería, la verdad familiar había salido a la luz. Stephanie era la que tenía que tomar la decisión. Dijo que prefería que se quedara en la familia y que no fuera más allá. Si lo hacían de otra manera, supondría muchas dificultades para la familia Langford. La viuda de Richard Langford todavía estaba viva, y gozaba de buena salud. Lo mismo que el hijo mayor. La pequeña, la que padecía una discapacidad, falleció antes de llegar a la pubertad. También había nietos.

—Hemos considerado el asunto desde todos los puntos de vista, Alyssa —le explicó Ian Sutherland a su hija—. Lo más importante es que tu madre y tú permanezcan unidas. Tú conoces la verdad. La participación de Mariel en este asunto es cualquier cosa menos admirable, pero a su manera ha intentado ser una buena madre para Elizabeth. Como abuela, sin embargo, se ha quedado muy corta. Sin embargo, sería demasiado cruel exponerla al juicio del mundo. Para Mariel las apariencias lo son todo, como tú bien sabes. Las únicas excepciones en este asunto son tú, Adam y tu tío abuelo Julián.

Ian se lo quedó mirando fijamente.

Adam, que sostenía la mano de Alyssa entre las suyas, contestó con gravedad: —He mantenido informado a Julián durante todos estos años. No ha dicho nada durante todos estos años y no tiene intención de hacerlo ahora. En lo que a él respecta, la decisión la tiene la familia de Elizabeth. En cualquier caso, ha expresado su ferviente deseo de conocerlos a todos si encuentran en su corazón las ganas de conocerlo a él. Richard Langford no fue el único que amó a Elizabeth con locura. Él le ha sido fiel a su memoria.

—¡Pobre hombre! —susurró Stephanie con compasión—. Por supuesto

que lo conoceremos Adam. Y será muy pronto. ¿A ti qué te parece, Alyssa?

Alyssa sintió cómo Adam le apretaba la mano con más firmeza.

—Estoy de acuerdo contigo, mamá —se limitó a decir—. Zizi quería que conociéramos la verdad. Y ahora la conocemos.

—Sospecho que Zizi no era la única que lo deseaba —Ian Sutherland se reclinó hacia atrás y se acarició la barbilla—. Richard Langford ha sido una presencia importante en la vida de Zizi durante todo este tiempo. No se pueden separar las dos existencias. Tras leer los diarios y ver ese magnífico retrato, no se puede pensar en uno sin el otro. Su historia de amor estuvo teñida de tragedia, pero duró hasta su muerte, y ¿quién sabe? Tal vez incluso más allá... Por ejemplo, a mí nadie va a separarme jamás de tu madre.

Ian se inclinó hacia un lado para besar la mejilla de su esposa mientras ella se apoyaba contra su cuerpo.

—Ni en esta vida ni en la siguiente.

Epílogo

Un año después...

La noche de la inauguración de la retrospectiva de Elizabeth Jane estaba destinada a ser un éxito total. Tuvo lugar en Sydney, en la galería Leonard Vaughn, una de las más prestigiosas del país. A ella asistió todo el mundo que tenía un nombre en el mundo del arte, y también los famosos y las celebridades a las que les gustaba dejarse ver en eventos importantes y ser fotografiados para las revistas del corazón.

Alyssa había llegado a Sydney una semana antes para organizar la gala. Ahora estaba al lado de Leonard, saludando a los invitados importantes y a los clientes más prestigiosos de Leonard sin apartar la vista de la puerta para esperar la llegada de su esposo y de sus padres. Habían volado desde Brisbane a última hora de la tarde, pero ella había llegado pronto a la galería para supervisar todo. Leonard y Alyssa habían escogido cuarenta cuadros de Zizi para la exposición. Las obras brillaban sobre las paredes de las cuatro salas conectadas de las que constaba la galería. En determinados rincones escogidos se habían colocado magníficas bases antiguas sobre las que descansaban exquisitos arreglos de flores tropicales que complementaban los paisajes, también tropicales, de los cuadros.

Sus padres llegaron primero, y enseguida fueron recibidos por sus amigos y sus colegas de toda la vida.

—Va a salir todo de maravilla —le murmuró Leonard encantado a Alyssa al oído—. Querida, yo diría que tu marido acaba de entrar. ¡Mira cómo giran todas las mujeres la cabeza!

—¡Pero es sólo mío!

Alyssa se precipitó a saludar a aquel hombre alto de rostro sonriente que era al mismo tiempo su esposo y su amante.

—¡Por fin estás aquí!

Adam se inclinó para besarle la mejilla.

—No me ha resultado fácil librarme de Dave. Los trabajos del hotel están yendo mucho más deprisa de lo que habíamos imaginado. Dave está tan entusiasmado con el proyecto que no quiere arriesgarse a perderme de vista ni un instante. Por cierto, parece que al final Gina ha conseguido echarle el lazo.

Alyssa alzó las cejas.

—Vaya, vaya, parece que la persistencia tiene premio.

—Y siempre existe el acuerdo de divorcio por si el amor termina escapándose —añadió Adam con ironía.

—No es problema nuestro. Dave es un hombre adulto.

Alyssa agarró encantada el brazo de su mando y lo arrastró hacia la galería, que estaba repleta de gente.

Leonard tardó sólo un instante en apartarse del grupo de gente con el que estaba hablando y acercarse a ellos.

—Vengan aquí los dos, tortolitos —dijo—. Quiero que conozcan a los Davenport. Te acuerdas de Rosemary, ¿verdad, Alyssa?

—¡Por supuesto! —respondió ella con una sonrisa—. Leí su biografía sobre Geraldine Moretón, la cantante de ópera. Un libro excelente.

—Que no te sorprenda si quiere hacer una sobre Elizabeth. Y con el tiempo sobre ti. No me extrañaría —bromeó.

Se pusieron en marcha. El público, con sus copas de champán en la mano, se apartó cortésmente para dejarles paso. Adam mantuvo la mano bajo el codo de su esposa. Estaba muy orgulloso de ella. Había trabajado muy duro para aquella exposición, que era un tributo a Zizi, su abuela. Y tenía prevista una exposición de su propia obra para principios del siguiente año, también con Leonard. Adam no era consciente de las miradas de admiración que se dirigían hacia él, estaba demasiado ocupado anotando la cantidad de ojos que se clavaban en Alyssa. Llevaba puesto un delicioso vestido corto con adornos de plata, como marcaba la moda. Dejaba al descubierto su hermosa piel y las piernas largas y esbeltas. Alrededor del cuello se había puesto el collar de diamantes y esmeraldas de Elizabeth. Como regalo de boda, Adam le había regalado los pendientes en forma de lágrima con diamantes y esmeraldas que llevaba puestos aquella noche. Iban a juego con el collar, como había sido su intención.

¡Alyssa era su esposa! Habían decidido pasar seis meses al año en Flying Clouds. Ambos amaban aquel lugar y era el sitio ideal para su trabajo creativo. Los otros seis meses tenían la base en Sydney. Unos guardeses, marido y mujer, ya se habían instalado en la hacienda. Adam se las estaba arreglando para combinar los encargos arquitectónicos con su pasión por la escultura. De hecho, Leonard estaba tan impresionado con su trabajo que ya estaba hablando de la posibilidad de exponerlo en un futuro cercano.

La vida con Alyssa era un milagro, un milagro que nunca se detenía. Lejos de morir, como la familia estaba preparada para asumir, Julián había resucitado tras conocer a la hija y la nieta de su amada Elizabeth. Asistió a la boda y la disfrutó muchísimo.

«Tengo tantas cosas por las que estar agradecido», pensó Adam. Los amables fantasmas que habitaban Flying Clouds habían desaparecido. Alyssa le juró que había visto a Zizi y a su Richard salir tomados de la mano.

—Los muertos también tienen objetivos que cumplir —le había dicho—. Ahora que por fin se conoce la verdad, sus almas son libres. Ya no están aquí, Adam. Se han marchado.

Él la creía. Y Flying Clouds los recibió con una elegancia que a Adam le recordó a la propia Elizabeth.

Una hora más tarde, mientras Alyssa observaba las etiquetas rojas pegadas en los marcos dorados, lo que significaba que los cuadros se habían vendido, una voz de mujer, dulce y temblorosa por la edad, habló justo detrás de ella.

—¡Tú tienes sus ojos!

El shock la dejó sin aliento. Alyssa se giró rápidamente con algo de miedo, como si fuera a enfrentarse a un fantasma del pasado.

Delante de ella había una dama delgada. A Alyssa no se la habían presentado, ni tampoco la había visto durante toda la velada. Seguramente habría llegado más tarde. La dama, que debía de tener casi ochenta años, tenía un aspecto muy frágil pero iba hermosamente ataviada. Unas magníficas perlas se ajustaban perfectamente alrededor del cuello alto de su vestido de seda azul y blanco.

—Constance Langford, querida —dijo la dama tendiéndole a Alyssa una mano delicada—. Ya ves, siempre supe la identidad de la gran pasión de

Richard.

Alyssa no volvió a ver jamás a Constance Langford, ni supo nunca más de ella.